
NOVIAS POR CORRESPONDENCIA DE CRAKAIR, LIBRO 4
KRAL
A SCI-FI ALIEN ROMANCE
AVA ROSS

KRAL

NOVIAS POR CORREP DECRAKAIR, LIBRO 4

AVA ROSS

ENCHANTED STAR PRESS

KRAL

Novias por Correp deCrakair, libro 4

Copyright © 2020 Ava Ross

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves con aprobación previa. Los nombres, personajes, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Portada por Germancreative

Editado en español por Javier López de Lérida.

Índice

KRAL

1. Mila
2. Kral
3. Mila
4. Kral
5. Mila
6. Kral
7. Mila
8. Kral
9. Mila
10. Kral
11. Mila
12. Kral
13. Mila
14. Kral
15. Mila
16. Kral
17. Mila
18. Kral
19. Mila
20. Kral
21. Mila
22. Kral
23. Mila
24. Kral
25. Mila
26. Kral
27. Mila
28. Kral
29. Mila

WULF
Acerca del Autor

Para mi mamá, quien, antes de morir,
me dijo que necesitaba escribir un libro.
En los once años desde entonces,
he escrito casi treinta.
Nota para todos: Tu mamá siempre tiene razón.

Para mi familia, que siempre me apoya incondicionalmente.

Y para mis colaboradores de revisión,
que han hecho mis libros infinitamente mejores.

KRAL

Un guerrero estoico de Vikir encuentra a su pareja en una vivaz mujer de la Tierra, decidida a mostrarle lo que se ha estado perdiendo.

Después de ser secuestrada en su camino al planeta Crakair, Mila no está segura de si alguna vez conocerá a su pareja alienígena de match por correo. Hasta que Kral cae—literalmente—sobre ella durante su misión heroica de rescate. ¿Quién no se sentiría atraída por un gruñón y escamoso alienígena verde que hace todo lo posible por salvarla de los malos? Pero con estaciones espaciales y naves explotando a su alrededor, pronto se hace evidente que alguien está decidido a asegurarse de que ella y Kral nunca lleguen a Crakair.

Kral se ha asentado en su papel como Kral el ejecutor y Kral el solitario, la persona en la que tuvo que convertirse después de que su padre fuera asesinado y se viera obligado a asumir el liderazgo de su clan. Se inscribe en la Selección sin esperar desarrollar sentimientos por su pareja humana. A pesar del peligro en el que se encuentran, ella lo hace reír y le muestra que la vida no siempre tiene que ser seria. Pero con un enemigo persiguiéndolos por la galaxia, Kral tendrá que recurrir a sus habilidades de guerrero Vikir para proteger a su novia humana.

Kral es el Libro 4 de la serie *Novias por Correo de Crakair.* Esta historia independiente, de larga duración, tiene escenas explícitas, alienígenas que se ven y actúan como tales, un final feliz garantizado, sin infidelidades y sin finales abiertos.

CAPÍTULO 1

Mila

Mila se despertó acostada sobre una superficie dura, cegada por la luz generada por una criatura rectangular y brillante que estaba clavada al techo sobre ella. Parpadeó al ver al ser azul verdoso, sin pelo, retorciéndose mientras luchaba por liberarse.

Como Mila. Cuando trató de levantar los brazos, estos permanecieron inmovilizados. Sus tobillos también estaban atados. Un gemido se le escapó.

—Ey —dijo con una voz ronca—. Ey.

No hubo respuesta.

La criatura en el techo se estremeció, pero luego volvió a tirar de los clavos de metal que sujetaban cada esquina de su cuerpo rectangular en su lugar. Sus pequeños ojos negros se enfocaron en ella durante mucho tiempo, y juraría que vio desesperación y tristeza en ellos. Un sentimiento que compartían. No había nada peor que no tener control sobre las cosas malas que suceden en la vida.

¿Dónde estaba? Las paredes blancas a su alrededor no daban ninguna pista y, cuando giró el cuello, las baldosas del suelo parecían algo que se encontraría en cualquier edificio cualquiera en la Tierra. Las paredes lisas no tenían ventanas, solo una pequeña ventana opaca a la altura de los ojos en la única puerta. Supuso que estaba cerrada.

Por el leve zumbido que retumbaba a su alrededor, asumió que estaba en una nave espacial. La ligera vibración le recordaba al crucero estelar en el que había estado viajando desde la Tierra para llegar a Crakair. No percibía suficiente balanceo como para pensar que estaba en un vehículo más pequeño; la vibración era suave, casi imperceptible. En la pequeña nave que habían tomado para llegar al crucero estelar más grande, había perdido el equilibrio y había caído sentada, con los pies deslizándose bajo ella cuando la nave se inclinó hacia un lado.

—No te preocupes —dijo su nueva amiga, Taylor, con una risa comprensiva—. En poco tiempo, encontrarás tu equilibrio. Hasta entonces, mantenlos separados y deja que tu cuerpo se adapte al sutil movimiento.

—Claro —había dicho Mila, frotándose el trasero dolorido.

Había conocido a Taylor y Lily momentos antes. Eran dos de las veinte mujeres que se habían inscrito como novias por correo, emparejadas con machos alienígenas de un planeta lejano. Durante los días de viaje hacia Crakair, ella, Taylor y Lily se habían hecho cercanas, compartiendo sus esperanzas y sueños para sus nuevas vidas con sus parejas. Incluso habían organizado una despedida de soltera para las tres. Fue entonces cuando...

Taylor. Lily.

A mitad de camino hacia su destino, las habían secuestrado y llevado a saber dónde. Aliens de piel azul y con cuatro brazos las habían atacado y secuestrado. Lo último que recordaba era

uno de ellos tocando su sien con un palo negro, y luego se apagaron las luces.

Así que nada de conocer a su pareja alienígena ni casarse.

La criatura en el techo seguía luchando. Su corazón se encogió al ver al pobre ser en apuros, deseando poder ayudarlo de alguna manera.

—Te liberaré de alguna forma —susurró—, lo prometo. Una vez que descubra cómo liberarme a mí misma—. Taylor —dijo. Su voz se elevó al apoderarse de ella el pánico—. ¡Lily!

No hubo respuesta.

Mila contuvo un sollozo, pero no sirvió de nada. Las lágrimas rodaron por sus sienes y aterrizaron en su cabello. ¿Estarían sus amigas bien? Podrían estar atadas a una mesa como ella, solo que en una habitación diferente. Se liberaría, las encontraría y las liberaría, y juntas escaparían de esta trampa.

Una determinación la atravesó, dándole la fuerza para luchar contra sus ataduras. Se negaba a ser una víctima, esperando que alguien la rescatara. Mila iba a rescatarse a sí misma.

Y también a la criatura verdosa clavada en el techo.

La puerta se abrió, y un alienígena de piel azul y cuatro brazos entró en la habitación. Había oído hablar de esta especie, los Al'kieern. Ellos habitaban Mara, una de las tres lunas de Crakair. Habían atacado el crucero estelar y capturado a Mila y a sus amigas. Su estómago se tensó y sus manos se pusieron sudorosas. ¿Qué iban a hacer con ella?

Él cerró la puerta y cruzó la pequeña habitación hasta colocarse a su lado. Sus ojos pequeños recorrieron su cuerpo de manera clínica, y se sintió agradecida de que nada sexual brillara en su oscura mirada. Aunque no estaba segura de poder hacer mucho si él decidiera llevar las cosas en esa dirección.

—¿Quién eres? —gruñó, conteniendo sus traicioneras lágrimas. Maldita sea, esperaba que no las viera.

—Soy un noble Al'kieern. Un científico —colocó una mano en su pecho y se inclinó—. Es un placer conocerte. Me entristece tener que hacer esto.

Claro. Lo decía con un tono casi alegre.

—No hay nada de noble en secuestrar mujeres —dijo ella—. Suéltame, y no te daré una paliza. Tampoco le diré al gobierno de Crakair lo que has hecho.

Eran declaraciones valientes, pero, antes de morir, su padre le había enseñado a enfrentarse a situaciones peligrosas con valentía. *No dejes que nadie perciba tu miedo*, siempre decía. Lo extrañaba; había muerto hace un año a causa de la misteriosa enfermedad que se extendió por la galaxia, matando a la mayoría de los hombres en la Tierra y a casi todas las mujeres en una variedad de planetas alienígenas en toda la galaxia.

De ahí la propuesta de novia por correo y el contrato con Crakair. Cuánto había cambiado Mila desde que se inscribió para un emparejamiento.

—¿Por qué estoy atada a una mesa? —espetó, apenas logrando que su labio inferior no temblara.

—No puedes ser libre. No hasta la subasta.

—¿Subasta? —No pudo contener un gemido—. ¿De qué estás hablando?

Él esbozó una sonrisa maliciosa.

Genial, genial. ¿Tendría que quedarse ahí hasta... cuando fuera que se realizara la subasta? Su cuerpo tembló, pero encontró la fuerza para mirarlo con desafío.

—No me van a subastar como si fuera un grupo de gallinas.

Él gruñó y empezó a manipular los brillantes instrumentos que estaban sobre una mesa plateada cerca de la cabecera de su camilla.

—Silencio, reproductora.

—Mila —le replicó con un gruñido—. Mi nombre es *Mila*. Nunca seré silenciada, y por supuesto, jamás seré una reproductora.

La mueca del alienígena reveló colmillos largos y podridos. Había leído que mostrar los colmillos era una forma de sonreír en Crakair. Cuando vio el video enviado por Kral, el macho crakairiano con el que había sido emparejada, él mostró sus colmillos. En su pareja/marido, era lindo. No, era sexy cuando mostraba sus colmillos. ¿En este tipo? Asqueroso.

En el video, Kral le había dicho cosas dulces y consideradas, y le había hecho promesas que ya no podría cumplir. Que sería amable. Que la trataría bien. Que la mantendría a salvo. Su pecho se contrajo por la pérdida de lo que podría haber sido, pero se enderezó en el duro colchón. No se suponía que fuera así, pero superaría esto y encontraría a Kral.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó mientras el tipo azul levantaba un largo tubo de metal.

—Creo que la palabra es... ¿pruebas?

Chistes pasados sobre abducciones alienígenas y sondas vinieron a la mente de Mila, y luchó contra sus ataduras. Todo era diversión y juegos cuando ella y sus amigas se burlaban mutuamente sobre sus parejas y las *sondas*. Pero cuando se enfrentaba a la realidad de un tipo alienígena espeluznante sosteniendo un largo instrumento plateado, la idea le provocaba un terror fulminante.

—¿Pruebas de qué? —dijo.

—Fertilidad.

—¡Suéltame! —gritó, retorciéndose mientras el miedo se apoderaba de sus extremidades.

La criatura clavada en el techo sobre ella gimió. Uno de los clavos de metal que la sujetaba cayó sobre la mesa junto a la mano de Mila. El Al'kieern parecía demasiado concentrado en la sonda plateada como para notarlo.

—Triste estoy, pero no puedo liberarte —dijo el Al'kieern, su mueca sugería que no estaba nada triste por esto.

—No quiero pruebas —dijo ella, envolviendo sus dedos alrededor de la pequeña estaca de madera. Cuando le pinchó la palma, casi gritó de satisfacción. No era mucho, pero era afilado y ahora un arma. Movió los dedos, girando el extremo dentado para enfrentar sus ataduras.

El Al'kieern bajó el largo tubo plateado sobre la mesa y levantó una gran jeringa en el aire. Inyectó un líquido azul oscuro en un arco. La punta descendió hacia su brazo mientras ella se retorcía, intentando escapar.

—Esto terminará rápido. Descansa ahora.

Sollozando y sin poder contener más sus lágrimas, intentó liberarse, pero las ataduras le mordían la piel. Un calor húmedo le corría por la muñeca, indicándole que estaba sangrando. Cortó con el clavo de metal, sintiendo cómo parte de la cuerda que sujetaba su muñeca cedía.

La aguja descendió.

—¡No! —Moviéndose bruscamente, se echó a un lado, pero no pudo evitar la aguja.

Un pinchazo en su brazo y el mundo se volvió negro...

Mila despertó creyendo que era su cuarto día en esa habitación, atada a la mesa. Dos veces al día, los alienígenas azules la soltaban, la dejaban usar el apestoso cubo en la esquina de la habitación, le daban de comer, la hacían caminar unos minutos y luego la volvían a atar a la mesa.

Cada vez que estaba libre, mantenía el clavo agarrado en su mano, con la esperanza de poder

usarlo en algún momento.

Y cada noche, hablaba con la criatura luminosa y plana que seguía clavada en el techo. Algunas veces, juraba que le respondía... en su mente. Pero eso no podía ser cierto. Las drogas que le habían estado dando la hacían imaginar cosas.

Por primera vez en días, no había ningún alienígena azul de cuatro brazos a su lado. Pero tenía el clavo de metal y estaba decidida a salir de ese infierno. No más drogas. No más estar atada a la mesa. Se liberaría, encontraría a sus amigas y quemaría ese maldito lugar.

Después de cortar las ataduras durante lo que le parecieron horas con el clavo de metal, su mano izquierda se soltó. Sí. Fue rápido liberar después su otra mano y sus tobillos.

Arriba, la pobre criatura seguía luchando.

—Aguanta, Firefly —susurró mientras se ponía de pie sobre la mesa—. Perdona por el apodo, especialmente si no te gusta, pero me recuerdas a una luciérnaga. Pero no te preocupes. La ayuda está en camino.

Gracias.

Debía estar imaginando cosas.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, ella —*ellos*— estaban listos.

La sorpresa se reflejó en la cara del imbécil azul cuando ella le estrelló un cubo de basura en la cabeza. Mila sonrió. Rio a carcajadas cuando Firefly se lanzó desde el techo y se pegó a la cara del alienígena.

La adrenalina le dio la fuerza de mil mujeres reprimidas.

Mientras el alienígena tragaba y jadeaba, girando en círculos, tratando de despegar a Firefly de su cara, ella le dio un rodillazo en la entrepierna. Funcionaba con los hombres; ¿funcionaría con los alienígenas?

Sus cuatro manos dejaron a Firefly y se agarraron la entrepierna. *Síííí.*

Corrió alrededor de él y abrió la puerta, volviéndose.

—¿Vas a dejar este agujero conmigo, Firefly? ¿O quieres quedarte aquí y seguir mordiendo al tipo azul?

La libertad estaba tan cerca que Mila podía saborearla.

Vete.

El alienígena azul bailaba por la habitación, alternando entre agarrarse la entrepierna y golpear a Firefly, que seguía aferrado a su cara.

Espera. Firefly no tenía boca. ¿Cómo le había hablado?

—¿Me hablaste en mi mente? —preguntó, con la mandíbula caída.

Síííí. Veeeee.

Oh, vale. No parecía posible, pero aquí estaba, hablando con una criatura alienígena en su mente.

Se agarró la cabeza. Maldición, la telepatía le hacía doler el cerebro.

—¿Estás seguro?

Veeee.

Con una punzada de tristeza, asintió. Lo entendía. Él era libre y querría encontrar a cualquier amigo o familia que tuviera aquí, no quedarse con Mila.

Había perdido a su madre, a su padre y a sus nuevas amigas, Lily y Taylor. Podría soportar perder a su nuevo amigo también.

Apartando el pinchazo en su corazón, se esforzó por sonreír.

—Está bien, Firefly. Bueno, búscame si necesitas algo, ¿de acuerdo? —Salió corriendo por la puerta y al pasillo largo, gritando por encima del hombro—. Estaré por aquí un rato.

Con suerte, solo un rato. No debería ser tan difícil escapar de este lugar, ¿verdad?

Gracias dijo Firefly en su mente.

Mila se detuvo un momento en el pasillo, sin saber adónde ir. ¿Izquierda o derecha? Ambos caminos continuaban a lo largo con puertas intercaladas a intervalos regulares. Cada uno parecía terminar en una intersección con otro pasillo.

Mientras mordisqueaba su labio, gritos desde su izquierda fueron seguidos por cuatro Al'kieern que giraron en la esquina en su dirección. Dos corrían con pies hendidos, pero los otros saltaban, con sus alas palmeadas desplegadas.

—¡Reproductora! —gritó uno.

No en esta vida.

Con el corazón acelerado en su garganta, salió corriendo en la dirección opuesta. Pasó una serie de grandes ventanas. Las estrellas afuera se habían clonado, llenando el cielo con un billón de luces titilantes. No había tiempo para disfrutar de la vista. Mientras corría, vio largos postes metálicos que se extendían desde la nave y cápsulas redondas similares a satélites que podrían ser naves, casas espaciales o criaturas, por lo que ella sabía. La estructura le recordaba a las imágenes que había visto de la estación espacial de la Tierra.

El gran planeta a lo lejos no se parecía a la Tierra, sin embargo. Incluso sin las enormes extensiones de azul salpicadas con pequeñas masas de tierra, las cuatro lunas de tamaños variados lo habrían delatado.

—Detente —gritó uno de los alienígenas.

Sí, claro. Ella lo haría, porque él lo pidió tan amablemente. Respirando hondo, corrió más rápido.

Uno de los voladores la alcanzó y se aferró a su cabello, tirando de ella hacia atrás.

Gruñendo, giró y le dio una patada en la pierna. Mordió el brazo que la envolvía por el cabello lo suficientemente profundo como para sacar sangre. El tipo gritó y se apartó, liberándola.

Con el pulso acelerado a mil por hora, giró y disparó por el pasillo de nuevo. No había corrido desde que dejó el atletismo en la escuela secundaria—maldita Janie y sus burlas de "niña gorda". Pero Mila había sido buena. Muy buena en carreras. Aunque había ganado algo de peso desde entonces, sus piernas no habían olvidado cómo llevarla a donde quería ir.

La suerte estaba de su lado, porque llegó a una escalera a toda prisa y empujó la puerta para salir al rellano. Sin detenerse, bajó, tomando dos escalones a la vez. Unos pisos más abajo, mientras los alienígenas clamaban arriba gritándole que regresara (¡en serio!), salió de la escalera a otro largo pasillo. A mitad de camino, encontró una puerta sin llave y se precipitó dentro, encontrando una oficina. Alrededor del escritorio, se arrodilló y se metió debajo.

Esperó allí lo que pareció una eternidad antes de salir de la habitación, escuchando hasta que oyó a los alienígenas entrar en la escalera y la puerta cerrarse detrás de ellos. Usando otra escalera, descendió varios pisos hasta llegar a una puerta marcada como mantenimiento.

Había muchos buenos escondites en las áreas de mantenimiento. Las salas de calderas y eléctricas se sentían como en casa.

Papá había sido conserje de secundaria y, cuando era niña, Mila solía pasar los sábados con él después de que mamá se fuera cuando ella tenía ocho años. Ella se había ido y nunca miró atrás—ni llamó. Eso destrozó a Mila, pero su papá se hizo cargo e hizo todo lo posible para ayudarla a superarlo. Algunos podrían decir que fue lo mejor que pudo haber pasado ya que mamá no estaba feliz criando a una niña. Papá la amaba más que todos los planetas combinados. Él había muerto, y Mila lo extrañaba más que a un miembro amputado.

Se deslizó dentro de la sala y se sintió aliviada al encontrar que no había tipos azules de cuatro brazos esperándola.

Deslizándose por la gran superficie llena de cajas y dispositivos mecánicos extraños, rebuscó entre los escombros, tratando de encontrar un lugar seguro.

Aquí, dijo Firefly desde más adentro de la sala, sorprendiéndola. ¿Cómo había llegado allí?

¿Estás bien, amigo? dijo en su mente. *Estaba preocupada por ti.*

Sin miedo. Libre.

Más o menos, si vivir dentro de una gran lata de acero se podía llamar libertad. Pero al menos no estaba atada, y él no estaba pegado al techo. *¿Dónde estás?*

Un resplandor adelante la atrajo en esa dirección, hacia el fondo de la sala, donde encontró una pila de madera apilada hasta el techo. Se deslizó alrededor del lado y encontró un pequeño pasaje detrás.

Aquí, dijo Firefly desde adelante. *Segura*.

Seguro era un término relativo en una estación espacial alienígena.

Deslizándose de lado, Mila se deslizó a través del estrecho espacio entre la pila de madera y una pared de metal. Al final, encontró una puerta desgastada.

Segura.

La luz de Firefly se desvaneció. Él se estaba yendo.

Sus ojos ardían, pero se limpió la humedad de la cara. No tenía razón para sentirse triste.

Podía manejar lo que viniera a continuación sola.

Abrió la puerta y se deslizó dentro de una pequeña sala oculta.

CAPÍTULO 2

Kral

Cuando llegó la noticia sobre una próxima subasta de reproductoras a través de la inteligencia del Consejo Crakairiano, Kral y Wulf sabían que las probabilidades de que esto los condujera a Mila y Taylor eran escasas, pero tenían que investigarlo.

Después de que el Comandante Vork les proporcionara una nave completamente tripulada, Kral y Wulf siguieron la pista que los llevó a la Estación Espacial Al'kieern en la lejana Galaxia Dricad.

Mientras se acercaban en la nave completamente oculta, Kral gruñó de satisfacción.

Mila estaba allí. Lo sabía.

Primero, su intuición nunca mentía. Apostaría el liderazgo de su clan—e incluso su vida—en ello. Pero el símbolo que había aparecido en su palma al llegar a este cuadrante lo confirmó.

Wulf tenía la misma certeza sobre Taylor, aunque ningún símbolo había aparecido en su palma como confirmación.

—Acelera a velocidad de crucero —dijo Kral con una voz que no traicionaba nada, pero los dedos de su mano derecha golpeaban rítmicamente el brazo del sillón de mando.

Un droide RT34 que trabajaba en la consola a su derecha inclinó la cabeza.

—Sí, señor. —El droide giró y sus cuatro extremidades volaron sobre los diales, ajustando y girando.

Aunque podría hacerlo él mismo—Kral había pedido al droide principal que le mostrara cómo operar la nave apenas subió a bordo—se contuvo. No tenía que controlar todo.

Los motores se quejaron y su estómago se revolvió mientras miraba a través de la pantalla panorámica que ocupaba la mayor parte del frente del pequeño puente. A pesar de haber viajado cinco daelas en esta nave, el pensamiento de estar atrapado dentro de un enorme trozo de metal que se precipitaba a través de las estrellas desordenaba su mente. Un Vikir necesitaba sentir el viento en sus naanans, la tierra cálida bajo sus pies. Kral solo sería feliz cuando estuviera libre, ya fuera en las profundidades del sistema de cuevas donde había jugado de joven o en las copas de los árboles donde los Vikir habían hecho sus hogares durante miles de años.

Sin un movimiento discernible de la nave, esta pasó de la alta velocidad a la que habían viajado durante tres daelas a una lenta y casi imperceptible. Las estrellas que habían pasado borrosas durante lo que parecía una eternidad se volvieron fijas. Parpadeaban, jugando con su mente.

—Heille —susurró Wulf.

El aliento de Kral se detuvo y, al soltar el aire, la estación espacial Al'kieern emergió lentamente desde detrás de Yarris, un planeta de clase C que proveía recursos para la estación. Los Al'kieern habían establecido su órbita aquí para desarrollar y asentarse en el planeta de

abajo.

Del tamaño de una montaña, la estación parecía impenetrable, indestructible. ¿Cómo demonios iba a obligar al comandante Al'kieern a hacer lo que él pidiera?

La inteligencia que había recibido el Consejo Crakairiano sugería que las mujeres secuestradas estaban siendo retenidas en la estación y serían subastadas pronto. Después de eso, era una incógnita dónde podrían ser llevadas.

—¿Debemos mantenernos ocultos, señor? —preguntó el droide RT34 con una voz mecánica, sin apartarse de la consola donde trabajaba.

—Sí. Me gustaría mantener el elemento sorpresa —dijo Kral.

—Muy bien, señor.

Incapaz de quedarse quieto, Kral dejó el sillón. Su pierna derecha se le dormía, y se frotó el área que nunca había sanado correctamente. A los diez yaros, su hogar se incendió, y su padre lo empujó a través de una ventana abierta, salvándole la vida a Kral. La caída fracturó su pierna en tres lugares, pero sobrevivió. A diferencia de sus padres.

Afortunadamente, su amada tía Riella lo cuidó hasta que se recuperó. Estaba eternamente agradecido de que ella hubiera sobrevivido a la enfermedad.

En pocos meses después de la muerte de su padre, asumió el rol de líder de su clan.

El dolor lo atravesó cuando el recuerdo resurgió. Aunque su tía había sido amable, haciendo lo que podía para reemplazar a su familia perdida, extrañaba a sus padres. Preferiría morir antes que perder a alguien que le importara de nuevo.

Suavizando el gemido de incomodidad, caminó de un lado a otro en el frente del pequeño puente, sus botas creaban golpes desiguales en los azulejos del suelo. Se negó a transmitir la agonía que apretaba su pierna como una banda de acero, incluso a su amigo Vikir, Wulf.

—Escanea la estación —ordenó Kral, odiando que su voz saliera áspera. Pero el dolor atravesó la parte superior de su pierna como un rayo. Afortunadamente, a los droides no les importaría que él hubiera gritado. Pero Kral se enorgullecía de ser amable con los demás en todo momento, así que suavizó su voz. —Ve si puedes aislar a una mujer de las otras en la estación.

—Lo haré, señor —dijo el droide.

Wulf, que estaba junto a Kral, rechinó los dientes.

—Están aquí.

Si el instinto de Kral estaba equivocado, si Mila y Taylor no estaban a bordo de la estación, Kral estaba seguro de que encontraría a otras personas igualmente necesitadas de rescate dentro. El tráfico de seres podría estar prohibido según un tratado interestelar, pero eso no detenía a algunas especies de transportar seres secuestrados a lugares como esta estación en los confines de la galaxia. Algunas razas ignoraban las reglas cuando se podía obtener un beneficio.

—Una nave —dijo Wulf, señalando un punto que se alejaba por la izquierda de la estación espacial. —Es pequeña. —Su mirada se encontró con la de Kral. —¿Un transbordador, crees?

—Dos formas de vida a bordo —dijo un droide. Sus dígitos mecánicos volaron sobre las pantallas duales frente a él. Cuando miró a Kral y a Wulf, el peso de su atención hizo que el corazón de Kral se detuviera antes de latir a doble ritmo. —Una mujer humana y una... No puedo discernir quién o qué es el otro ser, aparte de que no es humano.

—¿Los humanos han llegado tan lejos en el cuadrante? —preguntó Wulf. —¿Podría ser alguien más?

—No lo han hecho —dijo el droide. —Todas las compañeras excepto las sujetos Mila Theresa Dunkirk y Taylor Nina Willis están contabilizadas. Una especie simple, la Tierra no posee naves capaces de llegar tan profundo en la galaxia.

—Activa el campo de fuerza del windlerdrive y arrastra la nave a nuestra bahía —dijo Wulf. Se inclinó hacia adelante, y los tendones se destacaron en su cuello. —Debe ser una de nuestras compañeras saliendo de la estación, Kral. Hay una posibilidad de que quien esté a bordo esté ayudándola, pero debemos asumir que el ser está robándola. Debemos hacer algo.

Al asentir Kral, el droide trabajó en la consola durante un minar antes de volver a mirar a Wulf y Kral.

—Nuestra activación del windlerdrive ha sido bloqueada.

Kral y Wulf se miraron. No habría manera de arrastrar la otra nave a su bahía de embarque. A menos que pudieran interceptarla de alguna manera, la mujer humana a bordo podría estar en grave peligro.

Las líneas se destacaron agudamente en el rostro de Wulf.

—Iré tras ella. —Su espalda se tensó. —Si es Mila, la protegeré con mi vida hasta que pueda llevarla a casa a Crakair y presentarla formalmente a ti. No... No te fallaré.

Huérfano desde joven, ninguna familia le había ofrecido a Wulf un hogar permanente. Desde los diez yaros, había sido alimentado y alojado por quien lo necesitara para una tarea u otra, pasándolo de un lado a otro hasta que creció por completo. Después, se unió a la guardia de su clan, ascendiendo al nivel más alto de los rangos antes de llegar a los veinticinco yaros. Era el mejor amigo de Kral y uno de los pocos hombres en los que confiaba.

Kral apoyó las palmas en los hombros de Wulf.

—Seguiré nuestro plan original con la estación y si encuentro a Taylor allí, la mantendré a salvo.

La mirada de acero de Wulf se encontró con la de Kral, y asintió.

—Saldremos victoriosos.

—Lo haremos. La certeza resonaba en la voz de Kral, porque sabía... No estaba seguro de cómo, pero estaba convencido de que Mila seguía a bordo de la estación y que la humana en el transbordador era Taylor. Mientras Wulf giraba y se dirigía hacia la parte trasera del puente, Kral llamó.

—Viaja con seguridad y sigilo, amigo mío.

Wulf gruñó.

—Hasta que nuestros caminos se crucen de nuevo.

CAPÍTULO 3

Mila

En lo que creía era su séptimo día en la estación espacial, Mila avanzaba por el pasillo en los niveles inferiores del conglomerado de chatarra metálica al que ahora llamaba hogar.

Un chirrido y un temblor la hicieron detenerse y presionar su cuerpo contra la pared. Un vistazo rápido hacia atrás mostró que estaba sola, pero los tipos azules debían estar desesperados. Después de todo, tenían una subasta que organizar, y ella era un artículo de gran valor.

Esa noche, estaba buscando en el nivel más alto de la estación espacial, decidida a encontrar a Taylor y Lily. Había comenzado desde abajo y había subido, explorando unos pisos cada vez que salía de su escondite en la parte trasera de la sala de mantenimiento. Con forma de dos embudos con los extremos grandes conectados en el medio, había encontrado que el piso del medio de la estación espacial era el más largo y los demás se hacían gradualmente más cortos. Vivía en algo que vagamente se parecía a un globo. O a una estrella de la muerte.

Una mala analogía en ese momento.

Mientras el miedo le subía por la espalda como las extrañas criaturas parecidas a ciempiés que había sorteado mientras investigaba los niveles del sótano, asomó la cabeza en cada rincón y grieta que encontraba. Hasta ahora, no había encontrado evidencia de sus amigas, pero eso no significaba que no estuvieran encerradas en algún lugar de la estación.

Había visto una cantidad increíble de alienígenas. Su situación se volvía cada vez más apretada, y le preocupaba que encontraran su escondite en el sótano.

Mila había logrado mantenerse libre hasta ahora, pero bien podría estar atrapada en una celda. No había encontrado manera de salir de la estación aparte de pequeñas naves espaciales estacionadas en un nivel de atraque que no tenía idea de cómo pilotar.

Había perdido toda esperanza de llegar alguna vez a Crakair o conocer a Kral, lo que la entristecía cuando lo pensaba demasiado. ¿Él la buscaría o la daría por perdida y pasaría a una nueva compañera? La idea no debería molestarlo; ni siquiera se habían conocido. Sin embargo, deseaba arrancarle el cabello a la chica de la Tierra al pensarlo. Era estúpido sentirse celosa por un tipo que podría haber odiado a primera vista.

No lo odiaste en el video...

Él había sido amable, inteligente y atractivo. Extraordinariamente atractivo con su torso cubierto por pieles que revelaban montañas de músculos en sus brazos y hombros. También había llevado pantalones de cuero negro ajustados que destacaban las partes importantes. Mmm.

Pero nada de soñar despierta sobre Kral. Necesitaba encontrar a sus amigos. A pesar de necesitar buscar en el último nivel de la estación espacial, Mila sabía en su corazón que Lily y Tay no estaban en este retumbante trozo de chatarra metálica con ella. Esto se confirmó cuando

llegó al final del pasillo.

Un golpe detrás de ella la hizo girar rápidamente en una esquina. Se metió en una habitación y esperó detrás de una pila de cajas de madera mientras lo que sonaba como un grupo de alienígenas azules pasaba por allí. ¿La habían visto? Si era así, ¿la encontrarían? Temblaba, aterrorizada. ¿Cómo había logrado evadirlos durante tres días?

Una vez que los sonidos de sus pasos se desvanecieron y esperó hasta contar mil, cuidadosamente abrió la puerta y escuchó. Cuando no oyó nada, salió de la habitación.

Se apresuró hacia la escalera con pasos ligeros y bajó al nivel de la cocina, deteniéndose a mitad del pasillo junto a una ventana para mirar afuera.

El sol había pasado más allá del planeta más grande, y la oscuridad había estallado en el cielo que quedó atrás. El planeta no se parecía a nada que hubiera visto antes, con masas de tierra azul profundo y mucha agua. ¿Alguna vez sabría cómo era la superficie o crecería y moriría en la estación espacial, escondiéndose de los Al'kieern el resto de su vida?

Su pesado suspiro se disipó, dejando una capa blanca de niebla en la ventana. Girando, se deslizó por el pasillo y entró en la cocina. Como siempre, los droides de cocina seguían trabajando sin mirarla. No podía decir si no la veían o si no les importaba. Mientras no destruyera sus soufflés—o lo que fuera que estuvieran cocinando—la dejaban en paz.

Tomó un trozo de lo que había decidido llamar pan de la encimera y hundió sus dientes en él, masticando y tragando rápido. No sabía igual. Nada aquí sabía igual, pero era comida. No importaba cuánto comiera durante sus visitas nocturnas a la cocina, nunca podía satisfacer su estómago rugiente.

Los droides chefs horneaban su versión de pan a diario, y la calidez, la textura parecida a la tiza y la masa caían sobre su estómago con la misma sensación reconfortante de su manta pesada en la Tierra.

Abriendo el refrigerador, rebuscó y agarró dos pequeños bloques de lo que parecía una batata, pero sabía lo suficiente a queso como para pretender que lo era. Los metió en su blusa holgada, holgada porque le quedaba a un alienígena más grande que la había dejado en una esquina de la sala de mantenimiento.

Extrañaba la comida que sabía familiar. Extrañaba a sus amigas. Más que nada, extrañaba su hogar en la Tierra. Papá podría estar muerto, pero aún tenía un trabajo. Amigos. Un propósito más allá de la supervivencia.

Después de cerrar el refrigerador, se puso de puntillas, buscando frutas. ¡Ahí! En la pared de fondo, habían colocado un tazón lleno con más de las esferas rojas que había robado y comido ayer. No tenía idea de qué eran, pero sabían como una combinación de peras y sandía. Deslizándose alrededor de los droides que se movían por la cocina, se acercó a la fruta y llenó sus bolsillos con tantas piezas como pudo.

Había añadido un pan a su camiseta cuando un gemido la hizo detenerse temblando. Su mirada fue atraída hacia una jaula que no había visto antes, escondida en la esquina de la habitación.

Oh, no. Mierda, no.

Se precipitó en esa dirección mientras un droide se dirigía hacia la jaula con un cuchillo de carnicero. Una criatura parecida a un mono, con pelaje lavanda y cuatro brazos, se acurrucaba en la esquina de la jaula, tratando de liberarse de las rejas.

Su mirada desesperada se encontró con la de ella, y retrocedió, arrastrando su pata trasera derecha. Chasqueando al droide, se aplastó contra la parte trasera de la jaula.

Mila avanzó rápidamente y arrebató el cuchillo de la mano del droide, luego lo lanzó hacia la

pared lejana. Se clavó en la superficie y tembló, permaneciendo en su lugar. Si alguna vez escapaba de la estación espacial, podría considerar un trabajo como maga. ¿No eran buenos en lanzar cuchillos?

Empujó al droide a un lado y se agachó frente a la puerta de la jaula. Manipulando el pestillo, lo desbloqueó y lo abrió.

—Vamos, cariño —dijo, extendiendo los brazos hacia el mono púrpura—. Nos vamos de aquí.

La criatura alienígena saltó adelante y envolvió sus cuatro brazos alrededor de su cuello. —¡Chii-chii-chii! —dijo.

—Claro. Chii para ti también. —Mila balbuceó y esperó que sus vías respiratorias se mantuvieran abiertas. Pero la criatura—que bien podría llamarse Chii-chii—estaba asustada; tenía sentido que se aferrara a la única línea de vida en la zona. Además, apenas podía caminar con lo que ella sospechaba era una pata trasera rota. Como fisioterapeuta, había trabajado con su parte de pacientes con extremidades fracturadas.

Los brazos del mono se relajaron, pero aún se aferraba mientras ella se enderezaba. Mientras giraba para escapar de la cocina, uno de los droides de cocina luchaba por sacar el cuchillo de la pared. Otro miraba dentro de la jaula como si esperara que el mono volviera a entrar y dijera "mátenme, por favor".

Mila tomó un gran cuchillo del estante cerca del pan. Lo añadiría a su colección en su escondite. Corrió hacia la puerta del pasillo y asomó la cabeza para asegurarse de que no hubiera ningún Al'kieern acechando en el pasillo. Al encontrarlo vacío, corrió hasta el final del largo corredor.

El mono saltó de sus brazos y se arrastró de vuelta por el pasillo. Se escabulló alrededor de una esquina y desapareció de la vista.

—Chii-chii, vuelve. —El cuerpo de Mila se desplomó. Hasta aquí llegaba la ayuda a su nuevo amigo. Por un momento, había comenzado a creer que tendría a alguien con quien hablar mientras le inmovilizaba la pierna. Habría sido alguien por quien luchar, alguien que la ayudaría a sentirse menos sola—un sentimiento que la había atormentado desde que murió su padre.

Aparte de la rara conversación telepática con Firefly, no lo había visto durante días, no desde que le había mostrado la pequeña habitación. Aunque, había notado que la iluminación en algunos pasillos se había atenuado a medida que Firefly liberaba a sus amigos. ¿Acaso la estación tenía una fuente de luz de respaldo? Solo había encontrado unas pocas luces montadas en las paredes durante sus viajes.

Luchando contra la tristeza por Chiiii-ce, atravesó la puerta hacia la escalera y se detuvo para asegurarse de que reinara el silencio. Bien. Caminando en puntillas, descendió hasta el piso del muelle de carga donde pequeñas naves espaciales llegaban para descargar suministros o llevar a los alienígenas azules Al'kieern a la superficie del planeta.

Mientras pasaba junto a las ventanas que daban al planeta, se detuvo de nuevo, y su mandíbula se cayó.

—¿Qué es eso? —susurró, mirando una nave plateada que había aparecido de la oscuridad, materializándose como en una película de ciencia ficción. ¿Era un amigo o un enemigo?

Si tan solo hubiera una manera de enviarles una señal de socorro.

—¡Terrícola! —gritó alguien desde más adelante en el pasillo, haciendo que ella saltara hacia adelante. —¡Detente!

Su mano apretó el cuchillo y Mila salió disparada.

Tres Al'kieern chillaban detrás de ella, pisándole los talones.

CAPÍTULO 4

Kral

Después de que Wulf dejara el puente, Kral miró la pantalla de visualización, sin parpadear. En poco tiempo, una lanzadera salió de la nave estelar, siguiendo a la pequeña lanzadera hacia el planeta.

—Esta acción revelará nuestra ubicación a los de la estación espacial —dijo el droide—. ¿Desea que retire el camuflaje?

—¿Puedes escanear primero la estación? —preguntó Kral.

—Ya lo he hecho, y detecto las señales de sesenta y tres formas de vida, Señor —dijo el droide RT34—. Han activado su modo de bloqueo y ahora no puedo identificar especies específicas. ¿Qué desea que haga a continuación?

Las gruesas cejas de Kral se fruncieron. —Detén la nave y mantén nuestra posición —dijo. Sus dedos trazaron el mango de la espada que llevaba atada a la espalda. Sentía la necesidad de desenvainarla, de blandirla.

Para proteger a su compañera.

El droide a su izquierda se movía de un lado a otro frente al segundo panel de control.

A Kral no le gustaba permitir que otros se encargaran de las cosas que impactaban directamente en su vida y en la de la mujer terrestre con la que estaba emparejado. Saber que estaba indefenso, que no podía controlar lo que pudiera suceder a continuación le quemaba por dentro como un escarabajo chisser, una criatura que podía secretar ácido de manera aleatoria.

Después de asumir el liderazgo de su clan hacía diez años, había procurado presentar una imagen firme y despiadada a las aldeas bajo su responsabilidad. A los diecisiete, había tenido que aparentar ser capaz de liderar. Cualquier indicio de debilidad por parte de Kral podría ser manipulado por aquellos que buscaban el poder. El mando pertenecía a quien lo tomara, y después de que el fuego matara a sus padres, Kral estaba decidido a controlar cada situación si era posible.

Sentado en el asiento del Comandante, se entregó a la abrumadora necesidad de frotarse la pierna. El espasmo disminuyó, pero el dolor persistente continuó. Sabía que lo haría hasta el día en que muriera.

Observaba la estación, incapaz de suprimir el miedo que sentía por Mila, quien debía estar tan aterrorizada como un infante wildarn separado del rebaño. Si los Al'kieern le hacían daño...

Un gruñido salió de él, y el droide RX74 se volvió hacia él.

—¿Señor? —preguntó el droide.

—Nada —dijo Kral. Apretó los labios, y sus sekairs, grandes escamas defensivas que podían disparar dardos, se alzaron en sus hombros, levantando las secciones de su camisa de piel que habían sido cortadas específicamente para permitir esta acción. Si se sentía amenazado, el

veneno se adheriría a las puntas, y cuando su cuerpo lanzara los dardos segmentados, derribarían a un enemigo con un solo golpe.

A medida que la nave estelar se acercaba a la estación espacial, la mandíbula de Kral se tensó.

—Retira el camuflaje —ordenó. Jugó con el mango de su espada ancha de nuevo, la punta de ella descansando baja en su columna vertebral.

Algunos asumirían que el arma era ceremonial, debido al mango dorado pulido y la hoja altamente labrada. En muchos aspectos, lo era, pero Kral había perfeccionado su habilidad con el arma después de muchos años de práctica. Su habilidad con la espada le había salvado la vida en más de una ocasión.

—Disculpe, Señor —dijo el droide RX74—. ¿Si puedo?

—¿Qué sucede? —preguntó Kral.

—He sorteado su bloqueo y completado un escaneo más amplio. El escaneo no es perfecto, pero los controles detectan una forma de vida inusual a bordo de la estación. Este ser no es como los demás.

—¿Explica?

—Es una mujer humana.

Mila.

—Supongo que el resto son Al'kieern —preguntó Kral.

—Sí —dijo el droide— Así parece. Nuestros sensores también detectan la señal de treinta y ocho unidades de droides ST. Modelos antiguos, pero vale la pena mencionarlos.

—¿Algún droide de seguridad? —Presentarían una amenaza más letal que cualquier otro modelo ST.

—Dos, Señor. El resto son personal auxiliar.

No es mucho para un detalle de seguridad, pero no esperarían que una nave estelar entrara en su espacio aéreo y los desafiara.

En esta nave, Kral utilizaba un equipo de diez droides. Tres en el puente, dos en la cocina, y el resto en mantenimiento y limpieza. Una nave funcionaba sin problemas con un buen equipo, y Vork se había asegurado de que Kral estuviera bien equipado antes de que partiera de Crakair.

Kral se inclinó hacia adelante, manteniendo su voz baja. —Por favor, mantente a salvo. La preocupación que había reprimido durante el viaje desde Crakair salió a la superficie. Había perdido a sus padres...

No podía perder a su futura compañera también.

Solo conocía su nombre, pero sentía una conexión con ella. Si tan solo las cosas hubieran salido como deberían. Entonces estaría inclinándose ante ella, tomando su mano, y mostrándole el mundo que podía ofrecerle. Por un breve tiempo, se había permitido soñar con estar con alguien que podría llegar a preocuparse por él. Alguien a quien podría proteger y mantener a salvo.

Más que nada, quería bajar la guardia y ser Kral el hombre, no Kral el ejecutor, Kral el líder o Kral el intocable. Quería mostrarle a Mila la persona joven que había sido antes de que sus padres fueran arrancados de él y se viera forzado a tomar el mando de su clan.

Pronto, Mila.

—Detectando activación en sus sistemas de defensa —dijo el droide a la izquierda de Kral, devolviendo su atención a lo que sucedía a su alrededor.

—Escudos arriba —ordenó.

—Así se ha hecho —dijo el droide.

Kral se inclinó hacia adelante y activó el com en el pequeño panel del comandante con un toque de su dedo. —Aquí Kral Lilgat Adhoh Shiel'qoin de la Nave Estelar Adire 3, llamando a la Estación Espacial Al'kieern.

La tensión se extendió por el aire como un rayo, y sus sekairs se levantaron, las puntas preparadas con veneno.

El silencio se prolongó tanto tiempo que le preocupaba que sus uñas se volvieran grises mientras esperaba. ¿Responderían los Al'kieern?

Cuando un crepitar llegó a través del altavoz, la única respuesta de Kral fue el movimiento de su dedo en el reposabrazos.

—Está usted fuera de su territorio, Nave Estelar Adire 3 —dijo la voz, con una inflexión áspera que indicaba que un Al'kieern, no un droide, estaba respondiendo.

—He venido por la mujer terrestre que tienen a bordo de su nave —dijo Kral en una voz cortante—. La transferirán a mi nave estelar de inmediato.

—No tiene jurisdicción aquí, Adire 3.

No negaron tenerla a bordo.

El uso de jurisdicción por parte de los Al'kieern era una táctica de dilación. Los dedos de Kral volaron sobre la pequeña pantalla frente a él, realizando escaneos que mostrarían cualquier actividad de transferencia fuera de la estación principal. Una imagen holográfica en 3D de la estación apareció sobre la pantalla, pero no había naves que se acercaran o salieran de la estación espacial multinivel, aparte de una nave distante que estaba atravesando el cuadrante exterior y probablemente no estaba relacionada con la estación espacial.

Los labios de Kral se torcieron y mostró sus colmillos. —Los contratos de Crakairian Tierra dicen que tenemos jurisdicción —dijo secamente—. Entreguen a la mujer.

—No hay ninguna mujer aquí —se burló la voz—. Mire en otro lugar si está desesperado por una reproductora.

El gruñido de Kral resonó en la pequeña habitación. Se levantó y caminó de un lado a otro con dificultad. —Tendré que abordar la estación. — Pero ¿cómo? Lo verían transferirse a bordo y lo capturarían antes de que pudiera explorar siquiera un nivel del enorme vehículo. Y la acción sería vista como una agresión, algo que deseaba evitar.

—Señor, ¿si puedo? —dijo el droide RX74—. No soy capaz de detectar una inflexión en la voz del Al'kieern que indique que está mintiendo. ¿Estamos seguros de que esta mujer humana es la que busca?

Kral levantó la palma, mostrando la marca que se había quemado en la superficie cuando se acercó a la estación.

—Un símbolo de vínculo de pareja, Señor —dijo el droide, dejando el panel de control y acercándose a Kral. Lo miró hacia arriba.

—Esto me dice que Mila está en la estación espacial —dijo Kral—. Aún más, lo sé en mis huesos.

—¿Si puedo ofrecer una sugerencia, entonces? —dijo el droide. Al asentir Kral, el droide continuó—. Podría haber una manera, una que tiene un veintiocho por ciento de probabilidad de éxito, pero hay riesgos inherentes.

—Dime —dijo Kral, frotándose el muslo.

—Estamos probando un nuevo sistema de camuflaje —dijo RX74.

Kral dejó escapar un suspiro. —Ya camuflamos naves. Esto no es nuevo. Y ya saben que estamos aquí.

—Sí, camuflamos naves —dijo el droide—. La tecnología de camuflaje normal tiene una tasa

de éxito del noventa y ocho por ciento. Nuestro último emprendimiento incluye camuflar individuos y transferirlos de un lugar a otro. El sistema aún produce más errores que precisión, razón por la cual el Consejo Supremo de Crakairian ha solicitado que continuemos nuestros estudios antes de probar con sujetos más grandes que los creelets del tamaño de una mano. Las pequeñas criaturas parecen ser más capaces de soportar la transferencia.

—Lo haré —dijo Kral. Su mano fue al mango de su espada ancha, como siempre hacía cuando la agitación recorría su cuerpo. Su mirada se encontró con la del droide—. Ahora.

Kral revisó para asegurarse de que había ajustado sus otras armas, pero fue un gesto de confirmación, no porque tuviera dudas. Un Vikir nunca dejaba el clan a menos que estuviera completamente armado.

—Debo añadir que las probabilidades de que asalte con éxito la estación y sobreviva a un ataque son inferiores al veintidós por ciento —dijo RX74—. Las probabilidades de rescatar a la hembra terrestre, suponiendo que estamos en lo correcto al asumir que está a bordo de la estación, son inferiores al doce por ciento, dependiendo de dónde la estén reteniendo.

Un líder debería dejar que otros se encarguen de situaciones como esta, no hacerlo él mismo, pero Kral no tenía otra opción. No podía enviar a los droides y arriesgarse a dañar a Mila.

—¿Por qué han fallado las pruebas? —preguntó Kral.

—Experimentamos un error técnico —dijo el droide—. Nuestras transferencias son suaves. Los sujetos de prueba llegan de forma segura, pero el mecanismo de camuflaje no soporta la transferencia por más de unos pocos seclars. Ese es el verdadero defecto que no hemos podido aislar y corregir.

—Entonces no es un camuflaje verdadero —dijo Kral, con frustración en su voz. Cada seclar que esperaba era uno menos para encontrar a Mila. Si la estación activaba los escudos completos, no tendría más opción que atacar.

—Pero sí es un camuflaje verdadero —dijo el droide, imperturbable por la irritación de Kral. Aunque no se molestaría. Los droides no sentían nada. Su capacidad para completar tareas sin que las emociones nublaran su juicio era la razón por la cual se utilizaban ampliamente en la flota espacial. La mayoría de los cruceros estelares estaban tripulados por unos pocos Crakairianos y el resto por droides—. En nuestras pruebas, el creelet es transferido de una nave a la otra sin ser detectado.

Kral dio un paso hacia el droide.

—Estás diciendo que puedes camuflarme y transferirme a la estación, y no verán mi llegada, pero...

—Dentro de unos seclars, el sujeto ya no estará camuflado —dijo el droide—. Por supuesto, si decide tomar esta opción, lo transferiríamos a *usted* al lugar más seguro posible.

—Un hueco de escaleras. O algún lugar de mantenimiento —Enderezó la columna—. Estoy listo.

El símbolo de vínculo de pareja en la palma de su mano derecha pulsaba. Estaba perdiendo su capacidad de pensar con racionalidad cuando la vida de su pareja estaba en peligro. Sin embargo, esto no se trataba de posesión ni de promesas hechas entre planetas lejanos. Ni siquiera se trataba de engendrar un heredero, aunque después de conocer a las hembras terrestres en la casa de uno de los otros machos Crakairianos emparejados, la idea de follar con una mujer terrestre le intrigaba. Esto se trataba de asegurar que una persona vulnerable bajo su cuidado estuviera a salvo. Protegerla para demostrar que no fallaría a otro.

—También debo mencionar, señor, que hay otras opciones —dijo RX74.

—Dímelas.

—Podría enviar a un droide en tu lugar.

Kral nunca confiaba en que otros hicieran algo que él necesitaba hacer personalmente. Un droide perdido podía reemplazarse, pero si los Al'kieern capturaban y eliminaban al droide, estarían en guardia. Se perdería el elemento sorpresa.

—No es una opción.

Con un sorprendente resoplido, el droide continuó:

—Hay otros tres cruceros estelares a siete daelas de viaje. Con una fuerza completa, los Al'kieern no tendrán otra opción que retroceder y entregar a la mujer.

—Incluso una daela podría ser demasiado tarde —dijo Kral—. ¿Cuánto tiempo hasta que puedas completar la transferencia?

—Tardará diez minars en camuflarlo, pero solo seclars para la transferencia.

Un parpadeo, entonces.

Kral inclinó la cabeza.

—Estoy listo.

—Debería mencionar el otro pequeño problema que hemos observado con los creelets transferidos.

—¿Qué?

—El dos por ciento pierde el conocimiento dentro de unos seclars de su llegada.

El dos por ciento no era nada.

—Asumiré ese riesgo.

CAPÍTULO 5

Mila

Después de casi ser descubierta—de nuevo—en el pasillo, Mila evadió a los Al'kieern corriendo por el circuito de obstáculos que había trazado unas horas después de escapar. El recorrido incluía trepar por los ductos del techo y deslizarse sobre el vientre bajo filas de armarios de suministros. Cuando estuvo segura de que los había perdido, se deslizó hasta su escondite en la parte trasera del cuarto de mantenimiento.

Horas después, salió sigilosamente porque…

Mila estaba decidida a darse su primer baño desde que había sido secuestrada, y nada iba a detenerla de sumergirse en el agua y remojarse por lo menos una hora. ¡Se lavaría el cabello! Se afeitaría las axilas con uno de los cuchillos que había robado de la cocina. Y luego se remojaría un poco más.

Arrastrando el último balde de agua, se deslizó de lado y se escurría entre el montón de madera y la pared, gruñendo cuando su camisa se enganchó en el borde de una de las tablas. Con un resoplido, rompió la astilla de madera y frunció el ceño al ver el nuevo agujero en su camisa. Había robado dos conjuntos completos en los últimos días, pero se estaban desgastando rápidamente. A este ritmo, estaría desnuda en poco tiempo.

La ropa le colgaba del cuerpo porque no estaba hecha para humanos. Había descubierto que si anudaba las mangas extra alrededor de su cintura y hacía caso omiso de los agujeros en la espalda que estaban hechos para alas, podía moverse bien. En cuanto a los pantalones—con un agujero para una cola que no poseía—los enrollaba hasta las rodillas.

Capris alienígenas, ¿verdad?

Arrancó la astilla y la guardó en el bolsillo por si la necesitaba más tarde. Su pesado suspiro resonó. Aunque el montón de madera era una gran cobertura para su escondite, ¿quién necesita madera en el espacio? Aparte de material de construcción—lo cual no tenía sentido ya que todo en la estación estaba hecho de plástico—o quemar madera en una fogata, ¿para qué servía todo esto?

Después de que Firefly le mostrara el pequeño compartimento en la parte trasera del cuarto, lo había limpiado, distribuyendo los artículos aquí y allá para que pareciera casual, y luego recolectó lentamente posesiones durante los últimos tres días. Sus dos conjuntos. Un trozo de espuma que servía como cama. Curiosamente, dos toallas—que servían como buenos cobertores. Y cuchillos de la cocina. Ojalá pudiera robar uno de los bastones de descarga que habían usado con ella y Lily. Así podría noquear a los Al'kieern cuando se acercaran demasiado.

En la parte trasera de su compartimento, había encontrado un barril plano que vagamente se parecía a un abrevadero para caballos. Había echado fuera las arañas. Era de esperar, incluso las arañas existían en el espacio. No se podía evitar esas cosas al salir de la Tierra, ¿verdad?

Ayer, durante su exploración de la nave, había localizado un balde. Gran hallazgo.

Abrió la puerta del pequeño cuarto y se deslizó adentro, donde vertió su décimo balde de agua en la bañera, llenándola lo suficiente para que el agua se moviera alrededor de la cintura de Mila mientras se sentaba. El agua estaba relativamente tibia, un extra. La última vez que se había dado un lavado rápido—hace dos días en el lavabo del conserje—solo salía agua fría del grifo. Esta vez, había tenido suerte con agua templada.

Después de desnudarse, se metió en la bañera y se hundió contra el costado con un gemido.

—Oh, mierda, esto se siente maravilloso —dijo. Usando sus dedos, se lavó de arriba hacia abajo. Luego enjuagó su cabello una segunda vez hasta que chirrió.

Cerrando los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y se relajó—. Maldita sea, esto es genial. No hay bomba de baño, pero no me quejo. ¿Quién hubiera pensado que un simple baño podría sentirse tan maravilloso?

Un sonido suave la hizo detenerse, y sus ojos se entreabrieron.

Tragó en seco.

Un alto alienígena verde vestido con pieles que apenas cubrían su pecho y ajustados pantalones de cuero negro había aparecido al pie de su bañera como si hubiera sido teletransportado a la habitación. Su mirada oscura recorrió su cuerpo, fijándose en sus pechos que sobresalían por encima de la línea del agua.

Se hundió más bajo, pero eso solo levantó más su entrepierna.

Mierda.

Como si la hubiera presionado contra una estufa caliente, su palma derecha ardió.

—¡Ay! —Giró la mano, y su boca se abrió al ver un símbolo dorado brillante aparecer en su palma.

Había leído sobre esto antes.

Una marca de vínculo de pareja.

—¿Qué…? —¿Cómo había aparecido en su palma? Había asumido que las mujeres eran marcadas de alguna manera una vez que habían acordado quedarse y casarse con su compañero Crakairian, porque los símbolos que aparecían mágicamente solo existían en libros de fantasía. No aparecían solo porque conocieras a un tipo alienígena verde al azar.

—Dreafillar —dijo el tipo con voz áspera. Sus labios se curvaron hacia atrás, revelando colmillos grandes, y le hizo una breve inclinación cortesana que era extrañamente atractiva a pesar de su atuendo de cavernícola.

—Yo, um… —Maldita sea, estaba balbuceando, pero no podía parecer forzar palabras fuera de su boca. Debería estar gritando, aunque eso sería estúpido cuando estaba escondida. O debería saltar de la bañera y agarrar uno de sus cuchillos. De hecho, ella…

Espera.

Dreafillar—el saludo Crakairian de un compañero a otro.

—Como no hay un droide de protocolo cerca para hacer las presentaciones —dijo, tambaleándose hacia un lado antes de enderezarse. —Debo hacerlo…yo mismo. —Se inclinó de nuevo. —Soy Kral Leglette… —Frunció el ceño. —No. Soy Kral *Lilgat* Adhoh…Shiel'qoin. He venido a rescatarte, Mila Theresa Dunkirk.

Su mandíbula quedó abierta. —Esto es… —Altamente inusual. Salvaje y emocionante.

Extrañamente erótico.

Al darse cuenta de que aún estaba estudiando su cuerpo desnudo, se tapó la entrepierna con las manos y luego las movió hacia sus pechos. Si tan solo tuviera tres manos para cubrir todas las bases.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó, con la voz saliendo susurrante.

—Yo he… —Parpadeando, frunció el ceño, y sus cejas gruesas se fruncieron también. Las grandes escamas en sus hombros se levantaron y cayeron, moviéndose agitadamente. Sus profundas pupilas negras rodeadas de azul caribeño se ensancharon. —Yo he…

¿Qué estaba pasando?

—¿Estás bien? —preguntó. Quizás necesitaba rescatarse más que ella.

—Lo siento, pero… —Sus ojos se volvieron hacia atrás en su cabeza, y sus brazos se colapsaron a los costados. Con un suave siseo, se inclinó hacia adelante.

Cayó sobre ella, y el agua se derramó por los bordes de la bañera.

CAPÍTULO 6

Kral

Kral se despertó con la nariz presionada entre los montones del pecho de Mila y su mano derecha enterrada entre sus muslos.

Por un momento, no podía recordar qué había pasado ni cómo había terminado encima de ella. Oh. La transferencia. Perder el conocimiento. Caer hacia adelante. Claro, él sería parte del dos por ciento.

La sangre del vínculo de pareja recorría sus venas, y su cuerpo se calentaba en respuesta a su dulce aroma y la suave carne debajo de él.

Heille.

La vergüenza obstruyó sus venas por primera vez en años.

—Lo siento —murmuró con brusquedad, sus colmillos rozando su piel. Ella olía a fruta jinjin en un cálido día de verano. —Yo… no tengo pleno control de mis acciones.

Ella frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Yo… la transferencia.

Después de conocer a mujeres de la Tierra y ver sus diferencias en comparación con las hembras Crakairianas, había esperado descubrir si el cabello se sentía como los naanans. Y si los terrícolas eran tan pequeñas como Lily, Sadie y Evie. También se había hecho ilusiones con la posibilidad de ver los montones del pecho de su futura pareja.

Miró su pecho y descubrió que la transferencia encubierta podría haber afectado su lengua además de su mente. —Las hembras Crakairianas no poseen apéndices tan inusuales. He oído hablar de los bultos carnosos. Se les llama… ¿bestias? Sí, eso es. Bestias. No estoy seguro de por qué se les llamaría así, pero ¿qué sé yo? Podrían ser bestiales.

Ella resopló. —¿Estás bromeando, verdad?

—De todos modos —dijo—. He oído que son para amamantar a un infante. Qué raro. Las hembras Crakairianas alimentan a sus crías a través de tubos carnosos que emergen de su abdomen después del parto.

—Entiendo —dijo ella. Movió la mano hacia él—. Tú, um…

También había esperado tocar su piel sin escamas, pero nunca de esta manera.

—Oye, no te estás moviendo. ¿Estás bien? —preguntó. Sus manos revoloteaban junto a su cabeza, pero no lo tocaban—. Te caíste. Estuviste inconsciente por un momento. Yo, um, no podía moverme.

Él gruñó y, al moverse sobre ella, sus colmillos rozaron el tejido suave en la parte superior de su pecho derecho. Un pequeño nublo rosado se erguía en el centro. ¿Había causado él esta acción posiblemente no deseada?

—¿Kral? —Ella se retorció debajo de él.

Él gruñó de nuevo y sacudió la cabeza, esperando despejarla. Sus naanans parecían tener voluntad propia. Se deslizaban por sus brazos y cuello, y uno provocaba su pezón izquierdo, apuntando al nublo.

Ella gimió suavemente, y cuando él miró hacia arriba, sus pupilas se habían dilatado.

—¿Qué… qué…? —dijo ella—. Tú… Esto no puede estar sucediendo.

—¿Yo? —Estudió su rostro sonrojado, sin entender por qué parecía molesta. Bueno, además del hecho de que él estaba acostado sobre ella.

—Sí, tú. —Sus manos cayeron sobre sus hombros y lo acariciaron. Quizás dándose cuenta de lo que estaba haciendo, las levantó rápidamente, manteniéndolas en alto—. ¿Es el lanzarse sobre un posible compañero parte de los rituales de cortejo? —El humor bailaba en su voz.

—No. Lo siento mucho. —Con las manos apoyadas en los bordes de la bañera, se levantó, pero no podía dejar de mirarla—. Me presenté, ¿no? No puedo recordar.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. —Sí, te presentaste.

—Bueno. Aunque el entorno es inusual, incliné la cabeza para continuar con la primera etapa del cortejo. —Dreafillar.

Como Mila levantaba la cabeza al mismo tiempo, sus frentes chocaron.

—¡Ay! —gemió ella, frotándose el círculo de enrojecimiento que aparecía en su piel pálida.

—De nuevo, lo siento mucho. —La vergüenza lo abrumó, y empezó a sudar.

Había venido aquí para rescatar a su pareja, y ahora ella le diría que no estaba interesada en ser cortejada por un torpe guerrero Vikir. Heille, no podía despejar su mente lo suficiente para levantarse de encima de ella. El droide de la nave estelar tenía razón. —Estoy entre el dos por ciento que pierde el conocimiento después de una transferencia encubierta y, aparentemente, también pierdo mis inhibiciones.

Ella parpadeó lentamente. —¿Dos por ciento, dices?

Él inclinó la cabeza, teniendo cuidado de no impactarla con la suya. —Estoy seguro de que mis inhibiciones volverán a su fuerza total pronto.

—Lo… esperaré.

¿Escuchó risa en su voz? No podía decirlo, y era mejor no asumir.

—Quizás deberías… um… —Su mano hizo un gesto entre ellos—. ¿Desprenderte de mí?

—Oh, sí. —Intentó moverse de lado para salir de la bañera, pero sus pies se enredaron. Su pierna herida se contrajo, enviando su pie a lo largo del fondo metálico de la bañera. Sus manos se resbalaron de los bordes de la bañera, y volvió a caer sobre ella.

El aire salió de sus pulmones.

—Lo siento —gruñó él. Sacó sus dedos de entre sus piernas. Al levantar la mano para agarrar el borde de la bañera nuevamente, rozó el pezón en su pecho—. Quiero decir… —Frunció el ceño, tratando de aclarar su mente.

—Kral —gimió ella—. Esto… Esto…

Aunque la mortificación se había convertido en su mejor amiga, su miembro había decidido que, al encontrarla tendida debajo de él, podía saltarse el cortejo y el matrimonio y pasar directamente al acto sexual. Tenía una barra de acero en los pantalones.

—Oh, mierda —dijo ella. Sus ojos azul celeste se agrandaron—. Joder. ¿Te excita esto?

—¿A ti no? No. No había dicho eso. Por favor.

—Um, probablemente no. —Sus mejillas se pusieron tan rojas como la marca en su frente.

Un “enrojecimiento”. Así se llamaba. —Estás “enrojecida”. La piel humana cambia de color cuando la persona está… avergonzada.

—Bueno, mierda, tal vez estoy un poco excitada por todo esto. Pero es solo… el momento.

Yo. Tú. Toda esta humedad. Y ni hablar de esa barra en tus pantalones. —Sus ojos se entrecerraron—. Estoy soñando, ¿verdad? Eso es. Me quedé dormida en la bañera y estoy teniendo el sueño más increíble sobre un tipo alienígena que dice que se llama Kral. Esto no es real. Tú no eres real. Esto no es real.

—Yo soy real. Y también lo es… eso. —Deslizó su lengua por el labio inferior, deseando probarla. Necesitaba detener este tren de pensamiento inmediatamente.

—Tu lengua —dijo ella—. Mierda. Está bifurcada en la punta. Y es larga.

—Hay muchos usos para mi lengua.

—Apuesto a que sí.

Él juró que oyó sarcasmo en su voz, pero debía estar equivocado. Necesitaba salir de encima de ella, rescatarla, llevarla a su nave y acostarse hasta que su mente se aclarara.

Ella se retorció debajo de él. —Está bien, alienígena de los sueños. Es hora de salir de la bañera.

—Tienes razón. —Sus naanans negros eran largos, algunos alcanzaban casi su cintura. Mientras volvía a agarrar los bordes de la bañera, dos naanans se deslizaron hacia sus pechos. Los pezones, le intrigaban.

—Quizás tus "bestias" tienen más utilidad que la de amamantar a un joven —dijo antes de poder cerrar la boca.

—Querido, ¿no lo sabes? —Ella puso los ojos en blanco—. Hablemos de una introducción, tío.

—Soy Kral. Tu compañero. No "tío", aunque si deseas usar "tío" como un apodo para mí, lo permitiré.

—¿Lo permitirás, eh? —No pasó por alto la ironía en su voz—. "Tío" no es un apodo.

—Puedes llamarme como desees. Incluso esto… ¿dulce? Eso significa "sabor dulce".

Ella frunció el ceño antes de que su rostro se iluminara y se riera. —Eres tú, sin duda. Un dulce.

—Me alegra haberte dado una razón para sonreír —dijo él—. Incluso si eso significa que me llames "dulce".

Su risa hizo que su cuerpo se sacudiera. —No puedo decir que haya tenido una primera cita como esta antes.

—Primera cita. —Salió como una afirmación, no una pregunta. Le gustaba que ya estuvieran avanzando en el cortejo. Había saludado correctamente. Una vez que estuvieran de vuelta en su nave, podría continuar con el resto de los rituales.

Aunque… Aunque no había zithers en el agua, esto estaba muy cerca de un baño de zither.

—Pronto, debo embadurnar tus pies con el boodler —dijo él, pensando en el siguiente paso en su cortejo.

—Lo… esperaré. —Ella sonrió, y él encontró el gesto sin colmillos fascinante.

Él la había hecho sonreír, nadie más.

Con cuidado, salió de la bañera, tratando de no poner demasiado peso en su pierna que latía débilmente. Al ponerse de pie, el agua se acumulaba en sus pieles y goteaba por sus pantalones, formando charcos en el suelo. No era la manera en que había pensado darse al conocer a su compañera por primera vez, pero ella había sido secuestrada. Estaban en una estación espacial enemiga y necesitaban escapar.

Al menos su mente se estaba aclarando.

Se inclinó y extendió el brazo. —Como dije, he venido a rescatarte, Mila Theresa Dunkirk.

Ella levantó un dedo. —Mantén esa idea. Necesito vestirme antes de que sigamos adelante.

—Su mirada cayó en sus pantalones—. Vaya, supongo que no estaba tan equivocada con los consoladores impresos en 3D. —Cuando sus ojos se encontraron con los suyos, sonrió—. ¿Es morado?

Él no sabía qué era un consolador o qué estaba preguntando, pero estaba ansioso por complacerla, especialmente después de haber arruinado las cosas al caer sobre ella. —Sí, morado.

—¿Todo el tiempo o solo cuando está…? —Su mirada se dirigió a su entrepierna—. ¿Agrandado?

Oh… —No es morado. —Se frotó el brazo—. Soy de un verde intenso por todo mi cuerpo. —Intentó alcanzar el cierre de sus pantalones—. ¿Te gustaría verlo?

—Cálmate —dijo ella con los ojos bien abiertos. Se abanicó la cara. Él no entendía cómo podía sentirse sobrecalentada cuando la habitación estaba fría. Especialmente para alguien mojado como él—. Guarda el espectáculo de la polla para después, ¿de acuerdo? Si te das la vuelta, saldré de la bañera.

—Ya he visto—

—Kral. —dijo con un tono de advertencia en su voz.

Él giró para enfrentar la pared. Mujeres terrícolas. ¿Todas eran tan complejas como su compañera?

Los salpicones fueron seguidos por el crujido de materiales.

—Dame un segundo para secarme y vestirme, y luego podemos avanzar con tu rescate —dijo ella.

¿Escuchó sarcasmo en su voz? Mostró los colmillos, deseando poder interpretar su tono actual. En los diez años desde que murieron sus padres, había luchado por sentirse seguro, respetado y en control.

Ahora, un desliz de una mujer terrícola lo hacía girar en todas direcciones. Había disfrutado tocándola y la conversación juguetona en la bañera, pero no le gustaba sentirse tan inquieto. Su estómago revoloteaba peor que un árbol aspila en un viento fuerte.

Escuchó más movimiento de material.

—Te agradezco que hayas venido, por cierto —dijo ella.

—Eres mi compañera —respondió él—. ¿Qué más podía hacer?

—¿Qué hubiera pasado si hubieras entrado en la habitación y hubieras encontrado a Taylor o Lily aquí en lugar de a mí?

—Lily está con su compañero, Jorg.

—¿De verdad? —exclamó Mila, y se notaba alivio y felicidad en su voz—. ¿Lo está?

—Sí. De verdad.

—Me alegra tanto. ¿Y Tay?

Asumió que se refería a Taylor, al tercero secuestrada del grupo.

—Wulf la está buscando en este momento.

—¿Su pareja Crakairiana? Genial. Las cosas parecen mejorar repentinamente.

—Wulf es mi amigo. Él está muy comprometido. — No había nadie más a quien Kral le pediría que cubriera sus espaldas. Cuando nos acercamos a esta estación, una nave con una mujer humana y otro ser vivo voló hacia Yarris, el planeta que está debajo de nosotros. Wulf tomó una nave y la siguió. Suponiendo que sea Taylor, él la localizará y la traerá a Crakair.

—¿Crees que era ella?

—Sí.

—No sabes lo bien que me hace escuchar esto. —Su voz se cortó—. He estado preocupada

por ellas. Busqué en toda la estación, pero no pude encontrarlas.

—Taylor pronto estará a salvo —dijo él, teniendo que confiar en eso. ¿Había localizado Wulf ya a su compañera?

Cuando Kral regresó a su nave, asumió que habría un mensaje de Wulf esperando.

Su exclamación de sorpresa se escuchó.

—Vaya. Esa es una espada bastante impresionante que tienes allí. Acabo de notarla.

Él tocó el mango que sobresalía de la funda que le quedaba a lo largo de la espalda.

—Esta es una espada titar, hecha de acero trinar —dijo—. No muchos Vikir llevan un arma diseñada para la venganza, pero Kral había jurado mantenerla con él después de la muerte de sus padres. Era una de las pocas cosas que había encontrado entre las ruinas humeantes de su hogar y había sido de su padre.

Mila dio un paso más cerca y trazó su dedo a lo largo de la funda, haciéndola moverse sutilmente sobre su espalda.

—¿Y llevas esto a todas partes?

—Es un arma, hecha para ser usada. Está diseñada para ser usada en batalla.

—Esperemos no tener que llegar a eso —pausó ella—. Sabes cómo usarla, asumo.

¿Pensaba ella que la llevaría consigo todo el tiempo si no supiera usarla?

—Sí.

—Si nos encontramos con algún Al'kieern, ¿los empalarás por mí?

Él suspiró, aún sin estar seguro de su tono.

—Confía en que te defenderé hasta la muerte.

—Bien.

—¿Ya terminaste de vestirte?

—Casi —dijo ella y volvió a tocar la funda—. ¿Cómo te sientas con esto en tu espalda? Eres prácticamente un Conan el Bárbaro escamoso, desde tus pantalones de cuero hasta tu camisa de piel, pasando por esta espada.

—¿Conan?

—Sí, un cien por ciento Kral.

—¿Te gusta esto? —dijo él, con la voz más profunda y conteniendo la respiración mientras esperaba su respuesta. ¿Compartiría ella?

—Sí. Me gusta —dijo ella con voz rasposa.

Su miembro se contrajo y estaba ansioso por sentirla debajo de él nuevamente. Pero ella tenía razón. Ahora no era el momento adecuado.

—La funda permite movimiento, incluso al sentarse.

—Eso es bueno —se rio ella—. Odio pensar en ti apuñalándote el trasero.

¿En serio? Ella debía estar bromeando.

—¿Ya terminaste? —gruñó él, conteniendo su impaciencia. Quería verla. Necesitaba leer su rostro, si eso era siquiera posible.

—Casi. Mantén los caballos en calma.

—No tengo caballos, sea lo que sean.

—No, solo una enorme espada colgando de tu espalda.

Él no dijo nada, aunque sus manos se flexionaron a los lados. ¿Cuánto tiempo le tomaba a una mujer tan delgada vestirse?

—Mantener los caballos en calma significa lo mismo que para la moto, aunque eso es un poco más despectivo que el comentario de los caballos.

—¿Moto...? ¿A qué te refieres? —preguntó él—. ¿Qué son las motos?

—Me pongo las bragas y estoy lista. Bragas supongo que podrías decir que son algo así como un garlong. ¿No es eso lo que usan los hombres Crakairianos?

—Los usamos durante el cortejo. Lamentablemente, no traje uno conmigo. ¿Podría improvisar?

—He leído sobre los garlongs —dijo ella.

¿Hablaba ella con anticipación o la perspectiva ahora la llenaba de miedo? No sonaba asustada, pero él había llegado a creer rápidamente que las mujeres de la Tierra eran complejas. Altamente atractivas.

Fascinante.

—Si lo deseas, usaré las bragas para ti —prometió él—. Pronto.

Ella se atascó.

—¿Estás enferma? —preguntó él.

—¿Por qué preguntas eso? —preguntó ella entre risas.

—Sigues haciendo un ruido como de resoplido.

—Oh. No. No estoy enferma. Solo... me estoy divirtiendo. Nunca pensé que diría eso mientras estoy atrapada en una estación espacial, pero así es. Conocerte ha sido muy divertido para mí.

Después de la muerte de sus padres, él había pasado meses atormentado por el dolor, sanando lentamente. Su tía Riella había hecho todo lo posible para consolarlo. Le había dado un lugar en su hogar, hecho lo que pudo para ayudarle a sanar e incluso había llegado a llamarlo su hijo sustituto. Pero en el momento en que se había recuperado lo suficiente para moverse—más o menos—le habían pedido que asumiera el liderazgo del clan, un rol que había heredado de su padre. Aunque, su primo habría heredado el rol si él hubiera perecido con su padre.

Los padres de Kral habían muerto mientras él vivía, y había decidido en ese minar tomar la vida en serio. No habría más correr con los otros jóvenes—ya no podía correr más, de todos modos—y no habría más diversión.

Pero le gustaba que pudiera traerle alegría a su compañera.

—Puedes usar lo que quieras, excepto bragas. —Más risas se derramaron en su voz—. Las chicas usan bragas. Los chicos usan… bóxers. La mayoría de ellos, al menos.

¿Cómo se equiparaba una caja con bragas o garlongs?

El idioma humano era un idioma confuso.

—Está bien —dijo ella con entusiasmo—. Ya estoy vestida. Puedes darte la vuelta. Luego podemos salir de aquí.

Él giró y la observó por completo.

Su compañera era pequeña y curvilínea. Atractiva y acogedora. Su cabello, del color de la rica madera tricar, aún estaba húmedo, pero brillaba. Sus ojos azules brillaban. Pequeñas espinas rodeaban sus ojos, y ella los parpadeaba. Pestañas. Sí, así se llamaban. Y tenía líneas finas y tupidas sobre sus ojos que pedían su toque.

Tanto cabello. Algún día pronto, cuando hubiera terminado de cortejarla, serían compañeros completos, y él podría tocar su cabello. Tocarla.

Nunca había soñado que un humano pudiera ser tan atractivo.

La sonrisa que le dio le hizo doler el pecho.

—Así que, empecemos con este rescate. He estado esperando algo así, pero temía que estaría escondiéndome aquí durante los próximos diez años antes de que sucediera.

Él hizo una mueca.

—Llegué lo antes posible.

—Oh, no me estoy quejando. —Ella se rio—. Llegada interesante, pero lo resolveremos.

¿Qué significaba eso?

Kral nunca había sido una persona que creyera en la atracción instantánea por otra. Sin embargo, aquí estaba, ansioso por hacer lo que fuera necesario para complacer a Mila.

Su compañera.

—Tendré que sostenerte mientras volvemos a mi nave —dijo gruñendo.

—Genial.

Él parpadeó.

—Prometo que mis brazos están cálidos.

—Es otra frase.

—Oh, sí. Entiendo. Genial significa encantador—

Ella se rio.

—Sí, claro.

—¿El opuesto sería no genial?

—Tedioso. —Su palabra salió con aliento, aunque no se había estado esforzando—. Ese es el opuesto de genial. —Su mirada recorrió su frente, y ella se abanicó.

—Si tedioso es el opuesto de genial, eso significa…

—Tú. —La palabra salió de ella como si estuviera admitiendo algo que preferiría mantener en secreto.

Él inclinó la cabeza, tratando de captar su significado en el aire. Percibió un toque de deseo, pero eso era de esperar con la sangre del vínculo de compañeros.

—Estás atraída por mí como deberías estarlo —dijo con un asentimiento.

—¿Eres un poco arrogante?

—Es verdad, ¿no es así, mi compañera? —Se acercó a ella.

Ella retrocedió un paso.

—Tal vez.

—Tú lo estás. —Él lo sabía.

Con el rubor tiñendo sus mejillas, ella resopló.

—Ahora espera un...

—Agradezco que te sientas así porque yo siento lo mismo.

Sus hombros se desplomaron.

—¿Lo haces? Quiero decir… —Su mano se movió a los lados—. Todo esto es tan repentino, y ciertamente comenzamos de una manera rara, pero supongo que estamos emparejados. Se espera que nos llevemos bien. Eso dicen las computadoras. —Su rostro se enrojeció más.

Esto... ¿sonrojarse? Le gustaba que su mujer humana le diera señales, porque estaba más que perplejo por mucho de lo que ella decía.

—Solo, um… —Ella movió la mano por el aire—. Sonrojarse es bueno.

—¿Soy bueno? —Él se acercó más a ella, y su voz se volvió más grave—. Me gustaría ser mejor que bueno. Me gustaría ser genial.

—Entonces sácame de esta chatarra y continúa con el cortejo. Podemos hablar sobre lo genial y caliente que eres después de eso.

Nunca entendería a su compañera.

Ella avanzó hasta que casi se tocaban. Su aroma, dulce, pero con toques de cinter, provocaba sus sentidos. El calor se derramaba a través de él, alimentado por la sangre del vínculo de compañeros. Tendría que ser paciente hasta que hubiera terminado el cortejo y propuesto.

Que se joda, gruñó su cuerpo.

—Maldita sea. Sí —susurró.

Ella guiñó un ojo.

—¿Tan pronto? Acabas de llegar. —Su risa estalló, pero se puso seria cuando él no se unió. Quería hacerlo, pero no sabía cómo. Su lado estoico competía con una chispa profunda dentro de él que gritaba que debía reírse con ella—. ¿Estás bien? —preguntó ella. Su yema del dedo subió para acariciar uno de sus naanans, y él se congeló. Sus ojos se cerraron contra su voluntad, y gruñó—. Lo siento. ¿Te dolió? No debería tocarte sin preguntar primero.

Él capturó su mano en la suya y la mantuvo en su lugar.

—Se siente… bien.

—Te gusta —dijo ella con asombro.

—Los naanans son altamente sensuales.

—Ah. —Ella hizo una mueca—. Entonces solo te manoseé.

—¿Manosear…?

—Supongo que significa que te toqué de manera inapropiada. Un poco como cuando tu mano se deslizó entre mis piernas y tus naanans… tocaron mis pezones. —Su respiración se detuvo—. Por lo que cuenta, estoy esperando con ansias tu cortejo.

Su mirada captó la de ella.

—¿Realmente?

—Realmente —susurró ella.

—Entonces, vayamos a mi nave. —Extendió los brazos, y ella se adentró en su abrazo. Se sentía bien. Correcto.

No, se sentía caliente. Genial. Lo que sea.

—Kral —dijo ella, su voz ligeramente apagada contra su pecho.

—¿Sí? —Cerró los ojos, saboreando la sensación de ella en sus brazos. ¿Podía sostenerla para siempre?

—Kral. —Su voz salió más insistente.

Sus ojos se abrieron.

—¿Sí?

—¿Deberían estar mis brazos alrededor de ti también? ¿Es esa la razón por la que todavía estamos en mi escondite y no en tu nave?

—Si lo deseas —susurró.

—Tú eres quien está a cargo de la situación.

¿Lo era? ¿O ella?

Sus brazos rodearon su cintura, y ella se acurrucó más cerca.

—Estás húmedo, pero todavía hueles bien.

Heille. Se estaba desmoronando por una pequeña mujer terrícola. Le gustaba. Pero necesitaba llevarla a un lugar seguro, y no podía ser encontrado aquí en su escondite.

Con un toque, activó su comunicación, iniciando la secuencia de transferencia.

No pasó nada.

Mila se movió en sus brazos. —¿Es esto algo que se demora?

Golpeó su computadora con más fuerza, pero permanecieron dentro de la caja de metal.

CAPÍTULO 7

Mila

—Tendremos que salir de tu agujero escondido y aventurarnos a la parte principal de la nave —dijo Kral con total seriedad.

Agujero escondido. La manera en que distorsionaba el inglés era adorable y sexy al mismo tiempo. ¿Debería corregirlo? Nunca le había gustado que alguien señalara sus errores. La hacía sentir acalorada, como si debiera saber algo de lo que no tenía ni idea. Lo último que quería era hacer que él se sintiera ridículo cuando estaba tratando de ser un héroe y rescatarla. A veces, los hombres eran tan frágiles como ciervos recién nacidos. ¿Sería Kral uno de esos hombres?

Parecía increíblemente arrogante, pero ella percibía un lado más suave que era altamente atractivo.

Cuando su mano se deslizó entre sus piernas. Y sus naanans cayeron sobre sus pechos...

Gruñó. Mejor no pensar en él acariciando su cuerpo.

Mientras que un hombre de la Tierra podría haber aprovechado el momento—¡estaban mojados y ella estaba desnuda! —, a ella le resultaba extrañamente atractivo que él se hubiera comportado, la mayor parte del tiempo.

Necesitaba olvidar la sensación de sus dedos entre sus piernas y pensar en un plan para salir de allí. Este era el rescate más raro que había visto—al menos en la televisión. ¿Quién comenzaba un rescate desmayándose sobre la chica que intentaba salvar?

Él entrecerró los ojos ante las paredes y el techo de acero plateado que componían su diminuto hogar. —El material debe estar bloqueando la señal a mi nave.

— ¿Estabas intentando llamar a la nave que vi por la ventana antes? —preguntó ella.

—Es posible —sus gruesas cejas se juntaron, las escamas se movían sin problemas con el movimiento. No tenía cabello allí, solo prominentes crestas. Además de sus naanans, gruesas apéndices parecidos a rastas que le rodeaban los hombros como si fueran los brazos que aún le rodeaban la cintura. Uno de los naanans le acarició suavemente la nuca, y juró sentir una leve vibración. Debía estar equivocada. Eran gruesos mechones de... algo parecido al cabello; nada más. No podía olvidar que él había dicho que eran sensuales. Caray. ¿Podría dejar de pensar en cosas calientes por un segundo?

—Cuando miraste por la ventana, ¿viste un Crucero Estelar Clase Adire? —preguntó él.

—No soy mejor identificando cruceros estelares que aviones. Era una nave. Plateada. Brillante. Apareció, como en una película de ciencia ficción. Era invisible y luego ya no lo era.

—Dejamos la invisibilidad.

Oh, qué genial. —Como Star Trek.

—Sí, viajaremos por las estrellas, mi compañera —dijo, todo robusto y gruñón. Por la forma

en que hablaba, casi parecía tímido. ¿Le preocupaba que a ella no le gustara? Si hubiera estado en su posición, desmayándose sobre alguien a quien esperaba impresionar y luego manoseándolo, se estaría escondiendo en una esquina. Su rostro estaría tan caliente que podría freír un huevo en él.

Aww. Le gustaba ver ese atisbo de Kral. Lo hacía aún más atractivo de lo que ya era. Sí, era tan sexy como un dios alienígena, pero por dentro, parecía ser un tipo común conociendo a una mujer con la que lo habían emparejado y tal vez—como ella—esperando que algo maravilloso pudiera surgir de ello.

—Llévame a donde viste la nave —dijo él—. Con una vista despejada, podríamos transferirnos a bordo.

—Hacernos subir, ¿no? Ese es el estilo de Star Trek.

—Sí, hacernos subir —sus ojos oscuros brillaron, y mostró sus colmillos. Algunas chicas podrían encontrar aterradores los colmillos de cinco centímetros, pero a Mila le parecían increíblemente excitantes, como si estuviera saliendo con un vampiro que tendría cuidado de no drenarle toda la sangre. Esperaba que le gustara morder, porque eso sería caliente. Cuando rozaron sus pechos antes...

¡No pienses en eso ahora!

—Te llevaré allí —dijo ella tan seriamente como pudo. Cuando sus brazos se apretaron a su alrededor, lo miró. Caray, él era alto. La parte superior de su cabeza llegaba donde él tendría pezones, si los crakairianos tuvieran. — ¿Necesitamos estar abrazados hasta llegar a la ventana?

Sus brazos se aflojaron, pero no la soltó. —No.

Sonaba reacio a dejarla ir, lo cual era halagador para una mujer baja y ligeramente pasada de peso—bueno, rellena. En la Tierra, aún no había conocido a un tipo que quisiera abrazarla todo el tiempo. O en ningún momento, de hecho.

—Quédate cerca —dijo, tomándola de la mano.

Sus símbolos se tocaron, y ella sintió chispas recorrerla, concentrándose entre sus piernas.

Ella lo miró boquiabierta. — ¿Qué hiciste? ¿Tienes feromonas mágicas que desprendes cuando nuestras manos se tocan?

La chispa de sus colmillos sugería que estaba diabólicamente satisfecho. Su pecho se hinchó. —Es nuestra sangre de vínculo de pareja hablándonos. Tendremos que proceder con el cortejo, el matrimonio y el sexo pronto, o nos abrumará.

Que el cielo la ayudara, pero le gustaba la idea de estar abrumada.

—Detén la última parte de esa declaración, Kral, y retrocede un segundo. No creo que las mujeres humanas tengan sangre de vínculo de pareja. Mi sangre es normal, tipo O positivo, en mi caso. Cortejo, matrimonio, sexo. Vaya manera de hablar claro.

Levantando su mano, él besó sus nudillos. —Estamos emparejados. Así será entre nosotros siempre. Pronto, no podrás resistirte a mí.

Ya apenas podía resistirse. Pero no había leído sobre este deseo interminable que sentiría por él. Le habían dicho que esta cosa del vínculo podría pasar y que, si sucedía, significaba que eran compañeros predestinados o algo así, pero no había escuchado sobre sentir un deseo abrumador de acostarse con él.

Y eso es lo que sentía.

Él inclinó la cabeza, casi chocando con la suya otra vez. —Así será. Soy Vikir, de una raza muy antigua. La sangre fluye con fuerza en mi raza. Te ha sido transmitida.

— ¿Deseo de qué? —Sacudió la cabeza antes de que él pudiera responder—. Olvídalo. Ya lo sé. Caray, no puedo dejar de pensar en ello. Tus dedos, las sensaciones desinhibidas que

surgieron en mí. —Hablaremos de esto cuando no estemos enfrentando una gran huida.

—Nos iremos ahora. —Su mirada recorrió su pequeña habitación como si buscara amenazas antes de jalarla hacia la puerta—. Dime qué hay fuera de la entrada de tu escondite.

—Un gran montón de madera. Tendremos que girar de lado y deslizarnos para salir de detrás de él. Este compartimento está al final de un largo cuarto de suministros de mantenimiento. Eso significa que encontrarás herramientas, equipo de construcción y barriles llenos de suministros de construcción diversos. Ni idea de qué están haciendo con todo eso.

—Están construyendo una colonia en Yarris.

Okay. —Ese es el planeta que he visto por las ventanas.

—Sí.

—Entonces es habitable. ¿Ya vive alguien allí?

—No hay ninguna especie bípeda que se conozca.

—Te refieres a seres que caminan en dos piernas.

Frunció el ceño. —Por lo que he escuchado, hay muchas otras... criaturas rondando el planeta, pero no bípedas.

—Y aun así están asentándose en la superficie.

Él se encogió de hombros. —El planeta tiene muchos recursos naturales.

—Siempre es por dinero, ¿no? —igual que en la Tierra.

—Muchas veces.

Ella se acercó a la puerta.

—Si tenemos suerte, todos han dejado la estación y están trabajando en el sitio de construcción en Yarris.

—Sabemos que no es cierto, pero te protegeré —se golpeó el pecho con el puño cerrado—. Pronto estarás a salvo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Gracias. ¿Cuánto tiempo nos tomará llegar a Crakair una vez que estemos en tu nave?

—El equivalente a cinco daelas.

—Cinco días no es mucho.

—Mi nave tiene hiperimpulso.

—¿Viajas mucho? Lo pregunto porque tienes una nave —¿estaría ausente a menudo, dejándola con gente que no conocía? Eso podría ser desconcertante.

—La nave la tomé prestada del comandante Vork.

—No lo conozco —frunció el ceño.

—Es un crakairiano emparejado con una humana. Evelyn. Evie. La conocí antes de salir de Crakair, al igual que a otras mujeres de la Tierra.

Ella mordió su labio inferior.

—¿Son felices juntos?

—Parecen serlo. Cuando lleguemos a Crakair, organizaré un encuentro para que hables con ellas y les preguntes tú misma.

Eso alivió un poco su preocupación. Claro, era intimidante viajar a un planeta distante para casarse con un hombre que nunca había conocido, especialmente un *alienígena*, pero no tenía miedo, de lo contrario no se habría inscrito en el Servicio de Citas Extraterrestres. Esto era una aventura, una oportunidad para comenzar una nueva vida. Era como las mujeres que viajaron al oeste en los 1800, sin saber lo que les aguardaba más adelante, pero avanzando valientemente para enfrentarlo.

Mientras apartaba la tabla y agarraba el pestillo, la mano libre de él se posó sobre su espada,

sacándola de la vaina.

Definitivamente Conan.

—Tienen bastones negros que funcionan como Taser —dijo, estremeciéndose—. Con un toque, te apagan como una luz.

—Los he visto —levantó su espada, y un destello de acero se reflejó en sus ojos—. No nos tocarán.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —le dio un firme asentimiento—. Quédate conmigo y nos llevaré a donde tenemos que estar. Después de eso, dependerá de ti sacarnos de la estación.

—Permanecerás a salvo detrás de mí.

Era adorable, aunque un poco arrogante. Serio y estoico, pero torpe. Una combinación extraña. Era entrañable. Si es que eso era posible en un tipo verde, escamoso, de dos metros diez de altura, con músculos sobre músculos. Le gustaba la mezcla. Con el tiempo, quizá podría llegar a amarla. Amarlo a él, lo cual era una idea extraña considerando que acababa de conocerlo.

En la Tierra, nunca se habría atrevido a acercarse a un hombre como él. Era guapo, increíblemente sexy, y hacía que su corazón se acelerara. Cuando la sostenía, las mariposas en su estómago chocaban como autos de choque. Quería acariciar la piel de él con los dedos para ver si las escamas eran flexibles o rígidas. Sus naanans eran ligeramente peludos pero sólidos, una banda flexible y segmentada. Pero también quería tocarlos de nuevo.

—Tal vez debería ir yo adelante —dijo ella—. Ya que sé a dónde vamos.

Él hizo una leve reverencia.

—Por ahora, te seguiré.

—Y cubrirás mi espalda, ¿verdad?

La mirada de él se dirigió a su trasero.

—Vigilaré tu espalda en todo momento.

Su rostro se sonrojó. No estaba mirando su trasero grande.

¿O sí?

Oh, Dios. ¿Pensaría que era demasiado grande? No se atrevería a preguntar. Nunca podría hacerlo. Pero aun así...

Por favor, que no mire sus muslos.

—Tendremos que ser muy silenciosos una vez que salgamos de la habitación —dijo ella—. No he visto a nadie en la sección de almacenamiento durante el día, pero los he escuchado moverse por la noche, empacando cosas y trayendo nuevas.

El pasillo estaba aún más ocupado, con tráfico casi las 24 horas del día. Casi la habían descubierto varias veces.

Demasiadas noches se había acostado en su cama miserable, temblando, esperando que no descubrieran que el armario de acero en la parte trasera se había convertido en su suite del Hilton. Si hubieran investigado, la habrían atrapado. Le habrían vuelto a pinchar con agujas. Luego la venderían al mejor postor.

—He vivido aquí, en mi pequeño escondite, durante tres días, y estoy desesperada por evitar que lo descubran —sus ojos se encontraron con los de él, y la comprensión que vio allí hizo que sus rodillas se debilitaran. Cuando él le apretó la mano, lo supo. Él reconocía cómo se sentía. Lo mejor de todo, no se burló de ella por temer que la descubrieran.

—No hablaré cuando crucemos la sala exterior —dijo él en voz baja.

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior. Maldición, sus ojos se estaban humedeciendo.

—Mila —él pronunció su nombre en un suspiro.

—¿Qué? —no podía mirarlo, porque sabía hacia dónde iba esto.

—Lamento no haber llegado antes.

—Más vale tarde que nunca, ¿verdad? —caray, había sido fuerte durante una semana y, una vez que escapó, había sobrevivido sola. ¿Por qué se estaba desmoronando ahora?

—¿Tenemos un momento antes de que debamos irnos, no?

Lo tenían. Mientras se quedaran allí, estarían a salvo. Más o menos. Ese lugar se había convertido en su santuario, el único lugar donde podía bajar la guardia por un segundo. Cuando salía a buscar provisiones o caminaba por los pasillos buscando a sus amigas, tenía que estar alerta.

—Claro —lo miró, conteniendo las lágrimas. ¿Por qué sentía que necesitaba un buen llanto? Le dolía el pecho, y la garganta se le cerraba. Odiaba estar cediendo a sus emociones.

Él la rodeó con sus brazos.

—Mila.

—No lo digas —pidió ella.

—Ahora estás a salvo.

Ahí estaba. El problema es que, quizás, nunca estaría segura de nuevo, salvo en ese momento y en los brazos de Kral. La humillaba. Le daba esperanza. Y la aterraba. Desde que su madre se fue, había dependido de sí misma, con su padre como único apoyo. Y luego él murió. No fue culpa de él. Había sucumbido a la enfermedad como el noventa y nueve por ciento de los hombres en la Tierra. Luchó, le dijo que sobreviviría, pero la enfermedad lo consumió como la vida se había llevado a su madre.

Mila tenía miedo de amar a alguien tanto de nuevo.

¿O no? ¿Podría entregar su corazón a Kral, confiando en que no la lastimaría como los demás lo habían hecho en el pasado?

Lo único que podía hacer era intentarlo. No se había inscrito en esto para rendirse antes de empezar. Lo vería hasta el final, sin importar a dónde la llevara.

Saliendo de su abrazo, no miró hacia arriba. No *podía* mirarlo.

—Vamos a poner esto en marcha, ¿de acuerdo?

Él le acarició el cabello, sus dedos deteniéndose en los mechones.

—Es suave. Lujoso. Yo…

—¿Mi cabello? —era cabello como cualquier otro. Un poco rizado, bueno, encrespado cuando llovía. La mayor parte del tiempo lo ataba para que no interfiriera en su vida.

—Nunca he sentido algo igual —dijo él—. Es hermoso. Eres hermosa.

—Gracias —su rostro estaba ardiendo. ¡Otra vez! Había sonrojado más en los últimos veinte minutos que en toda su vida.

—Nos iremos, pero debes saber esto —dijo él con fiereza—. Ya no estás sola.

—No.

—¿Qué?

—Vas a hacerme llorar de nuevo.

Acababa de conocerlo y lo único que seguía haciendo era desmoronarse.

Si confiaba en él y fallaba, podría destrozarle el corazón.

—No —dijo él.

—No puedes leer mi mente.

—Puedo adivinar por tu rostro. Veo esperanza. Miedo. Vulnerabilidad. Emociones que conozco muy bien. Pero debes saber esto, mi compañera. No te traicionaré ni te daré motivos para temer nunca más.

—Kral.

Él mostró sus colmillos. —¿Es esto mucho y demasiado pronto, estoy en lo cierto? —Presionó su puño contra su pecho de nuevo—. No deseo asustarte, pero siento... —Desvió la mirada—. ¿Es demasiado pronto para decir que siento algo por ti, Mila?

—¿Qué, lástima?

—Nunca. —Lo dijo como un voto—. Me alegra que seas mi compañera.

—Vas a hacerme emocionar, y eso no nos servirá de nada. Tengo que mantenerme alerta y en guardia si vamos a salir de esta.

—Adelante, Mila. Estaré contigo. Para guiarte, si lo deseas, pero, sobre todo, para ser tu espada. —Golpeó el mango del arma—. Con esto. —Le dio un golpe en el brazo superior—. Con esto. —Otro puño en su pecho—. Y con esto.

—¿Tu corazón?

—Creo que podría ser tuyo, si decides aceptarlo.

—Kral. —Seguía respirando su nombre. Su aroma. Todo sobre él la abrumaba—. Yo...

Él colocó la yema de su dedo sobre sus labios. —Sin prisa. Sin presión. Salgamos de esto, mi compañera, y luego hablaremos.

Ella le dio una sonrisa acuosa. —Gracias. No es demasiado pronto. Probablemente. Tal vez. Mierda, no lo sé.

Él mostró sus colmillos. —Es... una mierda, pero también es... está bien. Esa es una palabra de la Tierra. Me gusta. Esto...nosotros...estaremos bien.

Asintiendo, ella parpadeó rápidamente para despejar sus ojos. Era momento de terminar con esto. Después de tomar una respiración profunda y dejarla salir, se dirigió hacia la puerta y se detuvo para escuchar. Cuando no oyó nada más que el habitual tic-tac de la maquinaria, salió, moviéndose con cuidado detrás del montón de madera.

Kral permaneció con ella, inclinándose hacia adelante como si temiera que su altura lo hiciera sobresalir sobre el montón de madera.

Cuando llegó al final de la pila, se arrodilló y asomó la cabeza detrás de la madera, escuchando.

Todo estaba como debería, pero esperó hasta contar hasta cien para asegurarse de que todo estuviera despejado.

De pie, hizo una señal para que él la siguiera mientras se precipitaba hacia el otro lado de la habitación. Se movió entre pilas de suministros y grandes cajas llenas de lo que fuera. Cuando llegó a la puerta que daba al pasillo, se volvió hacia Kral.

—Para llegar al piso con las ventanas—y un muelle de carga, ahora que lo pienso—estaremos a la vista. Trato de mantenerme alejada de esa área siempre que sea posible, porque tiene más tráfico, pero no se puede evitar totalmente si necesitamos estar frente a la gran extensión de ventanas.

—Eres increíble, sobreviviendo sola tanto tiempo.

Sus ojos se empañaron. No quería ser increíble. Solo quería sentirse segura y protegida, aunque fuera por unas pocas horas. Sí, había podido dormir en su habitación oculta, pero había sido un sueño roto con ella despertando cada vez que oía un golpe o un sonido que pudiera indicar que alguien se estaba acercando.

—¿Estás listo? —dijo, limpiándose los ojos.

Su mano cayó sobre su hombro y él apretó. —Estoy listo.

—Quédate cerca, ¿de acuerdo?

Él asintió.

Ella abrió la puerta con cuidado y miró al pasillo.

Mierda. Un gran grupo de tipos Al'kieern se mezclaba allí, junto con dos alienígenas altos que no había visto antes. Tenían piel verde como un Crakairian, aunque no podía estar segura ya que la iluminación era mala. Durante los últimos días, había liberado más luciérnagas, y los Al'kieern habían reemplazado a las criaturas con luces baratas que apenas iluminaban un círculo de dos pies alrededor de ellas.

Retrocediendo cuidadosamente a la habitación, cerró la puerta y se apoyó contra ella, respirando como si acabara de correr una carrera de 100 metros.

—Están en el pasillo. —El pánico elevó su voz—. Tenemos que escondernos.

—No hay escondites. —Levantó su espada y gruñó—. Los mataré.

—Hay ocho o diez de ellos ahí afuera.

Él resopló. —Eso no es nada. Podría matarlos a todos con un ojo cerrado.

Vaya. Hablando de querer terminar su vida antes de que empezara. Acababa de conocerlo. Empezaba a gustarle. ¿Podría evitar la misión suicida por diez minutos?

—También hay dos tipos verdes ahí afuera —dijo.

Él frunció el ceño. —Debo ver. —Se movió a su alrededor, abrió la puerta y asomó la cabeza parcialmente. Retrocedió y cerró la puerta—. No hay tipos verdes.

—Estaban allí.

—Te creo. Descríbelos.

—Solo vi sus espaldas. Eran altos. Verdes. Y llevaban pantalones y camisas normales.

—¿Naanans?

—Creo que sí, pero no lo recuerdo.

—Heille. —Comenzó a caminar de un lado a otro, balanceando su espada. Silbaba, y ella dio un respingo y retrocedió, aunque estaba segura de que no la golpearía—. ¿Quién está involucrado en esto? Los mataré también.

Ella se encogió de hombros y le colocó la mano en el brazo, deteniéndolo. —No hay necesidad de matar, aunque aprecio el sentimiento. Volvamos a mi habitación y probemos más tarde.

Él resopló. —Deseo hacer esto. Te mostraré mi destreza en la batalla.

—¿Qué tal si decimos que ya lo hiciste, de acuerdo? Era todo lo que podía hacer para no reírse. Se veía feroz y protector. El hombre de las cavernas alienígena definitivo. O eso, o estaba emocionada por la falta de comida y sueño. Pero, realmente, ¿por qué poner en peligro sus vidas si no era necesario? —Te soltaré sobre ellos pronto, lo prometo. —Dudaba que salieran de allí sin una pelea.

Él le hizo una reverencia breve. —Si así lo deseas.

—Lo deseo.

Él hizo una señal para que ella pasara delante de él, y regresaron a su escondite. El nombre era pegadizo y le estaba gustando. Una vez dentro, atrancó la puerta con una tabla que había encontrado para ese propósito.

—Si los matara, podríamos llegar a la ventana y estar en camino a Crakair en unos minutos —dijo de nuevo, con la espada aún en la mano.

—Sujeta ese pensamiento, Cujo, aunque me encanta lo ansioso que estás por lanzarte a matar. ¿Qué vamos a hacer? Por experiencia pasada, sabía que los Al'kieern podían quedarse en el pasillo durante horas. O podrían decidir entrar en el almacén y revisar los suministros.

Se mordió el labio inferior con los dientes.

—¿Qué es Cujo? —preguntó él.

—Es el nombre de un perro rabioso en un libro de terror creado por un autor de horror

famoso.

—Me gusta esto. Cujo. —Mostró sus colmillos—. Puedes llamarme Kral Rabioso.

Su risa salió en un resoplido. —Claro. —Se movió a su alrededor y se sentó en la cama—. Podemos esperar diez minutos o algo así y luego intentar de nuevo. Tal vez entre tanto podríamos jugar... cartas.

Porque no jugarían a nada más.

Él la siguió. Al enfundar su espada en la espalda, se sentó demasiado cerca para su comodidad.

Maldición, olía demasiado bien.

El calor que emanaba de su cuerpo la arropaba como la manta más cálida. Por primera vez en mucho tiempo, podía relajarse. No estaba enfrentando esto sola.

Mila inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Le dolía la cabeza y su cuerpo estaba flojo y tembloroso. La libertad había estado tan cerca, y se le había arrebatado. Pero estaba más cerca de lo que había estado desde que fue secuestrada y llevada a la estación espacial.

Kral le acarició el cabello y, cuando ella se inclinó hacia adelante, le frotó la espalda, haciendo círculos lentos con la presión justa para aflojar sus músculos tensos.

No pudo contener su gemido.

—Mientras esperamos —dijo él con una voz áspera cerca de su oído. Su aliento le daba cosquillas, pero le gustaba—. Hablaremos.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre tus bestias?

Bestias... Bestias... Se rio. —En realidad, se llaman pechos.

—Ah. Ya veo. Pechos. Bestias sonaba como un término extraño para montones de succión.

Mierda, este tipo la hacía reír. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y afortunadamente, no estaba llorando por tristeza.

Se inclinó contra su hombro. —Quieres hablar sobre mis pechos. No es tan raro para un tipo. Aunque, ninguno los había llamado bestiales fuera de Kral.

—Son suaves —dijo él.

—Son... Mierda. No podía decir gordos, porque no estaban hechos solo de grasa. —Están formados por tejido fibroso... graso... y glandular.

—¿Un día nos haremos cercanos y me permitirás tocarlos?

Qué conversación tan extraña. —Claro. Cuéntame sobre dónde vives. —Habló en voz baja, apenas por encima de un susurro en caso de que alguien pasara cerca del montón de madera—. Donde viviremos.

Mierda. Estaba considerando seriamente seguir adelante con esto.

Pero él la excitaba, de una manera que ningún tipo lo había hecho en mucho tiempo.

Él le puso el brazo alrededor de los hombros y sus naanans se unieron, acariciándole la mandíbula y el cuello. Eran de un ébano profundo. Y largos, alcanzando casi la mitad de su espalda.

—Mi aldea está en lo profundo de las Montañas Ikeline, aunque no a gran altitud.

—¿Y eres su líder, correcto?

—Dirijo a mi clan, tal como lo hizo mi padre antes que yo.

—¿Entonces, tu padre está... muerto?

—Sí. Mis padres murieron en un incendio cuando tenía diecisiete yaros. Mi tía me crio después de eso.

—Lo siento. Debió haber sido horrible. No podía imaginar perder a alguien que amaba en un

incendio.

Pero entendía la pérdida. Tragó saliva mientras los recuerdos se arremolinaban en su mente. —Mi mamá dejó a mi papá—y a mí—cuando tenía diez años. Mi papá murió de la enfermedad. Yo... lo extraño mucho.

Después de eso, no había nada que la mantuviera en la Tierra. Había cortado todos los lazos cuando abordó la nave espacial.

Cuando cerraba los ojos, solo podía verse a sí misma sentada junto a la cama de su padre mientras él exhalaba su último aliento. Con sus ojos abriéndose y encontrando los suyos. Sus palabras susurradas con su último aliento. “Incluso cuando estaba muriendo, solo pensaba en mí. Me dijo que me amaba, que esperaba que fuera feliz. Que lo sentía por no estar ahí para mimar a sus nietos.” Se secó los ojos. —Mierda, lo siento por seguir llorando.

—Estás sintiendo. Es natural expresar esta emoción. Los Crakairianos no lloran, pero al ver cómo liberas tristeza, es como la lluvia llenando al mundo de oscuridad antes de la luz. Ojalá los Crakairianos pudieran llorar.

—No es tan maravilloso como parece. —Se sonó la nariz—. Te congestionas, y tu cara se pone manchada. —Soltó una risa irónica—. Bueno, yo me pongo congestionada y manchada. Tu piel no parece reflejar colores con las emociones.

—Como tu rubor.

¿Rubor? —Oh, sí, como mi rubor.

—Estoy mezclando todas tus palabras bonitas. El rubor es una manera mucho mejor de expresar el enrojecimiento en tu cara. Comienza en tu pecho y florece hacia arriba.

—Eres un poco poético, Kral. —Lo miró y le dio una sonrisa acuosa.

Él se mantuvo rígido. —¿Las mujeres de la Tierra encuentran atractivo o genial a un hombre poético, o en cambio... no conozco la palabra para encontrar a un hombre desagradable?

—Un idiota o... No creo que haya una palabra de temperatura para idiota.

—Idiota servirá. ¿Las mujeres de la Tierra encuentran a los hombres poéticos idiotas?

—No la mayoría de nosotras. —Temiendo lo que él podría ver en sus ojos...lo que podría revelar...apartó la vista de la suya—. Me gusta. Creo que es atractivo.

Su cuerpo se relajó. —Entonces, intentaré ser poético.

—Genial.

CAPÍTULO 8

Kral

Mila murmuró algo y se acurrucó más cerca de Kral.

Después de llorar, se había quedado dormida. Sabía que debería despertarla, decirle que tenían que irse, pero ella había estado en alerta durante tanto tiempo.

Quería darle este momento de paz. Un tiempo en el que no necesitara tener miedo.

Le acarició el costado y murmuró pequeñas historias que su madre solía contarle. Ella no las oiría, pero decirlas en voz alta le daba consuelo. Físicamente, no podía llorar, pero tal vez esta era su forma de liberar sus emociones.

Su compañera humana despertaba tantas emociones dentro de él, emociones que no estaba seguro de disfrutar. ¿Qué pasaría si no podía mantenerla más segura que a sus padres? Ojalá hubiera despertado antes de que el fuego llegara a su habitación. Ojalá hubiera podido llegar a su madre. Entonces habrían escapado juntos.

En cambio, se quedó con una cueva vacía en su corazón que nunca se llenaría.

Su tía Riella lo había intentado. Incluso le había preparado sus comidas favoritas, esperando estimular su apetito y hacerlo sentir bienvenido. La amaba. Apreciaba sus esfuerzos. Pero nadie podía reemplazar a sus padres.

A menos que Mila...

Sacudió la cabeza, y sus naanans se elevaron antes de volver a caer sobre sus hombros. Sobre sus hombros. La sostuvo suavemente con su brazo y sus naanans, protegiéndola mientras soñaba.

No podía esperar para enterrarse dentro de ella.

Pronto, se prometió a sí mismo. Después de haber terminado el cortejo, le propondría matrimonio según la tradición Vikir. Ella diría que sí—heille, rezaba para que dijera que sí—y entonces podría tocarla. Besarla. Poseerla.

Ella se movió y se giró para acurrucarse contra su pecho.

—Kral —murmuró, su voz era como una pluma de pájaro reegar rozando sus escamas. Le hacía cosquillas y lo excitaba al mismo tiempo.

¿Acaso esta pequeña hembra terrestre ya sabía el poder que tenía sobre él?

—Sí, mi compañera —dijo él—. Besó su suave mejilla. Su piel era tanto intrigante como misteriosa para él, ya que parecía ofrecer muy poca protección—. ¿Cómo podía soportar los elementos? Sus escamas lo protegían cuando se movía por el bosque—. Si un depredador se acercaba, podía fácilmente camuflarse entre la vegetación. Si una rama lo rozaba o un insecto intentaba morderlo, no podría penetrar la superficie.

La suave piel de Mila se rasgaría con demasiada facilidad. Otra cosa más de la que él estaría dispuesto a protegerla.

—Cuando estemos en mi nave —dijo—, procederé con mi cortejo.

—El siguiente paso es la emulsión de pies, ¿verdad? —dijo ella, sus dedos acariciando su pecho.

Capturando sus dedos, los besó. Besó la marca de unión que brillaba en su palma. Esto la marcaba como suya tanto como su símbolo lo marcaba a él como suyo.

Pronto estarían juntos por completo. Pronto podrían comenzar sus vidas juntos.

—¿Qué sigue después de la emulsión de pies? —preguntó ella.

—Orgasmos.

Ella tosió y lo miró sorprendida.

—¿Los orgasmos son parte del proceso de cortejo?

No podía decirlo completamente, pero ella no sonaba horrorizada por la idea. Sus naanans se quedaron quietos en su hombro. Uno había estado acercándose a su pecho.

—¿Te gustaría que los orgasmos fueran parte del proceso de cortejo?

—Los orgasmos no se mencionaban en el manual que estudié con mi droide de protocolo mientras estaba en la nave.

—Quizás no llegaste a esa sección antes de que los Al'kieern atacaran. Darle un orgasmo a una compañera solía ser un ritual de cortejo común entre los Vikir. A menudo se completaba minars después de que la pareja se conocía.

Ella inclinó la cabeza y entrecerró los ojos antes de parpadear.

—Tienes que estar bromeando.

—No estoy… bromeando. ¿No haces esto también en la Tierra? ¿Los hombres no llevan a las mujeres al orgasmo durante el cortejo? —Él estaba medio bromeando, pero también curioso.

—No, especialmente no en una primera cita. En la Tierra, las mujeres tienen suerte si obtienen un orgasmo en la décima cita. Claro, es común acostarse con un tipo después de algunas citas si vas en serio con él, pero la mayoría de los hombres solo buscan satisfacer sus necesidades y luego se dan la vuelta y empiezan a roncar a tu lado.

—Los hombres de la Tierra son tontos.

Ella le apuntó con el dedo.

—Lo tienes. —Sus labios se torcieron—. Sabes que no soy una Vikir.

—No importa.

—Sí, importa.

—Llevas mi marca, lo que significa que eres mía. Esto muestra que tenemos un verdadero vínculo de pareja. —Se levantó y le ofreció su mano—. Ven. Es hora de escapar de la estación juntos. Luego podremos proceder con el cortejo, la propuesta y… los orgasmos.

Ella resopló y, cuando tomó su mano, él la levantó hasta sus pies.

—Ustedes Vikirians no pierden el tiempo. Solo no apresures lo bueno y saltes el juego previo.

—Juego… previo. —Probó la palabra, pero no entendía su significado—. ¿Juego… previo?

—Sabes. Una forma de calentar a una chica para cosas más grandes.

Su mirada cayó sobre sus pantalones, y su miembro se estremeció.

—Jugaré con tu previo tanto y tan seguido como desees —dijo él, seguro de que era lo correcto.

—Lo aprecio. —Sus labios se curvaron hacia arriba, dándole la sensación de que había—una vez más—dicho algo gracioso, no sexy.

Este asunto de cortejo representaba un desafío para un serio guerrero Vikir como Kral. Había olvidado cómo reír. Ya no sabía cómo se sentía divertirse.

Pero anhelaba divertirse y reír de nuevo, con Mila. Quería compartir todo con ella.

No podía olvidar la belleza de ella yaciendo en el agua. Su piel cremosa. Su cabello exuberante desbordando sobre sus hombros. Y el oscuro parche de rizos entre sus piernas.

—¿El vello entre tus piernas se siente como el vello en la parte superior de tu cabeza? —preguntó él.

Ella resopló.

—¿Perdón?

—¿Por qué necesitarías ser excusada?

—¡Despacio! Estás lanzando una bomba de vapor tras otra. Pronto voy a explotar.

—Pido disculpas. Aunque su cara no podía mostrar llamas como la de Mila, su vergüenza abrasaba sus huesos—. Estoy curioso y yo…

Ella levantó las cejas.

—¿No tienes filtro?

Él trató de entender sus palabras.

—Sí. Eso es correcto. No tengo filtro.

—Bienvenida al club.

—No es apropiado preguntar a una mujer terrestre sobre el vello entre sus piernas.

—Bueno, no es algo que se hable normalmente en una cita. Aunque, esta no es exactamente una cita.

—¿Esta cita? ¿Es como los pasos en un cortejo?

—Exactamente.

—Si estuviera siguiendo la antigua tradición Vikir, sabría cómo se siente el vello entre tus piernas ya que lo habría tocado.

Ella se abanicó la cara.

—Ahí vas de nuevo.

—¿A dónde voy de nuevo?

—A territorio candente.

—¿Y no te gusta esto? —Observó su rostro, deseando poder leer su expresión. Quizás algún día entendería cada pliegue y movimiento como si fuera el paisaje de su cara.

—Eh… Escapemos de la estación, y podemos añadir esto a la lista de cosas de las que hablar. —Ella se dirigió hacia la puerta.

—Es una idea sabia.

Girándose, ella sonrió y se tocó la sien.

—Así soy yo. Sabia.

—Quiero que sepas una cosa, mi compañera.

Ella levantó una ceja, algo que él encontró muy atractivo.

—Que te cortejaré. Te propondré matrimonio y te ganaré. Y luego te haré explotar con muchos orgasmos. Gritarás mi nombre. —Arrogante de su parte, pero los hombres Vikir eran conocidos por sus habilidades bajo las pieles.

Ella avanzó hacia él tan rápido que él dio un paso hacia atrás.

—Quiero que sepas una cosa. —Su voz se volvió más grave—. Te dejaré que me cortejes. Proponerte y quizás me ganarás. Y luego explotarás con muchos orgasmos. Gritarás *mi* nombre.

—Los hombres no gritan.

—Gimen. Gruñen. Lo que suene más masculino, si eso te hace sentir mejor. —Ella le dio un toque en el pecho—. Todo lo que puedo decir es que el juego está en marcha.

—Esto no será un juego. Será serio. —Mostró sus colmillos—. Espero los orgasmos compartidos y los gritos.

—Estoy segura de que sí.

Le gustaba que ella esperara con ansias reclamarlo como suyo. Así debía ser entre una pareja vinculada.

Ella levantó la mano.

—Diré una cosa. Estás haciendo que mi cerebro gire.

—Bien, porque el mío también gira.

Su mano cayó sobre su brazo.

—Hasta ahora, este cortejo ha sido salvaje. Cuando viajé desde la Tierra, nunca imaginé algo así. —Tristeza llenó su mirada—. Tampoco imaginé ser secuestrada. Pensé que aterrizaría en Crakair, te conocería, contactaríamos y luego nos casaríamos. —Su mano se extendió—. Nada de esto.

—Hemos compartido un comienzo áspero.

—Parece que has logrado darle un giro a la mitad del camino.

—Lo daré.

—Mierda. Estoy segura de que lo harás.

—¿Mierda? —Sus cejas se fruncieron. Su compañera humana hablaba de defecación más de lo que él había escuchado antes.

Ella hizo un puchero.

—Sabes lo que quiero decir.

Él no lo sabía, pero también creía que sería mejor fingir que lo entendía, así que asintió.

—De todos modos —dijo ella, exhalando un suspiro—, quiero que esperes aquí mientras voy a mirar en el pasillo.

Erguido con el pecho inflado, él se enderezó.

—No me esconderé en tu agujero mientras tú exploras el campo de batalla.

—Eso es justo. No es un campo de batalla, y ahora estás en mi territorio. Yo mando.

Él resopló, queriendo insistir en que debía estar a cargo. Era un líder, acostumbrado a la batalla.

Ella era la que había sobrevivido allí durante daelas.

Su pecho se desinfló.

—Esperaré, pero solo por un minar.

—Dame dos.

Ella salió de la habitación y regresó antes de que él pudiera cruzar la sala de mantenimiento.

—Todavía están allí.

—Bien. Los mataré, nos trasladaremos a mi nave y estaremos en Crakair antes de que tengas tiempo de parpadear.

—¿Parpadear…? —Confusión llenó sus rasgos antes de que su rostro se aclarara—. Antes de que salgas y mates a un montón de alienígenas de piel azul, ¿podemos hablar de esto? Quiero decir, creo que se lo merecen. Secuestraron a mis amigas y a mí y me trajeron aquí para subastarme al mejor postor. Pero cortarlos y picarlos con tu espada me parece drástico.

Él se recargó contra la pared, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres que haga entonces?

—¿Qué tal si nos deslizamos por los pasillos hasta que lleguemos al piso del muelle de carga con las ventanas desde donde podamos ver tu nave? Nada de cortar. Nada de picar.

—¿Nada de matar? —Él había esperado una batalla honorable.

—Puedes matar en defensa propia, pero deberíamos evitar ponernos en esa situación.

—Si lo deseas —dijo él con un profundo suspiro—. Realmente no entiendo a las mujeres

terrestres. ¿Acaso no deseas presenciar mi destreza en la batalla? —Quizás, mientras esperábamos, podría completar otro ritual de cortejo.

—¿Emulsión?

—No hay boodlers en tu escondite.

—Ni siquiera estoy segura de qué es un boodler. —Levantó la mano—. Mantén ese pensamiento. Tampoco estoy segura de si quiero saberlo. —Su cabeza se inclinó—. ¿Qué otros rituales de cortejo puedes hacer aquí en mi pequeño escondite antes de que te vuelvas Cujo en el pasillo? En este punto, no estoy segura de que algo pueda sorprenderme.

—Realizaré una danza de cortejo antigua. Los Vikir solían usar rituales tradicionales de cortejo Crakairianos como el baño de cítara, pero la mayoría todavía se aferraba a las tradiciones usadas en mi clan durante generaciones, incluso los orgasmos de cortejo.

—¿Una danza? —dijo ella, sus labios temblando—. Esto va a ser bueno.

—Te gustará —dijo él, más nervioso de lo que debería estar.

—Eso suena como una orden —dijo ella secamente.

—¿No tengo razón?

—Hazlo y te lo haré saber.

Él asintió.

Había practicado esta danza con su tía Riella, quien animaba cada vez que los movimientos se volvían fluidos, sabiendo que algún día la realizaría para su compañera destinada. Ahora había llegado el momento. ¿Perdería algunos de los pasos y se haría el ridículo o lo haría tan perfectamente como lo había hecho con los yaros y la impresionaría?

Como un pájaro atrapado, su corazón palpitaría. ¿Y si ella lo veía bailar y decía que no era lo suficientemente bueno? ¿Que *él* no era lo suficientemente bueno? No podía permitirse pensar en eso. Lo haría. Luego esperaría que ella sonriera.

Con renovado vigor, sacó su espada, la hoja susurrando al salir de la vaina.

Sus ojos se abrieron de par en par y dio un paso hacia atrás.

—¿Tu danza implica apuñalar algo?

—Estás en lo correcto con esta suposición. —Sostuvo la hoja en alto con ambas manos en el pomo y se inclinó hacia su compañera—. Hace mucho tiempo, dos machos realizaban la danza juntos. Era bastante común que uno de ellos fuera empalado en la hoja.

Ella se sentó en la cama y se acomodó en la esquina trasera, abrazando sus rodillas con los brazos.

—Solo… uh, tal vez cuida dónde clavas esa cosa.

—Nunca te causaría daño, Mila. Eres mi compañera.

—¿Cuánto tiempo has practicado con una espada? —preguntó ella, mirando la hoja.

—Comencé con una espada de madera cuando tenía dos yaros, luego pasé al acero a los ocho. Esta hoja era de mi padre.

—Es bonita. —Soltó el fuerte agarre en sus piernas y las estiró en el colchón.

¿Bonita? Sus naanans se encendieron en defensa de su poderosa arma, pero luego captó el brillo en sus hermosos ojos. Ella lo estaba provocando.

Le gustaba que estaba empezando a comprenderla.

Mostrando sus colmillos, sintió que la risa se acumulaba dentro de él, pero la reprimió. La danza debía ser seria.

—Solo tengo que decir, hoy ha sido mucho más entretenido que la semana pasada. —Ella le hizo un gesto con la mano—. Hora de bailar. Muéstrame lo que tienes.

Él se mantuvo inmóvil, esperando a que ella terminara.

—Estoy hablando mucho, ¿verdad? —dijo ella. Sentándose erguida, juntó las manos y las colocó en su regazo—. Puedes comenzar cuando estés listo.

—Gracias. —Le hizo una reverencia.

Cerró los ojos y se recompuso. Sus manos no deberían estar temblando. A ella le gustará su danza o no. No había nada que pudiera hacer al respecto ahora, salvo poner su corazón en cada movimiento. Asumiendo la posición inicial, sostuvo su espada con ambas manos nuevamente.

Mila se inclinó hacia adelante, observando cada uno de sus movimientos.

Él comenzó lentamente, con movimientos cuidadosos y precisos, deslizando su espada de lado a través de un plano invisible a nivel de los ojos. La movía por el aire, creando los movimientos de la delicada jiera, una criatura que saltaba por el bosque con patas delgadas y cuernos majestuosos que se alzaban hacia el cielo.

Un corte hacia la izquierda fue seguido por uno hacia la derecha. Sus músculos se calentaban mientras se movía más rápido, girando en su lugar mientras la espada creaba ondas continuas en el aire.

En circunstancias normales, alguien golpearía un tambor y una flauta tocaría, creando una melodía que se entrelazaría con su danza.

Sin tambor ni flautista, Kral tuvo que improvisar.

Su bajo zumbido resonó en la sala, una imitación decente de la canción. Lanzó la espada al aire y la atrapó detrás de su espalda. Moviéndola hacia el frente, seguía tarareando, ajustando cuidadosamente la canción a sus movimientos. El lamento de la flauta hacía suspirar universalmente a las mujeres crakairianas. Golpeó el suelo con los pies, imitando el ritmo del tambor.

Mila mantenía una sonrisa en el rostro, pero cuando él imitó el agudo chillido de la flauta, ella hizo una mueca.

Esto… no estaba saliendo como él esperaba. ¿El problema estaba en el tamaño de la sala? Había tenido que modificar su danza para ajustarse al pequeño espacio.

La falta de flautista tenía que estar perjudicando su desempeño.

¿Por qué su voz sonaba como metal raspando contra piedra? Quizás el volumen era la respuesta.

Cuando tarareó más fuerte, Mila se sobresaltó.

Kral perdió el ritmo mientras dirigía su espada en una curva de kliera en el aire. Su pierna herida tuvo un espasmo y tropezó hacia adelante, clavando su espada en el suelo para evitar caer.

—Eso fue…

¿Escuchó asombro en su voz? Se había torcido al final de la danza. Si hubiera hecho esto en casa para una mujer, sus amigos se habrían burlado de él.

—Fue increíble —dijo ella—. No estoy segura de cómo describir cómo me hizo sentir. —Golpeó su sien—. Lo sentí aquí. —Presionó sus dedos contra su pecho—. Pero principalmente aquí.

Avanzando, le dio un rápido beso.

Mientras se enderezaba, ella lo miraba con asombro. Sus dedos se elevaron para trazar sus labios.

—Ese fue nuestro primer…

—¿Fui demasiado audaz?

—Fuiste demasiado rápido.

Oh.

Antes de que pudiera tirar de ella fuera del colchón y darle un beso mejor, ella habló.

—¿Todos los hombres crakairianos realizan esta danza durante el cortejo? —preguntó, mirándolo.

—Así es —dijo él, sosteniendo su espada paralela al suelo y haciendo una reverencia.

—Gracias —dijo ella—. No creo que nadie haya hecho algo así por mí antes. —La emoción congestionaba su voz.

Él estudió su rostro, tratando de leer la intención detrás de sus palabras, pero ella no revelaba nada.

—¿Estás debidamente impresionada?

—Oh, estoy más que impresionada. Estoy completamente maravillada. Fue asombroso.

Recolocó su espada en su espalda y volvió a hacer una reverencia.

Ella le sonrió.

—¿Qué sigue en el cortejo?

—Necesitaré hacer un sacrificio.

CAPÍTULO 9

Mila

—Por favor, dime que no planeas... no sé, cortar un cerdo vivo o cazar una especie en peligro para impresionarme. —No podía sacarse de la cabeza la idea de un animal sacrificado. Excepto... —Sus dedos presionaron contra sus labios—. ¿Quieres decir que vas a sacrificarte a ti mismo? Bueno, ¿sabes qué? No. No lo vas a hacer, amigo.

Sus ojos brillaron.

—¿Ves? "Amigo" es un término cariñoso.

Ella esbozó una sonrisa.

—Eso sería "querido" o "dulzura" o "amor".

—Prefiero "amigo". La expresión que le dirigió gritaba "burlón".

—Dime qué quieres decir con un sacrificio. —Si seguía mordisqueándose las uñas, no le quedarían.

Él le hizo una breve reverencia.

—Haré algo heroico en tu honor.

—Mira, no tienes que hacer nada de eso. Qué vergüenza. —Ya me has impresionado. —Hizo un gesto hacia él—. Fue una danza increíble.

De verdad, su danza con la espada la había dejado asombrada. La forma continua en la que movió la espada. La intensidad en su rostro mientras se movía. Y hasta el tarareo desafinado había sido dulce y encantador.

No todos los días un chico realiza una danza solo para una chica.

Él extendió su mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—Es hora de ver si los Al'kieern han dejado el pasillo.

—Tienes razón. Retrasa el sacrificio hasta que estemos... en tu nave.

Él frunció el ceño.

—No habrá oportunidades para sacrificios en la nave.

—Encontraremos una. —Examinó rápidamente la habitación, preguntándose si había algo que quisiera o necesitara llevar consigo.

—¿Tendrás ropa para mí en tu nave? —preguntó—. De lo contrario, yo... robé algunos atuendos de aquí y allá, y puedo traerlos conmigo. —Levantó sus camisas más limpias. Un término relativo. No había sido fácil encontrar lugares para lavar su ropa.

—Hay una impresora 3D a bordo de mi nave —dijo él—. Podremos crear ropa para ti.

Ella se tocó el mentón. No había necesidad de llevar el colchón. Y habría comida a bordo, así que no necesitaba llevar lo que había saqueado recientemente de la cocina. Era curioso cómo quería meter todo en el gran saco de harina que había sacado del contenedor en la cocina y cargar sus cosas. Cada artículo representaba un viaje aterrador a la cocina, una escalada estresante por

las escaleras, y los moretones que había ganado al escapar de los Al'kieern.

Sus ojos no deberían estar ardiendo. Debería estar emocionada por decir adiós a esta pequeña habitación para siempre.

—¿Estás lista? —dijo él suavemente, y su mano se posó en su hombro como si entendiera. Pero no podía, ¿verdad?

Con un sollozo, giró y sacó la tabla de debajo del pomo de la puerta.

—Se aplican las mismas reglas —dijo con un tono áspero—. Si puedes, intenta ser silencioso. Si nos separamos... —¿Cómo podría arrastrarlo a través de un campo de obstáculos cuando él tenía una herida? Había notado su forma de caminar irregular, aunque él era bueno fingiendo que no pasaba nada—. Necesitamos hacer todo lo posible para evitar separarnos.

Él la atrajo hacia sus brazos y le dio un beso en la cima de la cabeza, lo cual fue dulce.

Podía imaginarse cayendo por Kral.

Una vez que salieran de la estación espacial y no tuviera que estar siempre alerta, podría relajarse y conocerlo mejor.

Podrían tener una verdadera cita crakairiana, sea lo que sea que eso significara. Rituales extraños con los pies o comidas inusuales. Lo que él quisiera ofrecer. Y luego podrían avanzar a partir de ahí.

—¿Listo? —le preguntó. Era tonto preguntar, porque ella era la que tenía las manos temblorosas y pasos inseguros. Ante su suave gruñido, abrió la puerta y se aseguró de que no hubiera nadie en el cuarto de almacenamiento. Dejando su escondite, se dirigieron hacia la puerta que daba al pasillo.

Esta vez, no había nadie allí.

Solo para estar segura, Mila contó hasta cien antes de salir al corredor y girar a la derecha. Señaló y se inclinó cerca de Kral, manteniendo su voz baja.

—Tomaremos la escalera en ese extremo ya que rara vez es usada por los Al'kieern. Ellos suelen usar el ascensor, que Mila evitaba siempre que era posible.

Las solapas en sus hombros se alzaron, pero no había tiempo para preguntarle para qué podrían servir.

Avanzaron por el pasillo, pegados a la pared, y ella saltaba ante cada clic o chirrido hecho por la estructura metálica que los rodeaba. La idea de cuán rápido podrían moverse las cosas alrededor de ella le daba escalofríos. La estación mantenía su posición con propulsores, y la primera vez que los escuchó por la noche, temía que estuvieran lanzando la nave más allá del espacio. Por alguna razón, mientras pudiera ver el planeta, se sentía segura. Solo recientemente se dio cuenta de que el sonido era el peso de la galaxia presionando sobre la superficie externa de la estructura, ansiosa por aplastar la estación espacial como una lata cuando alguien la pisa.

Le daba escalofríos.

Su corazón galopaba en su garganta y su respiración era entrecortada. En cada esquina, esperaba oír gritos de los tipos azules y sentir el silbido de los rayos láser pasando cerca, lo suficientemente cerca como para rozar su piel. O el impacto de un rayo golpeándola en la espalda.

Kral miraba a su alrededor con desesperación, con su mano firme en el mango de su espada. Aunque ella había quedado impresionada con su danza, que le recordaba a los programas de televisión vikingos que solía ver en la Tierra, se preguntaba si estarían mejor buscando un arma más sofisticada. Como una pistola láser. Un Taser. Un cañón.

Sin embargo, ahí estaba ella, planeando defenderse con el cuchillo de cocina que sostenía con firmeza.

Al llegar a la escalera, empujó la puerta con la cadera, abriéndola un poco. Un momento más de escucha le indicó que no había nadie más usando las escaleras—por ahora. Salió de puntillas al rellano y señaló hacia arriba para mostrar por dónde debían ir a continuación. Cinco tramos de escaleras. ¿Podrían hacerlo sin ser descubiertos?

Lo más importante, ¿podría Kral hacerlo con su pierna herida?

Un estruendo abajo fue seguido de voces apagadas.

Mierda. Los depredadores estaban en la escalera.

Su pulso se aceleró y sus palmas se volvieron sudorosas. Su mirada aterrorizada se encontró con la de Kral, quien la instó a seguir con un gesto de su cabeza hacia arriba. Las solapas en sus hombros—sekairs, si recordaba correctamente del manual—estaban en posición de atención, listas para disparar dardos venenosos a cualquiera que se acercara. Imaginó que podría enfrentarse a varios enemigos al mismo tiempo, pero debía haber un punto en el que la cantidad lo abrumaría y lo derribarían. No quería saber cuál podría ser ese número.

Se lanzó por el siguiente tramo de escaleras. Dos tramos más. ¿Se atreverían a seguir subiendo al piso que necesitaban o deberían abandonar el siguiente nivel disponible y esperar a que los Al’kieern salieran de la escalera?

El estruendo de una puerta arriba, seguido de pasos y voces, echó por tierra esa idea. No tendrían más opción que salir de la escalera y arriesgarse.

Estaban tan cerca. Kral parecía pensar que, si podía ver su nave, podría iniciar el transporte al otro vehículo, y ella esperaba que tuviera razón. Estaba ansiosa por salir de allí y en camino a Crakair.

Corriendo tan rápido como podía, subía las escaleras de dos en dos, un gran esfuerzo con sus piernas cortas. Qué entrenamiento. Había hecho más ejercicio en los últimos días que en el último año en la Tierra. Esto le enseñaría a dejar de correr.

La cojera de Kral se hacía más pronunciada.

Deseaba poder detenerse y evaluar su condición. Añadiría esa tarea a su lista de cosas por hacer y, en el momento en que estuvieran a salvo, le preguntaría sobre ello. Quizás podría ayudarle con ejercicios y masajes.

Llegaron al piso. Los golpes provenientes de abajo y el creciente volumen de las voces arriba le indicaron que los Al’kieern los descubrirían en segundos.

Abrió la puerta con cuidado y se congeló.

Mierda.

Cinco Al’kieern, dos con alas y tres sin alas, estaban a mitad del pasillo, frente a las ventanas que necesitaba alcanzar con Kral.

CAPÍTULO 10

Kral

Miró más allá de Mila y evaluó la situación. No podían volver a bajar las escaleras. Los Al'kieern no estaban lejos y, por las voces múltiples, había al menos diez individuos en el grupo. El número arriba era más difícil de discernir, pero los numerosos golpes le indicaron que esperar allí no era una opción.

Mejor enfrentarse a los cinco en el pasillo.

Se inclinó hacia Mila y susurró. —¿Hay otras ventanas desde donde podríamos ver mi nave?

—No que yo sepa.

Presionando su puño contra su pecho, hizo un voto solemne de proteger a Mila sin importar el costo.

Ella se mordió el labio inferior. —Estás viendo esto como tu oportunidad de sacrificio.

Él lo veía como una oportunidad para escapar.

—Tengo una idea —dijo ella, lanzando una mirada de miedo por encima del hombro, aunque aún no habían llegado al nivel inferior. —¿Ves la intersección?

A unos cinco pasos por el pasillo. Asintió.

—Si giro a la izquierda allí, el corredor que conecta da la vuelta y sale más allá de donde están ellos.

—Ah. Inteligente. —Sonrió, orgulloso del ingenio de su compañera. —Tú los llamarás y desviarás su atención de mí. —Sus ojos se estrecharon al mirar a los Al'kieern. —Entonces los mataré a todos.

Ella soltó un suave gruñido. —Es el momento. Desata a tu rabioso Cujo para mí, amigo.

Soltó una risa reprimida.

—No estoy seguro ahora de si prefiero Cujo o amigo como apodo.

A pesar del peligro, ella sonrió.

—Ambos. —Tiró de su manga y levantó la barbilla—. A menos que prefieras correr hasta el siguiente descanso. Si logramos llegar al lado opuesto, hay otro conjunto de escaleras que salen en este piso. Si no nos atrapan, podremos bajar desde allí.

—¿Qué hay encima de este nivel?

—Oficinas, un puente de control inferior.

—¿Ocupado?

—A veces. Casi me atraparon en ese piso hace dos días, buscando a mis amigas.

—Entonces tu primer plan es el mejor. —Levantando su barbilla, le dio un beso que lo incendió por dentro. Después, ella lo miró boquiabierta mientras él le daba un codazo en el costado—. Ten cuidado, mi compañera. Distráelos, pero no te pongas en peligro. De ninguna manera. ¿Entiendes?

Ella asintió, con su boca todavía abierta como si la hubiera dejado atónita con su beso.

Bien, porque él también estaba atónito.

—Cuando empiecen a ir hacia ti —dijo, con la mano en el pomo de la puerta..., debes correr y esconderte. Yo los atacaré por detrás y...

Ella tragó saliva.

—Matarlos. ¿Debería sentirme mal por ellos, verdad? Pero no lo hago.

—¿Qué nos harían a nosotros? —preguntó con tono sombrío.

—A mí, capturarme, atarme y enviar los avisos para una subasta de reproductoras. ¿A ti...? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, algo que él había provocado demasiadas veces ya. Quería acercarla y darle algo de su fuerza. Pero ella era fuerte. No había mentido cuando le dijo cuánto admiraba su fortaleza. Ella había sobrevivido aquí, prosperado aquí, en un campamento enemigo y en circunstancias terribles—. En cuanto a ti —dijo—, no creo que te vaya bien.

—Haré lo posible por sobrevivir. —Mostrando los colmillos, le dio un empujón en la espalda —. Ve. Estaré justo detrás. Juntos, lo lograremos.

—Hazlo rápido porque...

Él levantó una ceja.

—Necesitamos continuar nuestro cortejo. —Se puso de puntillas y lo atrajo hacia otro beso rápido—. Me debes esos orgasmos de cortejo Vikir, y yo también quiero darte algunos.

Un fuego ardía en su interior. La necesitaba. Pero primero, destruiría a todos los que la habían amenazado.

Ella le dedicó una sonrisa aguada y levantó su cuchillo. Por lo que pudo ver, parecía un cuchillo de cocina, pero era un arma. Su valiente compañera guerrera. Estaba orgulloso de estar a su lado. Y ansioso por liberarlos de la estación para que pudieran estar juntos.

Silenciosa como un nuevo amanecer, ella se deslizó por el pasillo, dirigiéndose hacia los Al'kieern que aún no la habían notado. Su mano aferraba el cuchillo, y sus pasos eran ligeros. En la intersección, giró a la izquierda y desapareció de su vista.

Los sonidos arriba y abajo le decían a Kral que pronto lo verían los demás. Odiaba esperar, no por los otros, sino porque Mila estaba expuesta y en peligro, mientras él parecía no hacer nada.

Ella apareció al otro lado y le hizo una señal con la mano.

Él levantó la suya, mostrando los colmillos. Heille, estaba orgulloso de ella.

—¡Eh, tontos azules! —gritó ella. Apoyando una mano en su cadera, mantuvo el cuchillo detrás de su muslo—. ¿Qué hacen un montón de alienígenas espeluznantes como ustedes en un lugar como este?

Kral no estaba seguro de qué quiso decir, pero funcionó. Bramando, los Al'kieern corrieron tras ella sin mirarlo.

Él salió al pasillo y los persiguió, con su sangre ardiendo y su espada deseosa de probar la sangre de Al'kieern.

Antes de que alcanzaran a Mila, ella giró. Con un gruñido, corrió hacia ellos.

Subestimaron a su compañera. Mientras se reían y levantaban los brazos para capturarla, ella saltó. Su cuchillo cortó, deslizándose por la garganta de uno de los Al'kieern alados. La sangre azul brotó, salpicando el suelo de baldosas, y el Al'kieern se desplomó, con sus manos aferrando la herida letal.

Los otros se detuvieron y sacaron sus bastones eléctricos. Mientras los alados se lanzaban hacia ella, los otros se apresuraron, decididos a aturdirla.

Heille, no.

No escucharon a Kral acercarse. Con pasos ligeros, llegó por detrás de ellos. Girando su espada, decapitó al mayor de los alados, que llevaba un aturdidor láser. Aterrizando con firmeza en sus pies, con solo un leve pinchazo en el muslo, Kral apuñaló a otro Al'kieern.

Uno gruñó y giró, lanzando su bastón hacia Kral.

Kral saltó y dio una voltereta hacia atrás, aterrizando en cuclillas. Giró su espada y la atravesó por el vientre del Al'kieern que venía hacia él.

Otro agarró a Mila y la empujó contra la pared. Forcejeó por su cuchillo, pero ella chasqueó los dientes y golpeó con el cuchillo, cortando profundamente uno de los cuatro brazos del Al'kieern. Con un gruñido, el Al'kieern le dio un rodillazo mientras la espada de Kral se encargaba de otro Al'kieern con un rápido golpe.

Mila gritó y trató de apuñalar al Al'kieern de nuevo mientras él le sujetaba el brazo, forcejeando por el cuchillo. Su rodilla se levantó e impactó al Al'kieern, pero el alienígena de piel azul no se detuvo. La presionó contra la pared y la golpeó en el cuello con un aturdidor.

Sus ojos se abrieron, y gorgoteó. El cuchillo cayó de su mano mientras se desvanecía en los brazos del Al'kieern.

—¡No! —gruñó Kral. Se lanzó hacia ellos, con su espada chorreando azul, y su sangre rugiendo por su cuerpo. Un movimiento rápido y los sekairs de Kral dispararon dardos en la espalda del Al'kieern. El macho se estremeció y cayó al suelo, liberando a Mila.

Ella se desplomó de lado y se deslizó por la pared. Mientras él la alcanzaba, su cabeza se ladeó y sus ojos perdieron enfoque.

La atrapó y la sostuvo cerca. Su espada cayó de su mano, chocando contra el suelo, y le acarició el cabello para apartarlo de su rostro.

—Despierta, amor —su voz se quebró—. Despierta. Por favor.

Ella se movió, temblando en sus brazos. Su cabeza se levantó, y le dedicó una sonrisa vacilante.

—Kral. Eres tan guapo. —Sus dedos trazaron las naanans, y él se estremeció.

Ahora no era el momento de sentir deseo ni de reír porque ella lo llamara guapo. Era un guerrero Vikir. Los guerreros Vikir nunca eran guapos.

—Eres infinitamente dulce —dijo con una risa temblorosa. Hundió su rostro en su cuello, deseando poder llevarla a un lugar más seguro. Cuando el Al'kieern la aturdió, temió que hubiera usado un voltaje demasiado alto para una humana pequeña como su compañera.

—Te mostraré el mundo, mi compañera —prometió—. Pronto. Pero primero, debemos salir de aquí.

Ella movió las piernas, y él la acomodó en el suelo. Quería llevarla a todas partes, pero necesitaría sus sekairs y su brazo de espada libre para defenderlos.

Agarrada a su brazo, ella cargó con más de su peso.

—Estoy bien. Estaré bien. Pronto. —Tropezó hacia atrás, casi impactando contra la pared, pero él la atrapó de nuevo y la acercó a él.

—Aguanta, mi compañera —dijo, agachándose para agarrar su espada. Dio un rápido golpe en la camisa de uno de los Al'kieern para limpiar la hoja, y la enfundó en su espalda.

La mirada de Mila se centró en su cuchillo, y ella tembló. Sus ojos recorrieron los cuerpos inmóviles de los Al'kieern antes de encontrar los de Kral. Sus ojos nadaban en lágrimas.

—Mierda, mierda, mierda. Maté a alguien. Maté a alguien. —Sus rodillas cedieron, pero él la sostuvo.

Él siempre la sostendría.

La cargó en brazos y la sostuvo cerca. Retrocedió hasta la esquina, fuera de vista, y se apoyó

contra la pared. Aunque debían huir, no pudo resistirse a tomarse un minar para consolarla.

—Kral —dijo ella, sonando tan perdida y sola—. Maté a alguien. Los odiaba, pero los evitaba. No quería matarlos.

La primera vez que Kral había matado fue cuando tenía doce años. Su abuelo había sido el líder de su pueblo, y a menudo se enfrentaban en guerras con otros clanes Vikir. Uno los había atacado. La tribu de Kral los había rechazado, pero Kral había mojado su espada con la sangre de otro. Nunca olvidaría el dolor desgarrador de saber que había terminado con la vida de alguien.

Recordarle a Mila que los Al'kieern la habrían herido y habrían matado a Kral no serviría de nada. Estaría perdida en el minar, reviviendo el instante en que su cuchillo había dado en el blanco, cuando la piel se había abierto, y cuando la vida había abandonado el cuerpo del hombre por sus acciones.

Todo lo que podía hacer era sostenerla y ofrecerle el consuelo de sus brazos.

Le besó la frente, maravillado de lo suave que era su piel en comparación con sus escamas. Los sedosos mechones de su cabello flotaban a su alrededor.

—Todo estará bien —dijo.

—¿Cómo puede estarlo? —Ella lo miró con lágrimas en los ojos—. Lo entiendo. Era nosotros contra ellos, pero, aun así. No puedo imaginar cómo alguien hace esto de forma regular. Te parte el alma. La magulla. No puedo imaginar que esa sensación se vaya algún día.

Él asintió.

—Creo que quien puede ignorar la muerte ya no vive.

Ella apoyó su cabeza en su pecho, y dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias.

—Siempre estaré aquí para ti, Mila.

—Creo que ahora empiezo a verlo —dijo, levantando la cabeza para mirarlo—. Apenas estamos empezando a conocernos, ¿cierto?

Él asintió, preguntándose hacia dónde llevaba eso.

—Entonces, ¿por qué siento como si te conociera desde siempre?

—Nuestras almas se conocen —levantó su palma, mostrando el símbolo, y ella entrelazó sus manos.

Ella besó sus nudillos.

—Desearía poder quedarme aquí, porque me encanta cómo me sostienes, pero...

—Una vez que lleguemos a mi nave, estaremos a salvo —La sostendría, la calmaría de todas las formas posibles. El cortejo podía esperar. Ellos podían esperar. Quería estar aquí para ella mientras procesaba lo que había sucedido, tal como su padre lo había consolado después de su primera muerte.

El rostro del hombre lo perseguiría a Kral por el resto de sus días.

Ella se deslizó fuera de sus brazos y acarició su rostro.

—Hagámoslo. Llévame a Crakair, Kral. Llévame a tu hogar. A *nuestro* hogar.

Hogar.

Pensar que aún quería seguir adelante con ese vínculo, a pesar de todo lo que había pasado. Un secuestro, la supervivencia en una estación espacial enemiga y ahora matar en defensa propia. No la culparía si, al pedirle que la llevara a casa, se refiriera a la Tierra.

—Sí, hogar —dijo con voz ronca. Esa humana... Podía destrozarlo. Si fuera sabio, protegería su corazón, pero ¿cómo podría hacerlo? No se trataba del símbolo del vínculo de pareja ni del contrato con la Tierra.

Se trataba de ellos. De estar juntos, sin importar a dónde los llevara la vida.

No podía esperar a ver qué pasaba después. Ella... devolvería su risa. Tomándole la mano, la apretó suavemente.

Caminaron hacia las ventanas. En un minar, serían libres. Podrían dejar todo esto atrás y avanzar juntos. Se detuvieron frente al vidrio, y él asintió mientras observaba su nave, esperándolos afuera. Los droides estarían atentos a posibles engaños. En cuanto él y Mila llegaran, los droides abandonarían el cuadrante y los llevarían a Crakair.

—Aguanta —dijo, tirando de Mila hacia sus brazos—. Pronto, llegaremos a Crakair. Te llevaré con mi clan, y mi tía Riella te dará la bienvenida.

—Pronto —repitió ella.

Cuando levantó el brazo para activar el comunicador, su nave explotó.

CAPÍTULO 11

Mila

—¡Mierda! Había... —El horror la invadió y se tambaleó fuera de los brazos de Kral, alejándose de la ventana, con las manos golpeando sus mejillas—. ¡Dios mío! Esa era tu nave, ¿cierto? ¡Tu tripulación! —Tantas personas muertas. No podía soportarlo. Quería tirarse del cabello. Correr.

No, quería acurrucarse en su cama, en su habitación secreta, y llorar.

—Sí, era mi nave —Él la siguió y extendió los brazos.

Ella corrió hacia ellos y tembló mientras él la envolvía contra su pecho.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Los Al'kieern están intentando iniciar una guerra intergaláctica?

—Secuestrarme a mí y a mis amigas ya podría haberlo hecho.

—No fue la primera vez... —gruñó—. Hemos supuesto que los intentos de secuestro eran operaciones aisladas, pero ahora... —Sus naanans se desplegaron—. Los droides... La nave estaba completamente automatizada, pero la tripulación de droides era leal.

Su droide de protocolo en el crucero estelar, TX57, había sido un fastidio la mayor parte del tiempo, pero tenía algo de personalidad, una mezcla de peculiaridad e insistencia. Se habría sentido triste si lo hubieran matado.

Algunas personas podrían sentir alivio al saber que "solo" droides habían muerto, pero eran seres; entidades como cualquier otra, aunque no tuvieran sentimientos ni alma como las personas.

—La nave es parte de la flota espacial Crakairiana —dijo, incrédulo—. Esto se considerará una agresión activa contra el ejército de mi gobierno.

—Si alguien se entera.

—¿Qué quieres decir? —Sus naanans se desplegaron alrededor de su cabeza—. Ah. Ya entiendo lo que quieres decir. Si eliminan toda evidencia —nosotros—, nadie sabrá lo que sucedió.

—Esto no es bueno —dijo ella, mirando la expresión sombría de Kral—. Tenemos que encontrar una forma de salir de esta estación y llegar a Crakair. Entonces podremos contar lo que pasó. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Él le tomó la mano.

—Los Al'kieern están construyendo en Yarris, así que deben tener lanzaderas. ¿Sabes dónde las atracan para poder llevarme hasta allí?

—Vamos a robar una nave, ¿cierto? —No debería sentirse emocionada por esto. La situación era aterradora y frágil. Esto no era Star Wars—. Puedo llevarte...

La puerta de la escalera se abrió de golpe y un grupo de Al'kieern salió corriendo, seguidos por tipos con alas. Sus chillidos resonaron en el pasillo, y si las pistolas eléctricas en sus manos

no la aterraban, los cañones láser que sostenían lo harían.

Un disparo golpeó el vidrio detrás de ellos y rebotó, impactando contra la pared opuesta.

—Ven conmigo —dijo ella, tirando de él alrededor de los cuerpos de los alienígenas muertos en el suelo—. Sobre esa cojera... —Este no era el momento para mirar, pero necesitaba saber con qué estaba lidiando.

Él gruñó.

—¿Lesión nueva o vieja?

—Vieja.

—¿Herida de espada o...?

—Fractura —Sus pies golpearon el suelo junto a los de ella, y aunque no la frenaba, tampoco corría a la cabeza—. Tres lugares. Una caída. No sanó bien.

—¿Puedes correr? Vamos a tener que correr.

—Mantendré el ritmo —Su mano en la parte baja de su espalda la impulsó, y volaron más rápido de lo que ella había corrido en la secundaria, y en ese entonces había batido récords de velocidad.

—Tenemos que subir tres pisos —dijo mientras avanzaban por otro pasillo y se dirigían al siguiente con los Al'kieern pisándoles los talones—. ¿Estás listo para eso?

—Sigue.

Un disparo láser golpeó la pared junto a su cabeza, y trozos de material volaron a su alrededor, algunos impactando contra su mejilla con tal fuerza que le ardió. Un calor que corría por su barbilla le indicó que estaba sangrando.

Pasando por el pasillo que había usado para acercarse sigilosamente a los otros alienígenas, condujo a Kral por una esquina, y corrieron por el siguiente pasillo, dirigiéndose a la escalera al final. La iluminación en esta parte de la estación era terrible, pero eso jugaría a su favor. Serían blancos más difíciles de acertar.

Más disparos láser impactaron el suelo y las paredes a su alrededor, enviando baldosas y concreto volando. ¡Estaban locos! Destruirían la estación y a todos a bordo si no tenían cuidado.

Con los pulmones ardiendo, atravesó la puerta de la escalera justo cuando más disparos impactaron la pared a su derecha. Afortunadamente su puntería era pésima.

Los voladores rugieron hacia ellos con pistolas eléctricas en las manos.

—Cuidado con esas cosas —jadeó ella—. Son letales. El recuerdo de haber sido alcanzada y caer por la pared, incapaz de mover sus extremidades o incluso de pensar, la perseguiría en sus sueños durante las próximas semanas.

Kral giró y se enfrentó a dos Al'kieern con su espada, decapitando a uno de ellos.

Mila se escabulló alrededor de Kral y lanzó un golpe con su cuchillo, cortando profundamente el brazo del otro Al'kieern. Mientras el tipo azul se alejaba de ella, chillando, Mila agarró el brazo de Kral y lo arrastró hacia las escaleras.

Kral gruñó, probablemente queriendo quedarse atrás y enfrentarse a los diez o doce alienígenas que corrían por el pasillo hacia ellos, pero estaría muerto en segundos.

Correr podría ser su única oportunidad.

Subió las escaleras volando con Kral detrás, urgiéndola a avanzar. Su cojera se había vuelto más pronunciada, y odiaba que pudiera estar con dolor, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Pronto podría.

A menos que los capturaran primero. No. Tenía que creer que lograrían escapar.

La ansiedad recorrió su columna vertebral, y se tensó, esperando que un rayo láser le golpeara la espalda.

Corrieron alrededor de un rellano y volaron por el siguiente tramo de escaleras.

Un tramo más. Los golpes y gruñidos abajo le decían que los Al'kieern no estaban muy lejos.

—Este plan más vale que funcione —jadeó.

—Funcionará.

Le encantaba lo confiado que era. Pero la situación se había desbordado, y los estaba salpicando por todas partes.

Llegaron al siguiente rellano y salieron disparados al pasillo sin molestarse en mirar primero. El ganso estaba atrapado, y los lobos les pisaban los talones. No importaba mucho si se encontraban con más alienígenas en este piso.

—La esclusa está a mitad del camino, a la derecha —dijo. Los músculos de sus piernas gritaban, y sus pulmones ardían. Se prometió a sí misma que comenzaría a correr con regularidad, suponiendo que saliera de esto con vida.

Él le dio una palmada en la espalda. —Sigue adelante. Yo... me quedaré aquí. —Le dio un breve asentimiento. —Una vez que estés dentro de la esclusa, podrás detenerlos.

¿Y qué pensaba hacer mientras ella se escondía dentro de la esclusa? ¿Quedarse atrás y enfrentarse a los Al'kieern voladores disparando armas láser? Incluso con sus sekairs disparando dardos venenosos, lo matarían en segundos.

Le agarró la mano y tiró de él. —Vamos.

—Mila. —Su voz tenía un tono de advertencia que ella decidió ignorar. De ninguna manera. Lo harían juntos.

—No vas a sacrificarte por mí. No te lo permitiré. —Su mirada de acero se encontró con la de él.

—Haré lo que deba para protegerte. —Se sacudió los hombros y sus naanans se desplegaron. Sus sekairs se pusieron en posición, brillando en las puntas.

—Puedes detenerlos en la esclusa —dijo. Se mordió el labio inferior y trató de que sus piernas se movieran más rápido.

—¿Y luego qué?

—Mientras haces eso, buscaré una forma de abrir la cerradura.

Sus labios se torcieron, y supo que tal vez no se estaba burlando de ella, pero estaba cerca. —¿Lo harás con tu cuchillo?

—Con esto. —Levantó la pistola láser que había tomado de uno de los Al'kieern que yacía muerto en el otro piso.

Su brazo la rodeó por la cintura, y le dio un rápido abrazo. —Astuta.

Su risa baja resonó mientras corrían por el pasillo. —Soy resiliente.

—No necesitabas que te rescatara. Si no hubiera llegado, habrías hecho esto tú misma.

Tal vez. No sabía pilotar una nave. A menos que se colara en una nave que llegara a entregar suministros, sus opciones eran limitadas. Había considerado seriamente encontrar la manera de subir a una nave extranjera, pero la única que había llegado estaba fuertemente custodiada. Y temía que hacer algo así la llevara de la sartén al fuego. Al menos en la estación tenía una semblanza de seguridad. A bordo de una nave extranjera, estaría a merced de la tripulación y el capitán si la atrapaban.

Se ocultaron en el área empotrada fuera de la esclusa, y ella miró por la pequeña ventana de la puerta. Un corto pasillo los esperaba si lograban encontrar la forma de entrar, seguido de otra puerta con una ventana más grande. Más allá, vio la plataforma de carga con naves estacionadas como taxis esperando a los pasajeros en el aeropuerto.

Si lograban llegar a una nave, todavía tendrían que encontrar la manera de abrir las puertas

del hangar para salir volando. Luego tendrían que lidiar con la estación disparándoles misiles.

Estaban perdidos. No había salida.

Se giró y le dio a Kral una débil sonrisa, y la mirada sombría que le devolvió no aumentó su confianza.

Señaló con la cabeza el teclado en la pared. —Trabajaré en la cerradura mientras tú...

¿Cómo demonios iba a detener a un grupo de alienígenas solo con una espada y sus sekairs?

Presionó varios números, pero el cristal de arriba seguía parpadeando en rojo. Era lógico que incluso en el espacio, el rojo significara no. Más números, el mismo resultado. Era inútil. Ya lo había intentado antes y no había conseguido nada. ¿Por qué pensó que ahora sería diferente?

Retrocedió, apuntó la pistola láser y disparó al cerrojo. Chispas y humo surgieron de donde solía estar el teclado, pero la puerta permaneció ominosamente cerrada.

Y el maldito panel siguió parpadeando con más símbolos rojos.

Mierda.

Gritos estallaron cuando los Al'kieern irrumpieron por el pasillo. Por la cantidad de gritos, un batallón completo se había unido a la persecución. Si habían reclutado a los droides militares, a los que solo había encontrado una vez —y apenas había escapado—, su nave de guerra estaba hundida. Nunca escaparían.

Su pecho dolía como si estuviera siendo aplastado en un torno. Debería haber llevado a Kral a través de su recorrido de obstáculos. Una vez que hubieran perdido a los Al'kieern, podría haberlo traído aquí y habrían tenido tiempo de trabajar en la cerradura.

Debería haber habido otra opción. Ella los había metido en esto. Era su culpa.

Pero después de verlo cojear, no estaba segura de que pudiera correr por el recorrido con su pierna lastimada. No quería lastimarlo más haciéndolo arrastrarse bajo los muebles y deslizarse por el techo.

Estúpida. Él había demostrado que podía mantener el ritmo. No, había demostrado que era tan bueno en esto como ella.

Sus hombros se desplomaron, y apenas pudo mantenerse en pie. Las lágrimas picaron en sus ojos, y se preparó para la batalla final. No dejaría que la capturaran. Quería estar con Kral; ser vendida como reproductora no era una opción.

Una explosión destrozó una parte del techo sobre ellos. Pedazos de azulejo cayeron, picándole donde golpeaban.

—Lo siento, Mila —dijo Kral, disparando dardos con sus sekairs. Los gritos de los Al'kieern le dijeron que habían sido alcanzados, pero más avanzaban para ocupar el lugar de los caídos—. Desearía poder besarte una vez más. Tocarte. Tener tiempo para cortejarte como es debido y proponerte. Desearía que hubiéramos tenido toda una vida juntos.

—Aún no ha terminado —aunque sus probabilidades no eran buenas—. Pero yo también deseo lo mismo. Lo mismo.

—¿Lo mismo?

"Cuando salgamos de esta, *yo* te voy a besar. A tocar. No sé cómo te cortejaré, pero lo intentaré. Y si no me propones matrimonio, lo haré yo."

Él observaba su rostro como si temiera que estuviera bromeando, pero ella lo decía en serio. Apenas lo había conocido recientemente, pero sentía como si hubieran vivido tres vidas juntos ya.

Lamentablemente estaban a punto de perderlo todo.

—Deja tu espada, guerrero Vikir —dijo el líder Al'kieern, flotando hacia adelante con el poder de sus alas. Su pesada mirada cayó sobre Mila—. Nos llevaremos a la reproductora ahora.

Los clientes están ansiosos por pujar en el holodeck.

Kral disparó dardos a los Al'kieern, pero el tipo azul levantó un escudo, y los misiles venenosos se desviaron en otras direcciones. Perdiendo impulso, cayeron al suelo, gastados.

Mila gruñó, deseando poder hundir su cuchillo en la garganta del líder. Las lágrimas le ardían en los ojos. No era justo. Después de días de esconderse, luego conocer a Kral, y después de vislumbrar el futuro que podrían tener juntos, dolía pensar que se lo robarían.

Los otros Al'kieern se burlaron, al menos veinte de ellos, y apuntaron sus bastones Taser hacia Kral, quien chasqueaba sus colmillos y blandía su espada. Los Al'kieern solo se reían y se apartaban rápidamente.

Ella saltó hacia adelante y lanzó su cuchillo a uno de ellos, clavándoselo en el pecho. Un golpe perfecto, pero ahora solo le quedaba la pistola láser para luchar. Levantándola, apuntó a la cabeza del líder. —Retrocede. No vas a venderme, y no vas a matar a Kral.

El líder siseó y se escondió detrás de uno de sus compañeros. Cobarde. —En cuanto al macho Crakairiano, le daremos uso en Yarris.

¿Para qué, trabajo forzado? Lo harían trabajar hasta que cayera. No les importaría que su pierna estuviera herida, que necesitara terapia para mejorar.

No debería ser así, pero lo era.

Se negaba a caer sin pelear. Mejor morir aquí que ser vendida al mejor postor que la violaría para tener hijos.

—No tengo más trucos —le dijo a Kral por el rabillo del ojo. Su pistola láser estaba lista, y al menos se llevaría a uno de ellos antes de que la arrastraran al suelo y la ataran. ¿La aturdirían primero con sus Tasers?

Las lágrimas rodaban por su rostro, pero las contuvo con un resoplido. *Sé fuerte. Pelea. Muéstrales de qué estás hecha.* Palabras que su padre le había dicho más de una vez cuando era joven. Lo extrañaba tanto. Si él estuviera a su lado, habría cargado hacia adelante con un grito y golpeado al menos a tres de los Al'kieern de un cabezazo, enviándolos a todos hasta Yarris.

Pero estaba con otro hombre. Uno al que admiraba y por el que se preocupaba. Kral le había mostrado su fuerza, su honor y su amabilidad.

Su pecho dolía por todas las otras partes de él que nunca tendría la oportunidad de descubrir.

Kral.

Sobre ellos, las luces comenzaron a parpadear. Frunció el ceño.

Los Al'kieern se miraron entre sí, tan perplejos como ella por lo que estaba ocurriendo.

Secuencia de destrucción de la estación espacial Al'kieern activada. Repetimos, secuencia de destrucción activada.

Mierda. ¿Quién había hecho algo así?

Los altos tipos verdes que había visto antes. ¿Estaban de alguna manera involucrados? Tonto pensarlo, pero… Estaba convencida de que eran Crakairianos.

La nave de Kral había explotado.

¿Ahora la estación?

Casi universalmente, los ojos de los Al'kieern se abrieron de par en par. Algunos retrocedieron, mirando a su alrededor como si temieran que el lugar explotara a su alrededor. Tal vez no estaban tan equivocados al pensarlo.

El miedo le subió por la espalda como una llama siguiendo una línea de pólvora, dirigiéndose hacia el paquete de dinamita al final. La tensión en el aire aumentó.

—Tenemos que salir de la estación —gritó Kral mientras se enfrentaba a un Al'kieern en batalla. Sus sekairs seguían disparando. ¿Cuánto tiempo hasta que su cuerpo se quedara sin lo

que fuera que producía el veneno? Su suministro no podía ser infinito.

—¿Qué significa secuencia de destrucción? —gritó ella, aunque ya tenía una idea nauseabunda.

Implosión de la estación en novecientos seclars, anunció la voz por el altavoz.

La voz mecánica comenzó a contar desde novecientos.

Mila no se detuvo a hacer cuentas. Novecientos eran muy pocos seclars.

Con su espada levantada, Kral rugió y corrió hacia adelante. Mila lo siguió, disparando su pistola láser. Impactó a un Al'kieern volador en el muslo. Como un avión con un motor averiado, viró hacia la derecha y se estrelló contra una pared. La sangre azul corría de la herida y caía al suelo.

Más disparos de láser derribaron a otros dos Al'kieern, pero entonces se quedó sin cargas. Frustrada, lanzó la pistola a un Al'kieern que volaba hacia ella con sus cuatro brazos extendidos.

Prepárense para abandonar la estación, dijo la voz por los altavoces. Ochocientos cincuenta seclars. Repetimos, abandonen la estación.

Las luces volvieron a parpadear.

¿Se quedarían a oscuras?

Mientras los Al'kieern se reunían para cargar contra Kral y Mila, extrañas formas cayeron del techo sobre las cabezas de los Al'kieern.

Mila abrió la boca, sorprendida.

Los Al'kieern comenzaron a girar y gritar.

CAPÍTULO 12

Kral

El brazo de Kral, el que sostenía la espada, cayó, y se quedó inmóvil mientras numerosos lizzers caían del techo y se adherían a las caras de los Al'kieern.

—¡Aléjate! —gritó a Mila, mientras los chillidos ahogados de los Al'kieern llenaban el aire—. Mantente lejos de los lizzers.

Heille. ¿Cómo iba a salvarla de esta nueva amenaza? Las criaturas estarían sobre ellos en seclars, y todo terminaría.

Al menos treinta lizzers se deslizaban por el techo, pero los demás ya se habían enganchado a los Al'kieern, quienes giraban y se tambaleaban, chocando contra las paredes. Mientras los lizzers se aferraban, los Al'kieern intentaban arrancárselos de las caras, pero ni siquiera cuatro brazos bastaban. Una vez que un lizzer se adhería a la cara de un ser, no se podía despegar. Un miembro interno se extendía hacia su presa, perforando el hueso y buscando la masa cerebral para consumirla.

Era una forma espantosa de morir.

Como si los lizzers no fueran suficiente amenaza, la puerta de la escalera se abrió de golpe, y una gran manada de meerdregs salió corriendo hacia donde él intentaba proteger a Mila en la pequeña cámara fuera de la esclusa. Uno de los meerdregs cojeaba, pero los demás mostraban ojos llenos de fuego. Cuando los meerdregs alcanzaron a los Al'kieern, saltaron al aire y los invadieron, arrastrándolos al suelo. Sus garras se clavaban mientras los Al'kieern se retorcían y luchaban. Los lizzers ya eran bastante malos, pero ¿meerdregs también?

Qué pesadilla.

El meerdreg herido se separó del grupo y cojeó hacia Mila.

Kral moriría antes de dejar que esa bestia la tocara. Mientras estuviera de pie y tuviera su espada en la mano, la defendería hasta la muerte. Apretó su arma, preparándose para enfrentar la amenaza. Las garras de un meerdreg podían inyectar una toxina que inmovilizaba a su presa en minars, como lo evidenciaban los Al'kieern inmóviles en el suelo mientras los lizzers se daban un festín.

—¡Chee-chee! —gritó Mila, agachándose y extendiendo los brazos—. Estaba preocupada por ti.

Kral tragó saliva cuando el meerdreg se lanzó hacia arriba y se enroscó en el cuello de Mila.

—Quédate quieta —dijo suavemente, volviéndose. Buscó su cuchillo, prefiriendo una hoja más pequeña para el combate cercano—. No te muevas, y lo que sea que hagas, evita sus garras.

Mila frotó su rostro contra el del meerdreg, ignorando a Kral. —¿Dónde has estado, pequeñín? Esperaba que estuvieras bien, que te hubieras mantenido libre. ¿Cómo está esa pierna? Si me das la oportunidad, creo que puedo arreglarla para ti.

La mandíbula de Kral cayó aún más cuando el meerdreg frotó su cara contra la de Mila y ronroneó. Nunca había visto nada igual. Los meerdregs atacaban. No se acurrucaban.

Pero este sí.

—Parece que mis amigos nos salvaron —dijo Mila, sonriendo a Kral.

Un vistazo a los lizzers le mostró a Kral que habían dejado a los Al'kieern y ahora se deslizaban por el suelo hacia él y Mila. ¿Haría alguna diferencia un ataque directo de su parte? ¿Cómo podía su compañera controlar criaturas que nunca habían cooperado con nadie fuera de su especie? Si no lo estuviera viendo con sus propios ojos, no lo creería.

—Liberé a Firefly el primer día que llegué —dijo Mila, sonriendo al lizzer solitario que se había separado del enjambre y se deslizaba cerca de sus pies. Cambiando al meerdreg para sostenerlo en su cadera como si fuera un joven inofensivo, extendió la mano hacia el lizzer.

Kral siseó. Le dolía no poder tirar de ella hacia atrás, ponerse entre ella y las numerosas amenazas, pero desde el primer minar en que la conoció, sabía que debía confiar en la mujer que deseaba reclamar como su compañera para siempre. —Ahí estás, Firefly. Muchas gracias por tu ayuda. Kral y yo te estamos eternamente agradecidos. —Mientras acariciaba el lomo del lizzer, miró a Kral y le guiñó un ojo—. ¿Verdad?

—Definitivamente —dijo rápidamente, haciendo una profunda reverencia al grupo de meerdregs y a la multitud de lizzers—. Estoy muy agradecido a los lizzers y meerdregs por su ayuda.

¿Podía estar más sorprendido?

Ella acarició al lizzer en la parte inferior de su vientre, donde sus apéndices sobresalían después de haberse aferrado a alguien. Nunca había visto a un lizzer temblar por el toque de alguien. Nunca había visto a nadie darle afecto a un lizzer. ¿Cómo iba a creer alguien que un lizzer lo aceptaría de una persona?

La criatura parecía adorar a Mila.

Eso lo entendía. Él mismo estaba en camino de adorarla.

Seiscientos seclars. El llamado que llegó desde arriba recorrió a Kral como un rayo. Abandonen la estación. Abandonen la estación. La secuencia de destrucción está en progreso. Repito, la secuencia de destrucción está en progreso.

—Tenemos que salir de la estación —dijo.

—Arruiné el teclado —respondió ella. Tras darle una última caricia al lizzer—Firefly— se levantó. El meerdreg seguía aferrado a ella. ¿Querría venir con ellos?

Los otros meerdregs se reunieron detrás de los lizzers, y más salieron por la puerta al final del pasillo, uniéndose a los que ya los rodeaban a él y a Mila. Los lizzers hacían clics y chasquidos, y los meerdregs emitían chillidos, como si las dos especies se estuvieran comunicando y llegaran a algún tipo de acuerdo.

Desprenderse de las criaturas, dado que no había manera de derrotarlas si atacaban, no era una opción. Kral observó las ruinas humeantes que antes eran el teclado. Mila había tomado la decisión correcta al intentar abrirse paso a tiros, aunque no hubiera funcionado.

—¿Puedes abrirla? —preguntó ella, acercándose a su lado. Acomodó al meerdreg en su cadera. Sus dedos se aferraban a su camisa. Quiso recordarle que tuviera cuidado con las garras, pero parecía que la criatura estaba siendo extra cuidadosa—. Creo que se nos está acabando el tiempo...

Quinientos seclars. Quinientos seclars.

—...acabando —terminó ella.

¿Podría de alguna manera forzar la puerta? Envainando su espada en su espalda, avanzó.

Metió los dedos en la estrecha ranura y forzó, sus músculos se tensaron y los cordones de su cuello se marcaron con nitidez.

Mila abrazó más fuerte al meerdreg, inquieta.

—¿Puedes hacerlo? Por favor —susurró—. Necesitamos atravesar esa puerta y llegar a una nave.

—No... lo sé... —Tiró más fuerte, pero la puerta no cedía.

El meerdreg llamado Chee-chee saltó de los brazos de Mila, gimiendo cuando aterrizó en su pierna herida. Cojeó hasta un pequeño panel debajo del teclado y, con sus garras, desprendió la tapa. Se metió dentro y se enredó entre los cables.

La puerta de la esclusa de aire se deslizó.

—Vaya —dijo Mila. Se inclinó y metió la mano en la abertura en la pared para acariciar al meerdreg—. Chee-chee, ¡gracias! Eres el mejor mono del mundo.

El meerdreg chilló mientras saltaba del agujero de vuelta a sus brazos.

Ella se levantó y tomó la mano de Kral.

—¿Nos guías? Tenemos que salir de aquí.

Cuatrocientos seclars. Cuatrocientos seclars. Abandonen la estación inmediatamente.

—Vamos —dijo ella mientras él la tiraba hacia adelante.

Los lizzers y meerdregs los siguieron en masa. Se deslizaron alrededor de la pareja, dirigiéndose a una de las lanzaderas.

—Vamos a tomar esa —dijo Mila, señalando un modelo elegante—. Es deportiva. Siempre quise montar en un Maserati, y esto es lo más cercano que voy a estar.

Los meerdregs y lizzers corrieron hacia dos de las lanzaderas.

—¿A dónde van? —preguntó ella—. Necesitan venir con nosotros.

Lo último que quería era viajar en una nave pequeña con dos grupos grandes de criaturas mortales.

Sería procesado si los llevaba a Crakair.

—Son autóctonos de Yarris —dijo—. Tal vez deberían ir allí.

—No pueden pilotar una nave por sí mismos.

—Yo... —Corrió hacia un panel de control a su izquierda, y sus manos volaron sobre los diales. La escotilla de las lanzaderas más cercanas a ellos se abrió, al igual que la escotilla del pequeño crucero estelar que Mila había seleccionado—. Programaré las naves para llevarlos a Yarris.

Trescientos seclars. Trescientos seclars. Abandonen la estación espacial.

Detrás de ellos, un grupo de Al’kieern golpeaba la puerta exterior de la esclusa que Kral había cerrado.

—¿Deberíamos ayudarlos? —preguntó Mila, mordisqueándose el labio inferior con sus pequeños dientes blancos.

—No hasta que hayamos asegurado nuestra propia fuga.

Doscientos setenta y cinco seclars. Doscientos setenta y cinco seclars.

—Necesitamos irnos —dijo con pánico en la voz—. ¿Podremos salir de la estación antes de que explote?

—Todo lo que podemos hacer es intentarlo. —Le tomó la mano y corrió hacia la nave estelar —. He añadido una apertura retrasada a la puerta de la esclusa. Esto... debería funcionar.

Los meerdregs emitieron sonidos agudos y saltaron dentro de una nave.

—¿Y tú, Chee? —preguntó ella al meerdreg que sostenía—. ¿Vienes con nosotros o con tus amigos?

Él se aferró más fuerte a su cuello.

—Está bien. ¡Aguanta!

Detrás de ellos, los Al'kieern seguían golpeando, y sus gritos se volvían desesperados.

¿Por qué le importaba a Kral si morían? Habían sido parte del secuestro, aunque no lo hubieran orquestado. No le mostrarían simpatía si sus posiciones estuvieran invertidas. Y con gusto lo matarían y subastarían a Mila si tuvieran otra oportunidad. Por lo que Kral sabía, tenían planes de secuestrar a otras humanas compatibles, y liberarlos facilitaría esa acción.

Pero la aprobación en los ojos de Mila significaba el mundo para él. Por eso había hecho el esfuerzo.

Él y Mila corrieron por la rampa hacia el interior de la nave, y la compuerta se cerró detrás de ellos. El meerdreg saltó de los brazos de Mila. Cojeando, giró en una esquina y desapareció de la vista.

—¿Chee-chee? —llamó Mila, y el meerdreg emitió un chillido, pero no se unió a ellos—. Hmm. Aunque me alegra que venga con nosotros a Crakair, me sorprende. Pensé que querría volver a su planeta.

Kral se encogió de hombros. El animal los había ayudado. Si quería un hogar en Crakair con ellos, le daría la bienvenida a su casa. Dudaba que al Consejo de Crakair le importara un solo meerdreg.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mila mientras se movían a través de la pequeña esclusa de aire hacia la nave principal.

—Al puente —dijo, tirando de ella hacia la derecha cuando llegaron al pasillo. Entraron en la pequeña cabina en la parte delantera de la nave mientras la estación seguía contando la cuenta regresiva.

Doscientos seclars. Doscientos seclars. La seguridad solo se logrará al poner una distancia de un klek entre tu nave y la estación, y más allá de cincuenta seclars. Repetimos. La seguridad solo se logrará con un klek de distancia más allá de cincuenta seclars.

¿Cincuenta? Heille.

Se dejó caer en la butaca del comandante mientras Mila se abrochaba el cinturón en la butaca cercana. Con unos toques, Kral accedió a los controles.

La puerta de la esclusa principal de la estación se abrió, y las naves que transportaban a los meerdregs y lizzers pasaron volando. A través de las ventanas delanteras, vio a los meerdregs encaramados en las sillas y en los paneles de control. Esperaba que no estropearan el piloto automático que había programado en su nave.

Chee-chee se unió a ellos, saltando al tablero para saludar.

Todos asumían que las criaturas eran simples primates, pero Kral empezaba a dudar. Chee-chee había mostrado un considerable proceso de pensamiento.

Kral estaba agradecido de que hubieran estado allí para ayudarlo a él y a Mila a escapar. Debían haber sido capturados en la superficie de Yarris, ya que raramente se encontraban fuera de esa parte de la galaxia.

Mientras alejaba la nave del muelle de embarque, vio a los Al'kieern corriendo hacia una nave, lo que le dijo que la secuencia de apertura retrasada de la esclusa que había configurado había funcionado. O lograrían salir de la estación o no. Ya no podía preocuparse por ellos.

Guiando cuidadosamente la nave estelar detrás de la nave de los meerdregs, la puerta interior se cerró detrás de ellos. Una vez que la presión se estabilizó, la puerta exterior se abrió, y ambas

naves se lanzaron hacia las estrellas.

"Vamos", dijo entre dientes, inclinándose hacia adelante. Sus naanans se desplegaron a su alrededor mientras empujaba la nave a su velocidad máxima de crucero. El hiperimpulso sería inútil hasta que tuviera tiempo de trazar una ruta que los mantuviera a salvo al atravesar la galaxia.

Chee-chee saltó del tablero y, con un chillido de despedida, se alejó cojeando por el pasillo, dejando el puente.

El conteo regresivo interno de Kral le dijo que tenían diez seclars para alcanzar la distancia mínima de un klek necesaria para estar a salvo.

No iba a ser suficiente tiempo.

CAPÍTULO 13

Mila

—¿Lo lograremos? —preguntó Mila a Kral. Por la forma en que él se inclinaba hacia adelante, como si pudiera empujar la nave desde atrás si tuviera la oportunidad, ella tenía la sensación de que sería algo ajustado.

—Lo intentaremos —respondió entre dientes.

No era la declaración más tranquilizadora, pero le bastaba.

A su derecha, las otras dos lanzaderas se lanzaron hacia Yarris.

—Adiós, Firefly —susurró, levantando la mano en un gesto de despedida. Frunció el ceño y colocó las palmas sobre su cabeza al recibir su mensaje.

Que las estrellasss siempre te guíen, amigo, dijo Firefly en su mente. Siempre bienvenido en la tribu lizzer. Cuando los encuentres, diles que yo, Treessse, digo que recibesss permiso de paso.

Gracias, respondió en su mente, y luego en voz alta—. Que las estrellas siempre te guíen a ti también. —Su garganta se cerró, y parpadeó rápidamente para evitar que las lágrimas se formaran. Con un suspiro, se giró hacia Kral—. Dijo adiós. Es un pequeño muy dulce.

La mandíbula de Kral se desencajó.

—¿Cómo sabes que dijo adiós?

—Nos comunicamos telepáticamente.

—¿Cómo es posible?

—Simplemente lo es. —Miró las lanzaderas que llevaban a Treese, sus amigos y los otros monos hacia Yarris—. Me habría gustado conocerlo mejor. Era interesante. Pero no he perdido a todos. —Maldición, no debería estar pensando en pérdidas... otra vez—. Chee-chee decidió venir con nosotros.

—No me has perdido a mí —dijo Kral con brusquedad, provocando una sonrisa temblorosa en su rostro.

—Por eso —dijo—. Estoy especialmente agradecida.

—Me asombras —dijo él.

—¿Por hacer amigos?

—Por encontrar amistad con criaturas que otros temen con buenas razones.

—¿Por qué? —Pero ya lo sabía. Su sonrisa se desvaneció al recordar cómo mataron a los Al'kieern—. Son unos pequeños letales, ¿verdad? Treese, a quien llamo Firefly, estaba colgado del techo sobre mí cuando desperté por primera vez en la estación espacial. Lo ayudé a liberarse.

—Los Al'kieern suelen usar a otras criaturas para cumplir una necesidad.

—Tenían luces que podían usar en su lugar. ¿Por qué lastimar a alguien cuando no es necesario?

Él se encogió de hombros.

—Algunos no piensan en los demás cuando deberían.

—Iban a comerse a Chee-chee. Lo rescaté de una jaula en la cocina. Aún tengo que entablillarle la pierna. Creo que tiene una fractura por fisura, pero puedo ayudarlo a sanar para que no cojee siempre.

—Como dije, eres asombrosa.

—Solo hago lo que cualquier otro haría.

—¿Lo haces?

Claro, lo hacía. ¿No?

Mirando hacia adelante, vio cómo una tercera nave se lanzaba hacia Yarris.

—Les diste a los Al'kieern la misma oportunidad de vivir. —Lo que eligieran hacer con ella a partir de ahora, no podía saberlo, pero esperaba que reconsideraran sus acciones y cómo afectaban a otros. Deberían enfocarse en desarrollar Yarris y dejar en paz a las mujeres de la Tierra y a otras criaturas.

Kral levantó las manos de los controles y se recostó en su silla, indicándole que había hecho todo lo posible para sacarlos de esta situación precaria. El destino decidiría qué pasaría después.

Aunque el pánico debería estar apoderándose de ella, incitándola a correr, solo sentía tristeza.

Extendió su mano, y Kral la tomó, cerrando la pequeña brecha entre sus sillas, entre ellos. Él levantó su mano y besó sus dedos, sus colmillos rozando su piel sensible.

Su respiración se cortó. Un simple toque y él la encendía por completo.

No habían tenido suficiente tiempo. Claro, habían podido hablar. Él la había cortejado y la había hecho reír.

La ayudó a escapar de la nave.

Ahora no había nada que pudieran hacer excepto esperar a ser volados en pedazos. Era injusto, pero en este momento, no había oportunidad para hacer lo correcto.

Ni siquiera habían compartido un verdadero beso, uno lleno de emoción.

Lo deseaba. Lo deseaba a él, a pesar de que lo había conocido hace poco. Se habían conectado desde el primer momento, y sabía que cuanto más tiempo pasaran juntos, más sus almas se entrelazarían.

¿Amor? Aún no estaba segura de eso, pero sabía, en lo más profundo de su corazón, que podría llegar a importarle mucho Kral, si tuviera la oportunidad.

¿Tendría esa oportunidad?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, el dolor de la posible pérdida desgarrando su voz. Las palabras salieron con dificultad.

—Tenemos cuarenta seclars antes de que la estación explote.

—¿Estamos a un klek de distancia?

—No lo sé— La ansiedad se reflejaba en su voz, y sus sekairs se alzaron en modo defensivo. Maldición, tenía miedo de que no lo lograran. Estaba tratando de protegerla, como lo había hecho desde el momento en que la conoció.

No quería que sus últimos cuarenta—no, que fueran treinta—seclars de vida se desperdiciaran sentada en una silla preguntándose qué se estaba perdiendo. Desabrochando el cinturón, se levantó y caminó hasta su silla. Se subió a su regazo, montándolo a la altura de su cintura.

—Quiero besarte de verdad— dijo suavemente—. No hay tiempo para nada más, pero podemos tener esto.

Sus manos rodearon su cintura, y la atrajo más cerca.

—Mila…

—Veinte seclars—dijo ella.

—Mi compañera…

Sus naanans recorrieron la nuca de ella y la acercaron aún más.

Ella le tomó los hombros mientras sus labios se encontraban, tentativamente al principio, como era de esperar del estoico macho Crakairiano que se había desplomado sobre ella cuando estaba en su baño.

Sus labios eran firmes pero tiernos, pero ella quería más. Necesitaba sentir… por última vez.

La desesperación alimentaba su fuego, convirtiéndolo en una llamarada.

Su lengua se encontró con la de ella, y Mila gimió. Gimiendo a su vez, él profundizó el beso, dándole un sabor de lo que podría haber sido. Habían estado tan cerca.

¿Por qué la vida tenía que ser tan injusta?

Sus naanans acariciaban los hombros de ella y jugueteaban por los costados de sus pechos.

Cuando el mundo explotó fuera de la nave, él gruñó y la rodeó con sus brazos, sujetándola con fuerza. Si fuera físicamente posible, la protegería de todo daño. ¿El mundo los separaría?

La nave se sacudió, pero siguieron besándose. A través del tacto, Mila compartió todas sus esperanzas e incertidumbres, además de los sueños que había comenzado a construir sobre un futuro juntos.

Las lágrimas le picaban en los ojos, y su respiración se volvió irregular mientras la nave era lanzada al espacio. La nave giraba como un juguete arrojado por un niño enfurecido, y casi fue arrancada de los brazos de Kral, pero él la mantuvo firme, manteniéndola a salvo incluso mientras la nave temblaba y crujía a su alrededor.

Las luces se atenuaron, luego resurgieron. Se atenuaron de nuevo.

Siguió besándolo, decidida a que, si morían en ese momento, fuera así, unidos como uno solo.

Las luces se intensificaron, y en el silencio resonante, solo se escuchaba un sutil tic proveniente del tablero.

Se separaron, aunque permanecieron abrazados.

—¿Lo logramos? —preguntó ella, rompiendo el silencio con sus suaves palabras—. ¿O estamos soñando?

—Lo hemos logrado—. Él mostró sus colmillos, y sus ojos brillaron con una felicidad que solo había insinuado hasta ese momento, como si, al besarla, también hubiera visto el futuro que podrían compartir—. No es un sueño, mi compañera.

Su sonrisa fue tan grande que le dolieron las mejillas.

—¿Tu compañera, eh? Me has llamado así antes.

Él arqueó una ceja, y sus naanans siguieron acariciando su nuca. Una de ellas jugueteaba por el costado de su pecho, haciendo que el calor estallara dentro de ella.

—¿No eres mi compañera?

—Creo que lo soy—. Su rostro se calentó mientras se inclinaba hacia él—. ¿Puedo llamarte compañero también, o hay otro término que usan las mujeres Crakairianas?

Sus ojos brillaron.

—Compañero está bien.

—Estamos libres, ¿verdad? A salvo por primera vez desde que me secuestraron de la nave—. No podía creer que hubiera terminado, que ahora solo tenía que pensar en su nueva vida en Crakair con Kral.

—Estamos libres.

—¿Qué sucede ahora?

—Necesitamos asegurarnos de que estamos a salvo en la nave, y debo programar los controles para llevarnos a Crakair.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar?

—¿A hipervelocidad? Aproximadamente cinco daelas.

—Vaya. ¿Qué haremos para pasar el tiempo? — No había tenido la intención de que sus palabras sonaran sugestivas, pero su rostro se sonrojó de nuevo. No estaba acostumbrada a eso de la seducción.

Él presionó su puño contra su pecho.

—Aprovecharé este tiempo para terminar de cortejarte.

Su espalda se estremeció ante la idea de estar tendida frente a él, con sus manos—no, su boca —entre sus piernas. ¿Por qué estaba pensando en eso ahora? Debería estar pensando en las cosas normales del cortejo, como la emulsión para los pies—lo que fuera eso—y en él cocinando para ella en un garlong.

Había mencionado la antigua tradición Vikir de los orgasmos de cortejo...

¿Se suponía que una mujer debía pedirle a un macho Crakairiano—Vikir—que rompiera con las formas modernas y la llevara de vuelta a los viejos tiempos por lo bueno? Suspiró, sin estar segura de cómo abordarlo. Luego lo miró de reojo.

—Sobre estas tradiciones de cortejo. ¿Cómo las llevarás a cabo en una nave extranjera?

Él se inclinó a su alrededor y presionó algunos botones en el panel de control antes de recostarse en la silla con una sonrisa.

—Habrás notado que yo, tu compañero guerrero Vikir, soy muy bueno improvisando.

Maldición, era atractivo cuando sonreía. No había tenido tiempo de notarlo, pero ahora parecía que tendrían mucho tiempo para fijarse en cosas así. Quería conocerlo mejor, descubrir qué lo hacía vibrar.

De acuerdo, quería darle un orgasmo de cortejo. Se removió en su regazo cuando el calor la invadió. ¿Se atrevería a actuar con audacia? Nunca lo había hecho con un chico antes.

Había escuchado que algunas de las otras mujeres de la Tierra aceleraban su cortejo porque no podían mantener sus manos alejadas de su macho Crakairiano, y entendía la urgencia. Besarlo había sido suficiente para que deseara arrastrarlo a la cama, asumiendo que hubiera una cama en esa nave.

—La nave ya está en curso—dijo él, retirando sus manos. Las dejó caer sobre sus caderas y la atrajo más cerca—. ¿Te gustaría comenzar tu cortejo ahora?

Esto era todo. Todo su miedo y preocupación de que no sobrevivieran el tiempo suficiente para enamorarse estalló dentro de ella. Podía aferrarse al coraje que su padre le había enseñado, o podía esconderse y escapar.

Mila odiaba esconderse.

—¿Qué dirías sobre usar algunas de las viejas tradiciones de cortejo Vikir?

Sus ojos se encendieron.

—Tú...—Cuando sacudió la cabeza, sus naanans se alzaron antes de asentarse sobre sus hombros—. Me encantaría explorar mis antiguas tradiciones.

Sus labios se torcieron en una sonrisa.

—Parece que estamos perdiendo la primera y más importante tradición.

Él se inclinó cerca y rozó sus colmillos contra su cuello.

—Mila. Mataría por darte un orgasmo.

¿Cómo podría una chica rechazar una oferta como esa? Se levantó, se dirigió al fondo de la

cabina y cerró la puerta. No hacía falta que Chee-chee se anunciara en un momento tan importante.

Regresó y se paró frente a Kral.

Sigue siendo audaz.

Con unos pocos tirones, se quitó la camisa por la cabeza. No llevaba nada debajo, solo su piel.

Él tragó saliva, levantó la mano, pero no la tocó.

Ella avanzó hasta que sus dedos rozaron su pecho.

—Esta protuberancia. Pect… pecho —corrigió rápidamente. Le lanzó una mirada de asombro antes de enfocarse en sus pechos—. Este tejido fibroso, glandular. Se siente... Me excita.

Cuando volvió a mirarla, ella vio la vulnerabilidad mezclada con el deseo en su rostro. El sentimiento se reflejaba en ella. Su lengua recorrió su labio inferior, y ella gimió. ¿Qué se sentiría tener esa punta bifurcada en sus pechos, por no decir en otros lugares más íntimos?

—Tócame más, si quieres —dijo con una voz ronca. El calor la invadió, centrado entre sus piernas.

—¿Te gusta que te toquen los pechos? —preguntó él.

—Es increíblemente excitante.

Él mostró los colmillos.

—Deseo excitarte. Todo el tiempo —se inclinó hacia adelante y pasó su lengua por su pezón. Cuando ella jadeó, él la miró. La vulnerabilidad había desaparecido, reemplazada por fuego y un toque de esa arrogancia que ella había visto insinuarse y que amaba.

No pudo contenerse y empujó su pecho completamente contra su mano.

Él jugueteó con el pezón entre el pulgar y el dedo índice, observando cómo ella se retorcía. Cerró los ojos y se entregó al momento. Durante demasiado tiempo, había estado huyendo. Con miedo. Ahora, solo quería saborear las intensas emociones que estaban creciendo por Kral.

Mientras sus dedos seguían acariciando un pezón, él succionó el otro en su boca. Su lengua se deslizó por él, con cada uno de los lados bifurcados envolviendo la base y tirando.

Iba a explotar, y el impacto sería mayor que el de la estación espacial.

Uno de sus naanans tomó el relevo de su mano, sujetando el pezón, y algo en la punta vibró.

Sus ojos se abrieron de golpe y ella se lanzó hacia él.

—¿Qué...?

—¿Te gusta? —preguntó él, con una voz más profunda que el centro de la galaxia. Otros naanans jugueteaban en la parte superior de sus pantalones, desatando la cuerda que ella había usado para evitar que la prenda, demasiado grande, se le cayera alrededor de los tobillos. El nudo se soltó, y los pantalones cayeron.

Tampoco llevaba ropa interior—braguitas—. Había estado yendo al natural bajo su ropa robada desde que la capturaron. En cuanto al vestido que llevaba cuando la secuestraron, se había roto y ensuciado, y ella lo había tirado a la basura.

—Eres... la persona más hermosa que he visto —dijo él con asombro.

La mujer insegura dentro de ella quería retorcerse y negar sus palabras. Pero la nueva Mila, la que había escapado de los captores alienígenas y sobrevivido sola en una estación espacial alienígena durante días, dio un paso adelante.

—Te deseo —dijo.

—Te daré todo lo que tengo —dijo reverentemente—. Todo de mí —la empujó hacia atrás para que se recostara sobre el tablero frontal, en una sección lisa sin diales. Luego se arrodilló

frente a ella y levantó sus piernas para colocarlas sobre sus hombros—. Esto... —señaló su cuerpo tendido frente a él—. Es hermoso. Pero esto... —presionó un puño contra su pecho antes de presionarlo contra el de ella, en el mismo lugar, sobre su corazón—. Esto es eterno y posee una belleza incomparable.

—Kral —él iba a hacer que su corazón se rompiera en mil pedazos, pero ella tenía la sensación de que él encontraría la manera de recogerlos y volver a unirlos.

—Deseo saborearte por completo —dijo, inclinándose hacia adelante—. Te daré un orgasmo con mi boca.

Santo cielo. Iba a dejar que lo hiciera también. Había deseado esto desde que sus dedos se deslizaron accidentalmente entre sus piernas, desde que sus colmillos y naanans rozaron su pezón. Desde el momento en que él cayó encima de ella en la bañera.

—Es mi deseo complacerte siempre —dijo mientras sus dedos acariciaban sus pliegues. Un naanan jugueteaba por su muslo y se posaba sobre su clítoris.

Vibraba.

Ella se estremeció, casi deslizándose del tablero. Pero él se rio y la sostuvo en su lugar.

—¿Te estás enamorando de mí, mi compañera?

—Qué gracioso —respondió con un gemido. Demonios, apenas podía pensar con sus dedos acariciando su hendidura y el naanan vibrando sobre ella.

—Deseo verte llegar al clímax —dijo él.

Se sentía tan bien que sus ojos se pusieron en blanco.

—Sería incapaz de negarte tus deseos.

—Sí, tienes razón —rio de nuevo—. Siempre cede a mis deseos.

—No te pongas demasiado engreído.

—¿No deseas ceder?

Sí, mil millones de veces, pero especialmente ahora.

—Kral —dijo, mientras la tensión se acumulaba dentro de ella. Su cuerpo se tensaba mientras espasmos diminutos la arrastraban cada vez más cerca de la completa satisfacción.

—¿Sí, mi compañera? —él acariciaba su hendidura, la punta de su dedo apenas entrando en ella.

Ella quería que se parara frente a ella y la penetrara. Había visto indicios de su erección presionando contra sus pantalones, y parecía gruesa. Grande.

Y había oído que vibraban.

Demonios, necesitaba averiguarlo.

Otros naanans acariciaban sus pechos y vibraban contra sus pezones.

Esto era pura dicha. Había muerto, y él la había llevado allí.

Sus pezones se tensaron, y estaba tan húmeda que debía de estar goteando.

Temblaba, y no solo por la temperatura fresca. Deseaba sentirlo moverse dentro de ella. Llevarla a alturas que nunca había experimentado antes.

Él acarició sus piernas, con su lengua deslizándose por su muslo, acercándose, pero sin tocar el lugar donde más lo deseaba.

—Kral —suspiró, agarrando sus naanans. Pasó sus dedos por las puntas y los acarició.

Él se estremeció, y su boca se detuvo sobre su clítoris.

—Eso... Mila —su nombre salió entrecortado de él—. Tú...

—Juega limpio, mi compañero —dijo ella—. No pretendo solo yo recibir un orgasmo hoy.

—Es para la hembra. Nunca para el macho.

—¿Por qué no?

—Porque... —su lengua salió y recorrió su hendidura.

Ella gimió y levantó las caderas, apoyando los talones en sus hombros.

—Debes experimentar esto también, y voy a lograrlo.

—Tú. Esto es para ti.

Sus dedos se detuvieron en sus naanans.

—No, compañero. Esto es para ambos.

—Para nosotros, pero este minar, tú —sus ojos se oscurecieron—. Para mí, habrá más tarde.

Ella tomaría esa declaración como una promesa.

—Kral —su nombre salió en forma de súplica.

Cuando su dedo se deslizó por su hendidura, ella se arqueó hacia él, jadeando. Él entró en su interior, luego sacó el dedo y lo lamió.

—Más dulce que la fruta jinjin —gruñó, su aliento caliente sobre su piel—. Necesito probar más.

Ella iba a venirse antes de que él hiciera algo más que acariciarla.

Deslizó su dedo en sus pliegues hinchados, empujando y deslizándose, pero se detuvo a mitad de camino.

—¿Y qué es esto?

—Mierda, mierda —suspiró, su cuerpo en llamas. Unos pocos movimientos más y se dispararía por toda la galaxia—. No toques eso.

—¿Qué es? —Él pasó el dedo sobre un pequeño bulto redondo en su interior.

—Mi punto G. ¡No lo toques!

—¿Por qué no?

—Porque… Porque…

—¿No te gusta?

—Mierda, sí.

—Entonces quiero tocarlo. A menudo.

Demonios.

—Siento que estás a punto de tener un orgasmo, Mila. Hazlo. Déjalo ir. Quiero sentirlo en mis dedos y saborearlo en mi lengua —Deslizó su dedo nuevamente sobre su punto G, y ella se estremeció y gimió—. Esto me intriga. ¿Tienes otros puntos de placer que compartirás conmigo?

Estaba tan cerca.

—Kral.

—¿Sí? —sus naanans seguían acariciando sus pechos y sus tiernos muslos internos. Mierda. ¿Cómo podía un tipo tener pelo que succionaba y provocaba? No era justo.

Se retorció y de alguna manera encontró suficiente lucidez para hablar.

—Deja de tontear.

—Tienes razón. ¿Por qué perder el tiempo cuando necesito hacer esto? —La acarició hasta llegar a su clítoris, donde la punta de su lengua se enroscó y tiró.

Su cuerpo salió disparado hacia las estrellas.

Mientras ella temblaba y se estremecía, sus dedos la provocaban por dentro, acariciando sus pliegues antes de entrar y estimular su punto G. Una y otra vez. Bombeando. Empujando.

Para ser un improvisador, aprendía rápido.

Moviéndose hacia abajo, introdujo su lengua dentro de ella. Era larga y gruesa, y la punta bifurcada se movía profundamente.

—¡Kral!

Él levantó la cabeza.

—¿Sí, mi compañera?

Sus naanans. Mierda, sus naanans. Dos trabajaban sus pechos mientras otros la acariciaban por todas partes. Era como tener sexo con tres hombres al mismo tiempo, cada uno asegurándose de que ninguna parte de su cuerpo quedara insatisfecha.

Su boca. Y su increíble lengua.

Ella gemía, lloriqueaba y le rogaba que lo hiciera para siempre.

Hasta que el mundo se desplomó sobre ella, y cayó de espaldas sobre la cama, agotada.

—¿Estás lista para el gran recorrido por la nave? —preguntó él.

Después de que ella se desbordara por completo y él la lamiera, él se había sentado y la había jalado hacia su regazo. Sus naanans acariciaban su espalda y hombros, mientras sus brazos la envolvían, manteniéndola segura y cálida.

Habían mirado por las ventanas, maravillándose con las estrellas.

—¿Un recorrido? —dijo ella—. Claro —al levantarse, se puso de pie con las piernas temblorosas, su interior aún resplandecía por su "orgasmo de cortejo" y se vistió. Luego, se puso de puntillas para darle un beso. Caliente, pero rápido.

Maldita sea, necesitaba dejar de pensar en esos términos.

Tenía la impresión de que él había disfrutado el beso, por no hablar de todo lo demás que habían hecho, si la protuberancia en sus pantalones era alguna indicación. Era grande. Había oído que los machos Crakairianos eran grandes en todos los sentidos, y los rumores parecían ser ciertos con Kral. Un deseo de sentir su piel presionada contra la de él surgió dentro de ella nuevamente, casi abrumándola.

—Nada de eso —susurró para sí misma.

Él arqueó una de sus crestas. No podía llamarla ceja sin pelo, pero tenía esencialmente el mismo efecto. Y el gesto era adorable.

—¿Nada de qué?

—Ya sabes a qué me refiero —agitó la mano hacia su cuerpo—. Deja de ser tan sexy.

Él avanzó hacia ella.

Ella retrocedió. Por autoconservación. Ciertamente no porque le tuviera miedo. Su corazón latía acelerado y un fuego delicioso se encendía en su cuerpo. Tal vez sus compañeras terrícolas estaban en lo correcto con eso de "saltarse el cortejo".

—Detente —dijo ella con una risa.

Él siguió avanzando.

Ella siguió retrocediendo hasta que su trasero golpeó la pared.

Él apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y se inclinó cerca. Mientras mordisqueaba a lo largo de su mandíbula, habló con una voz baja y ronca.

—¿Me encuentras sexy?

—¿No lo sabes ya?

—¿Cómo podría?

Parecía tener una fascinación por su oreja, porque la mordió como si la probara, y luego la recorrió con su lengua.

Sus piernas temblaban. No, todo su cuerpo temblaba.

Definitivamente estaba pensando en saltarse el cortejo.

Espera.

—Espera un momento —dijo, presionando un dedo entre los dos—. Cortejo. Matrimonio. *Luego* viene el sexo. No es que me oponga a mover las piezas del juego.

—Habrá sexo —dijo él con humor en su voz—. Mucho sexo.

Oh, mierda.

Su risa salió como un resoplido. *Mierda*, tenía razón. Maldita sea, su cuerpo tenía solo una cosa en mente.

Él se alejó de ella.

—Debo resistirte, al menos hasta asegurarme de que estamos a salvo en esta nave —la jaló hacia él y la envolvió con sus brazos—. Iremos tomando las cosas como vengan —dio un paso atrás y se inclinó—. Prepárate para ser cortejada por completo, mi compañera.

CAPÍTULO 14

Kral

El pene de Kral palpitaba de necesidad.

La quería debajo de él. Encima de él. Contra la pared, con las piernas alrededor de su cintura mientras la penetraba.

Completamente desnuda.

Sometida únicamente a su voluntad.

Hoy, esta noche, mañana, y por el resto de sus días.

Pero estaba decidido a seguir las reglas y hacerlo bien, lo que significaba cortejo. Matrimonio. *Luego* el sexo.

Mierda. Apenas podía contener un gruñido. No había nada que pudiera hacer con su maldito pene, que se sentía como una barra de acero en sus pantalones. Sí, ella se había ofrecido a darle satisfacción, pero él no podía bajar la guardia hasta estar seguro de que estaban a salvo.

Mientras se dirigían a la salida, no pudo evitar notar el latido febril en su garganta, cómo su respiración se había vuelto entrecortada y la forma en que se aferraba a su mano.

Le encantaba que ella también deseara más, que estuviera tan inquieta por él como él por ella. ¿Sería tonto haber caído ya a medias por la terrícola con la que había sido emparejado? ¿Qué pasaría si ella decidía a mitad de su cortejo que quería volver a la Tierra? Sería imposible dejarla ir.

No la obligaría a una relación, pero eso no significaba que no haría todo lo posible para convencerla de quedarse.

Entraron en un pasillo detrás del puente.

Chee-chee intentó pasar corriendo junto a ellos, pero ella lo agarró de uno de los brazos.

—No tan rápido, pequeñín. Necesitamos arreglarte y luego podrás corretear por la nave.

El meerdreg le lanzó a Kral una mirada resignada, pero se mantuvo tranquilo mientras ella lo colocaba en la silla del comandante.

—Necesito algo de este largo —dijo ella, levantando los dedos—. Y rígido. Como una fina pieza de madera. Y cinta adhesiva, si tenemos.

Kral rebuscó en los armarios en la parte trasera del puente y encontró lo que ella necesitaba. Observó cómo cuidadosamente entablillaba la pierna del meerdreg.

La criatura saltó de la silla y se adelantó como si probara el ajuste.

—Chee. ¡Chee-chee! —dijo antes de saltar de nuevo a la silla del comandante. Se sentó y miró por la ventana delantera como si planeara hacerse cargo de la nave. Quizás lo haría. Kral nunca había pensado mucho en los meerdregs, pero estaba claro que eran inteligentes y astutos.

—¿Está bien, pequeñín? —preguntó Mila, agachándose al lado de la silla.

—Chee.

Mientras la criatura mantuviera sus garras a raya, tendría un hogar con Kral para siempre.

—No te metas en problemas —dijo ella, agitando el dedo hacia la criatura. Le lanzó a Kral una mirada parecida a la de un padre indulgente.

El meerdreg suspiró y pasó sus garras por el brazo de la silla.

—¿Crees que causará problemas? —preguntó Mila, mordiéndose el labio inferior—. Tal vez deberíamos bajarlo de ahí.

—¿Y hacer qué con él?

—No tengo ni idea. Debería descansar. Dejar que esa pierna sane.

—La nave está en piloto automático ahora. No puede cambiar eso —Kral esperaba que no, de todos modos.

—Quizás esté pensando en sus amigos.

—Si no es feliz en Crakair, lo llevaremos a Yarris una vez que se haya curado.

Sus hombros se relajaron.

—Está bien. Es un buen plan.

Cerró la puerta, y se quedaron frente al pasillo.

La nave estaba construida como todas las otras naves estelares más pequeñas en las que había viajado, con un puente que abarcaba la parte frontal de la nave, un pasillo principal detrás con pequeñas habitaciones a cada lado y, si estaba en lo correcto, camarotes al final. Debajo del suelo, Kral sospechaba que encontraría compartimentos eléctricos y de motor.

Abrió puertas para encontrar dos armarios a cada lado del pasillo.

—¿Para qué son estos? —preguntó Mila, tocando una de las prendas plateadas que colgaban dentro.

—Para misiones espaciales en la parte exterior de la nave durante el vuelo o cuando se detienen, cuando no pueden entrar en un muelle de reparación.

Sacó uno de los trajes y frunció el ceño al verlo.

—Quizás me quede mejor a mí que a ti —dijo ella con una sonrisa.

Era del tamaño adecuado para Mila, hecho para un cuerpo mucho más esbelto que el de Kral, y para una persona con cuatro brazos.

—Esperemos no tener que hacer reparaciones —dijo ella con total seriedad, viendo la gravedad de la situación—. Porque no me imagino poniéndome esto y saliendo al exterior.

Kral reprimió un estremecimiento al recordar que, si algo así sucedía, estarían indefensos.

Después de lanzar el traje de nuevo al armario con el resto del equipo, cerró la puerta y continuó por el pasillo.

Encontraron una pequeña cocina en la derecha. Suponiendo que hubiera comida a bordo, podrían comerla en la sala de descanso que vio a la izquierda.

—La nave se parece a lo que esperaba encontrar —dijo Mila, entrando en el comedor—. Me recuerda a las películas de ciencia ficción que solía ver cuando era niña. —Abrió uno de los armarios montados a lo largo de una pared, pero lo encontró vacío. El resto contenía platos y utensilios, tazas, pero nada de comida.

Dejaron el comedor y continuaron por el pasillo, encontrando compartimentos que contenían herramientas y suministros a ambos lados del pasaje.

Cerca del final del pasillo, a la izquierda, encontraron una sala de regeneración para droides con una piscina de carga, inútil para un humano y un Crakairiano. Y a la derecha, un pequeño baño.

No vio la tina que caracterizaría uno de sus rituales de cortejo. Los Crakairianos modernos tomaban baños de zither, pero los Vikirs preferían un remojo más tradicional. Aunque a Kral le

faltaban los componentes necesarios para un baño de cortejo Vikir, improvisaría. Su cuerpo dolorido le decía que necesitaría un largo remojo para compensar la falta una vez que llegaran a su hogar.

—¿Puedo, eh...? —Mila señaló la unidad de aseo montada en la pared izquierda.

—Por supuesto.

Salió al pasillo y cerró la puerta.

Mila salió no mucho después, con su cuerpo temblando.

—¿Qué sucede? —preguntó él, asomando la cabeza de nuevo a la habitación, su mano alcanzando su espada. No vio nada fuera de lo común. ¿Se había encontrado con una amenaza?

—El inodoro básicamente me atacó —puso su mano en su brazo, deteniéndolo antes de que sacara su arma—. Aunque aprecio que te pongas en modo protector por mí, quizás lo necesitemos antes de llegar a Crakair.

—¿Cómo que te atacó?

Su rostro se sonrojó.

—El inodoro agarró mis piernas mientras estaba, eh, sentada. Algo desde abajo trató de… — Se estremeció, y sus ojos se agrandaron—. Hablando de sondas alienígenas.

—Los Al'kieern requieren un tipo específico de limpieza después de que…

Ella levantó la mano.

—No necesito escuchar los detalles. Ya casi lo viví. Si fuera una persona tímida, estaría traumatizada de por vida —sacudió la cabeza, y una sonrisa asomó en sus labios—. Afortunadamente, soy una mujer atrevida.

—Lo eres —él la admiraba profundamente. Había pasado por tantas cosas en los últimos likar, eventos que podrían quebrar a cualquiera. Sin embargo, allí estaba, sonriendo por las unidades de baño de los Al'kieern.

Su mirada se fijó en la mano que ella todavía mantenía levantada, y la de ella siguió la suya. Ella cerró los dedos hacia adentro, y su brazo cayó.

—Oh. Sí —más rubor inundó sus mejillas. Él encontraba ese gesto encantador. ¿Podría hacerlo a voluntad? Parecía poco probable—. Eso de la mano. Significa…

—¿Quieres un beso?

Su mirada fue a sus labios, y ella deslizó su lengua por el labio inferior.

Su erección fue inmediata.

—Ahora que lo mencionas…

Avanzando hacia ella, él tomó su rostro entre las manos, sus pulgares acariciando la delicada piel de su mandíbula. Su sedoso cabello rozaba sus dedos, y ansiaba hundir el rostro en él mientras se sumergía en su interior. Pero eso iría en contra de la regla de "nada de sexo hasta después del matrimonio". ¿Cómo iba a soportar esperar tanto?

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, y sus labios se entreabrieron. Él le dio un beso que insinuaba el fuego que ardía dentro de él. Ella jadeó y abrió la boca, invitando a su lengua a rozar la suya. Presionándose contra él, ella le rodeó los hombros y profundizó el beso.

Él bajó besos hasta donde su cuello se encontraba con su hombro y mordisqueó suavemente la delicada piel. Incapaz de resistir, acarició sus pechos con sus naanans, enfocándose en las pequeñas protuberancias endurecidas en el centro. Deseaba poder quitarle la ropa y tocarlos de nuevo.

Saborearlos.

Cuando concentró la punta vibrante de un naanan en una de esas protuberancias, ella gimió y empujó sus caderas contra él. Su cabeza se echó hacia atrás, y su nombre salió de sus labios.

Maldición. Este cortejo iba a ser pura tortura.

Se separaron.

Ella se acarició los labios con los dedos, y él deseaba apartarlos y reemplazarlos con su boca una vez más.

El cortejo. Debía concentrarse en el cortejo, no en su abrumador deseo de voltearla, arrancar su ropa y hundirse en su interior.

Paciencia.

Con un gruñido de frustración, cerró la puerta del baño y abrió la última puerta centrada al final del pasillo. Esperaba ver los cuartos de la tripulación Al'kieern, que consistirían en hamacas suspendidas del techo y fosas a los lados de la habitación, donde los Al'kieern alados podían deslizarse en la arena traída de Mara. Los Al'kieern consideraban esta actividad restauradora.

En cambio, encontró lo que parecía ser los cuartos estándar del Comandante, compuestos por una cama, algunas mesas y un escritorio. La nave debía estar tripulada por droides, como el que Vork le había prestado para ir tras Mila, el cual los Al'kieern habían destruido.

Mila entró en la habitación delante de él.

—Vaya. —Pasó la mano por el cabecero de madera—. Si no lo supiera, creería que he sido lanzada a un cliché romántico. —Se giró, sonrió y apoyó el hombro en la pared junto a la gran cama.

—¿En qué sentido? —Él estaba intrigado por la noción de romance, pero no podía ver cómo esto podría ser un cliché.

—Solo hay una cama. Esa es una configuración común en las novelas románticas.

—¿Novelas de romance? —Se sintió un tonto por repetir sus palabras, pero aún no entendía.

—Me encantan. Las leía todo el tiempo en la Tierra. —Suspiró—. ¿Crees que los Crakairianos tiraron mis cosas en el crucero estelar? Llevaba un lector digital cargado con suficientes libros para toda la vida.

—Supongo que tus pertenencias te estarán esperando en Crakair cuando lleguemos.

—Oh, qué bien.

—Cuéntame más sobre este cliché romántico.

—Es un recurso común. La historia comienza de forma sencilla y luego se vuelve… caliente.

—¿Caliente?

—Sí, ardiente. Como estamos viviendo el cliché, tú y yo tendremos que acostarnos juntos en la cama, porque no hay otro lugar a bordo donde podamos dormir.

—Podría dormir en el...

Ella se dirigió hacia las puertas del armario y las abrió de golpe.

—Bingo.

—¿Bingo? —¿Quién era Bingo?

—Tal como pensé. —Aunque sus movimientos eran decididos, no parecía enojada. Si él no supiera mejor, diría que estaba divertida—. Armarios vacíos. No hay nada para ponernos. Pero en nuestro cliché romántico, aceptarás valientemente dormir sobre las sábanas y llevar tus bóxers.

—¿Qué son los bóxers?

—Ropa interior para hombres.

Sus naanans se desplegaron. No tenía bóxers con él. ¿Sería esto un problema? Tal vez ella quería que boxeara. ¿Un boxeador era alguien que luchaba en un ring? No podía ser correcto. Ropa interior, había dicho… Ah. Sí. Pequeñas prendas que las mujeres terrícolas usaban bajo su ropa. Ella lo había mencionado antes.

Como la mayoría de los Crakairianos, no llevaba nada debajo de sus pantalones y pieles. No había anticipado cortejar a Mila y no había pensado en traer un garlong, una prenda similar a un taparrabos que los Crakairianos usaban durante el cortejo. Podía improvisar, sin embargo.

—No temas. Estaré encantado de...

—Así que nos acostaremos durante un buen rato, ambos sin poder dormir. Escucharemos la respiración del otro. Intentaré no tocarte. Tú harás lo mismo.

Él dio un paso hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Estás segura de eso? Porque estoy dispuesto a tocarte. A lamerte.

Ella se abanicó el rostro.

—Eventualmente, nos quedaremos dormidos inquietos.

De hecho, esto no sonaba divertido. Boxear, acostarse mientras escuchaban respiraciones, seguido de una noche de sueño intranquilo. ¿Los terrícolas buscaban historias así por placer?

—De alguna manera, durante la noche —dijo ella—, buscaré tu cuerpo mayormente desnudo, porque…

—¿Lo harás? —Tal vez este cliché romántico podría ser algo bueno, después de todo.

Ella lo señaló con el dedo como si estuviera reprendiendo a un niño.

—Te buscaré porque tendré frío.

—Ya veo. —Él señaló con la mano el globo circular montado en el techo—. Podemos ajustar los controles de clima y no tendrás frío.

—Ese no es el punto, y no encaja con el cliché.

—Ya veo. —No lo veía. Pero se preguntaba cómo podría facilitar la parte de *que ella tuviera frío para que buscara su cuerpo casi desnudo* en este cliché.

—Nos despertaremos conmigo acurrucada encima de ti. Tú tendrás una erección, y estará presionando contra mi muslo.

—¿Quieres que presione mi dureza contra tu muslo? —Las mujeres terrícolas eran más complejas de lo que él había asumido. Los clichés románticos y presionar erecciones contra muslos debían ser parte de los rituales de cortejo de la Tierra. Lo haría si ella lo deseaba.

—Presionarla contra mi muslo no es el punto.

Frunció el ceño. ¿Entonces cuál era el punto? Se sentía como si estuviera a la deriva en un estanque de shartins, arrullado por las aguas cálidas, sin darse cuenta de que una estaba a punto de deslizarse y arrancarle una pierna.

La idea de presionar su dureza contra su muslo tenía mérito, pero el tono de burla en su voz le decía que se estaba perdiendo algo en la conversación. Pero se apresuró a tranquilizarla.

—Debo mencionar esto: si estamos juntos en una cama y tú te acuestas desnuda sobre mí, no puedo prometer que no tendré dureza… en mi cuerpo. Tampoco puedo prometer no presionarla contra ti. —Francamente, tendría acero ardiente entre las piernas si despertaba y ella estaba extendida sobre él. ¿Qué más se podía esperar de un macho vinculado por el destino? — Y ya sabes que separaré tus muslos y te daré el placer que mereces.

—Perfecto. Eso también está en el cliché romántico.

—Entonces continuaremos este cliché romántico. —Un día, leería una de sus novelas románticas. Sonaban intrigantes.

—Los chicos y las erecciones matutinas parecen ser algo constante —dijo ella.

—Si lo prefieres, puedo dormir en la silla del Comandante —dijo él—. Así evitarás que presione mi dureza contra tu muslo hasta que me digas que estás lista. —Se consoló con el hecho de que había aprendido algo sobre las erecciones y los rituales de cortejo terrícolas.

—No tienes que dormir en ningún otro lugar. Podemos compartir la cama. —Sus ojos

brillaban—. Prometo que me comportaré.

¿Qué pasaría si él no fuera capaz de comportarse? Su sangre de macho vinculado corría por sus venas, ansiosa por guiar cada una de sus acciones. Añádase a eso la sangre de sus ancestros Vikir. Esta charla sobre erecciones y presionarlas contra ella solo lo hacía más ansioso por tumbarla en la cama y arrancarle la ropa.

—No te follaré hasta que hayamos terminado el cortejo —dijo él.

Ella se acercó a él, y el aroma de su excitación lo golpeó en la frente como una patada de pezuña de un wildarn.

—Dime los pasos del cortejo y veamos qué tan cerca estamos de lo bueno.

Estaban muy cerca. El calor de su cuerpo lo hacía ansioso por llegar allí este mismo seclar.

—Un baño de zither.

—Te uniste a mí en mi baño cuando nos conocimos.

—No había zithers.

—¿Qué tan importantes son los zithers? —preguntó, inclinando la cabeza. Su lengua asomó para rozar su labio inferior, y él contuvo un gemido.

—Podemos prescindir de los zithers. Muchas veces no hay disponibles y el macho Crakairiano debe arreglárselas con otras… especies.

Su dedo trazó una línea por su garganta hasta la parte superior de sus pieles.

—Entonces llamemos a tu baño de zither un éxito.

—Tal vez.

—¿Qué sigue?

—Debo emulsionar tus pies, pero no tenemos boodler.

—¿Qué tal un masaje de pies en su lugar? A mí me sirven los dedos.

Hipnotizado por cada uno de sus movimientos, se encontró asintiendo.

—Haré eso. Masajearé tus pies.

—Después de la emulsión viene…

—Tú. —Era todo lo que podía hacer para mantener su mente bajo control. Mila había irrumpido en su vida y lo había puesto a girar.

—Oh, orgasmos.

Él tragó, confundido. Pero pronto se dio cuenta de que ella estaba bromeando. Se había deshecho en sus brazos. Sabía que había encontrado placer.

—Quedaste completamente satisfecha —gruñó.

—No estoy segura de que alguna vez esté completamente satisfecha, pero tienes razón, podemos marcar esa parte del cortejo Vikir —ella frunció el ceño—. ¿Qué más?

—Debo hacer un sacrificio en tu honor.

—Hecho. En la estación espacial, estabas dispuesto a morir para mantenerme a salvo.

La atrajo hacia sus brazos.

—Lo haría todo de nuevo.

—Kral —susurró ella contra su pecho—. Estuvimos tan cerca de perdernos. No quiero que algo así vuelva a suceder.

Puede que no haya forma de evitarlo, pero él lo intentaría.

—¿Hay algo más que debas hacer para completar el cortejo? —preguntó ella.

—Debo prepararte una comida tradicional mientras uso un garlong. Lo cual no tengo conmigo.

—Pero dijiste que te encanta improvisar.

—Soñaré con algo.

—Si implica ropa escasa, no puedo esperar —ella le guiñó un ojo.

—Y dormiré en la cama contigo esta noche, para cumplir esa parte del cliché de cortejo romántico terrícola.

Ella parpadeó un momento antes de que su rostro se relajara.

—Claro. No me quejo. Podemos saltarnos la tabla de separación.

Él frunció el ceño.

—Es una tradición de cortejo en la Tierra de hace cientos de años. Una pareja que estaba saliendo se metía en la cama, pero como no se suponía que debían tener relaciones sexuales, ponían una manta enrollada o incluso una tabla entre ellos para evitar que se tocaran.

—¿Pero entonces la mujer no puede tener un orgasmo?

Ella sonrió.

—Exacto. Algunas personas todavía usan esa práctica hoy en día, como los Amish.

—¿Cuál es el propósito de esa tabla de separación además de mantener a la pareja apartada?

—Creo que era común porque hacía mucho frío cuando salían. De esta manera, podían mantenerse calientes debajo de las mantas sin tocarse. Hablaban y se conocían mejor.

—No nos separaremos —dijo él firmemente.

—¡Porque estamos en un cliché romántico! —ella movió las cejas, y él deseó poder interpretar lo que eso significaba—. ¿Planeas algo más que dormir esta noche?

No podía. No hasta que el cortejo estuviera terminado. Pero le gustaba la idea de incorporar tradiciones de cortejo terrícolas en las vikirianas.

Se dirigió al único armario de la pequeña habitación y miró adentro. Vacío, tal como ella había dicho. Girándose hacia Mila, observó su rostro.

—¿Aceptas que no usaremos ropa en la cama?

Ella asintió con una sonrisa.

—Sí. Claro. Después de todo, nada de sexo, ¿verdad?

—Debo acostarme encima de la manta mientras tú te acuestas debajo.

—Ese es el plan del cliché romántico, pero podemos… —ella sonrió—. Improvisar.

Él avanzó hacia ella, y ella no retrocedió.

—Entonces prepárate para la fase final del cortejo. Pronto te prepararé tu comida mientras llevo una sustitución del garlong.

—Y yo felizmente comeré la comida —ella se frotó las manos—. Luego viene la mejor parte.

—La propuesta. Dirás que sí —sus palabras salieron en tono de broma.

—Presumido, pero lo aceptaré, porque estoy segura de que lo haré.

—No suenas completamente segura.

—Tal vez necesite más ejemplos de lo que puedes ofrecer.

La empujó contra la pared y dejó un rastro de besos a lo largo de su mandíbula. Ella tembló en sus brazos y soltó un gemido.

—Estoy feliz de mostrarte —mordió su hombro.

—Kral —dijo ella, agarrándose fuerte a sus brazos. Lo atrajo más cerca, pegando su cuerpo al de él—. No me hagas esperar mucho.

—No lo haré. Porque pronto, comenzaremos con el sexo.

CAPÍTULO 15

Mila

Él retrocedió y se dirigió a la puerta.

—¿Eso es todo? —dijo ella, profundizando su voz para imitarlo—. Te propondré matrimonio, mi compañera, y dirás que sí. Llevaré el garlong y prepararé la comida, y tú la comerás y la disfrutarás. Y luego, follaremos.

—Correcto —él mostró los colmillos.

Vaya. Ella se abanicó la cara. Esa sonrisa era de las que derretían bragas.

Las rodillas le temblaron, y no solo porque había pasado días corriendo en la nave o porque habían tenido que hacer el "Stairmaster" en su salida.

—¿A dónde vamos a partir de aquí? —dijo ella.

Él le acarició el cabello—. Estás cansada.

Ella bostezó—. Tienes razón. Probablemente podría caer dormida ahora mismo, pero por lo que sé, es media tarde. Apenas pude llevar la cuenta del tiempo mientras huíamos de los Al'kieern. —Los días se habían difuminado y solo el sol saliendo sobre el planeta bajo la estación le daba una idea de la diferencia entre mañana y noche.

—Es casi la hora de la cena, y la prepararé para ti de la manera tradicional del cortejo Vikir.

—Estoy deseando ver el garlong improvisado —él estaría casi desnudo. ¿Podría ella mantener las manos alejadas de él el tiempo suficiente para que cocinara, le sirviera y luego se arrodillara para proponerle matrimonio?

Asumiendo que los Crakairianos se arrodillaran en una rodilla. Bueno, Kral había estado cerca antes, cuando se había arrodillado entre sus rodillas. Su cabeza daba vueltas al recordarlo. Quería eso de nuevo, y había una manera de asegurarse de que ocurriera: tenía que comportarse lo suficiente como para dejar que él terminara su cortejo.

—Si quieres recostarte —dijo él—, te avisaré cuando la comida esté lista.

—Perfecto —una pequeña siesta la revitalizaría. Sus sinapsis no estaban funcionando como deberían.

Él salió de la habitación, y ella se quitó los pantalones y se dejó caer sobre la cama. Acurrucada de lado, miró sin ver la pared. La imagen que colgaba allí se desdibujó, y se fue quedando dormida…

Despertó cuando el colchón se movió y fluyó bajo su cuerpo, rodeando sus brazos y piernas. Sujetándola en su lugar.

Mierda. ¡Una cama de ataque!

Gritando, se apartó de la superficie y retrocedió lo más lejos que pudo de la cama monstruosa. La observó con los ojos bien abiertos mientras se alisaba de nuevo.

Kral saltó por la puerta, con su espada en mano, listo para cortar y destrozar. Se agachó

dentro de la habitación y miró alrededor, su mirada feroz—. ¿Dónde está la amenaza?

A ella se le cayó la mandíbula. Santo cielo, ¿qué estaba vistiendo él?

—¿Qué estás…? —sacudió la cabeza. A estas alturas, no importaba qué llevaba puesto él. La cama la había atacado. Señaló—. Apuñala la cama. Apuñálala fuerte.

Él se enderezó y su brazo con la espada cayó a su costado—. ¿Quieres que hiera la cama?

—¡Hazlo rápido antes de que me salte encima otra vez!

—La cama no saltará sobre ti.

—Está viva. Es algún tipo de criatura y trató de asfixiarme.

Él envainó la espada a lo largo de su espalda—su espalda desnuda—y se dirigió a la cama. Ella trató de no distraerse con sus perfectas nalgas balanceándose frente a ella, pero maldición... ¿Notaría él si las tocaba?

Él era verde por completo, y completamente sin vello. Y escamoso, cada segmento era del tamaño de la uña de su pulgar, aunque las escamas de sus hombros eran más grandes. Ella ya sabía que sus escamas eran más suaves de lo que parecían.

¿De dónde había sacado Kral esa tira de cuero, y por qué la estaba usando? No es que ella se quejara, porque se veía increíblemente apetecible con solo un trozo de cuero.

Inclinándose hacia adelante, él presionó las manos sobre la cama.

Caray. Ahora ella podía ver indicios de su miembro. La forma en que él estaba parado creaba una sombra que hacía parecer que tenía el tamaño de su antebrazo, pero eso no podía ser cierto.

Él se volvió para mirarla, y el frente de su diminuta prenda se movió.

Doble caray. No había sido una ilusión. No era una sombra. Ella había vislumbrado la realidad.

Era del tamaño de su antebrazo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de medio lado—. Mila.

¿Cómo iba a caber eso dentro de ella? ¿Y por qué estaba mojada al pensar en el esfuerzo que tomaría introducirlo?

—Mila —él cruzó la habitación con sus músculos flexionándose y se detuvo frente a ella. Con una suave sonrisa, le levantó la barbilla con un dedo—. Mila.

—¿Sí? —sus músculos parecían no tener fin. Él no tenía abdominales marcados. Tenía todo un bloque de crestas a través de su abdomen. ¿Cómo se sentirían bajo sus dedos?

—Mila.

—¿De dónde sacaste ese atuendo? —No se podía llamar atuendo. Parecía más bien un trozo de tela marrón claro que él había metido entre las piernas. La tela no era ancha. Debió haberle costado un esfuerzo creativo meter su miembro dentro de esa especie de calzón. Una tira de tela rodeaba su cintura como un cinturón, sosteniendo los otros trozos bajos sobre sus caderas.

—No traje un garlong —dijo él pacientemente.

—¿Vas a cocinarme una comida con eso puesto? ¿Puedo mirar?

—Lo iba a hacer, pero gritaste —su mirada cayó sobre la cama.

Ah, sí, la cama-monstruo—. Intentó comerme.

—La cama está hecha de acklor, una planta que se moldea a la forma de quien se recuesta sobre ella.

—¿Una planta? —Curiosa, se movió alrededor de él y se acercó lentamente, lista para saltar hacia atrás si se abalanzaba—. ¿Por qué?

—Porque es cómoda.

Él sonaba perplejo, pero ella también lo estaba.

—Estoy demasiado cansada —dijo—. Debe ser eso.

—Es de esperar después de todo lo que has pasado —él se acercó por detrás y se colocó tan cerca que ella podía sentir el calor que irradiaba de su piel—. Sabes que te mantendré a salvo mientras duermes.

—¿Estás seguro de que no tendría más sentido apuñalar la cama? Para, eh, mantenerla bajo control.

—Recuéstate —dijo él con un tono tranquilizador que la hacía querer acurrucarse en sus brazos y quedarse dormida por un rato—. Deja que las fibras de la planta amortigüen tu cuerpo. Mientras duermes, te darán un suave masaje. Despertarás después de tu siesta renovada y lista para lo que venga después.

—¿Qué es lo que viene después? —ella subió a la cama, intentando no estremecerse mientras el colchón literalmente fluía bajo sus manos y rodillas, acomodando su peso como una espuma de memoria viviente.

—Prepararé tu comida. La comerás y la disfrutarás, como sabiamente dijiste antes —el humor se reflejaba en su voz—. Luego procederemos a la siguiente parte del cortejo Vikir.

Ella se dejó caer de lado. Mientras siguiera recordándose que el colchón era una planta y no el monstruo del lago Ness que surgía de las profundidades para engullirla de un bocado, podría apreciar lo cómodo que era. Relajándose sobre su espalda, cerró los ojos. La cama-monstruo fluyó bajo ella, brindándole apoyo en la zona lumbar y levantando ligeramente sus pies. Sí, esto iba a estar bien.

—¿Cuál es la siguiente fase del cortejo Vikir, después de la comida? —le gustaba la idea de que él le sirviera con su diminuto taparrabos. Quería ver sus escamas, además de algunas otras partes de su cuerpo.

—El cortejo se habrá concluido.

Sus ojos se abrieron de golpe—. ¿Qué?

Él sacó su espada de la vaina y la colocó cerca de la cama. Luego se subió a la superficie y sobre ella, apoyando las palmas a ambos lados de sus hombros. Sus naanans rozaban su cuello y los lados de sus senos. Las puntas… Al diablo con las puntas y su mecanismo de aleteo. Esos pequeños serían muy útiles más tarde. Dos de ellos habían jugado con sus pezones. A ella le había gustado. Quería que lo hiciera de nuevo.

Espera. —¿Podrías repetir todo eso? —preguntó—. Estaba distraída.

Inclinándose hacia adelante, besó su mandíbula y descendió por su cuello hasta donde la parte superior de sus pechos quedaba al descubierto por su mal ajustada camisa Al'kieern.

—Después de que haya servido la comida formal con un garlong, el cortejo se da por concluido.

—¿Entonces no tenemos que hacer que esto dure un año? —Eso era lo que había leído.

—¿Quieres que te corteje durante un año?

—No creo que necesite tanto tiempo para decidir si quiero estar contigo o no —dijo, sonriendo, mientras ponía las manos sobre sus hombros.

—Después de la comida formal, planeo lamerte hasta que llegues al orgasmo.

Su corazón se le subió a la garganta, ahogando sus palabras. Lo único que pudo hacer fue balbucear.

—Si estás de acuerdo, claro —añadió con un brillo travieso en los ojos.

—¿Estás bromeando? —¿Cómo no iba a estar de acuerdo con eso? Era en lo único en lo que había podido pensar fuera de escapar de la estación.

—¿Bromearía contigo?

—¿Tal vez? —¿Cómo lo sabría? A veces sentía que lo había conocido toda la vida, pero en

realidad solo había pasado un día. Claro, había matado alienígenas con él. Escapado de una estación espacial en una explosión con él. Y le había dado el mejor orgasmo de su vida. Pero aun así…

Él acarició con la nariz el hueco entre sus pechos.

—Hueles delicioso.

Su piel hormigueaba dondequiera que él la tocara. Y también donde no la tocaba.

Su lengua salió y recorrió su piel, erizándole la piel. Él empujó la camisa suelta hacia abajo hasta que solo sus pezones sostenían la tela en su lugar. Trazando su lengua sobre la tela, la tentó cerca de su pezón.

—¿Sí o no? —Mordiendo la parte superior de su camisa con los colmillos, la bajó lentamente, dejando al descubierto su pecho.

—Espera. ¿Qué estás preguntando?

—Dar por terminado el cortejo después de la comida y la emulsión.

—¿Y si no me gusta lo que sirves? —Estaba bromeando. Sería feliz comiendo galletas si él las servía con ese atuendo. En cuanto a la emulsión, seguro sería divertido, ¿verdad?

—Si no disfrutas de la comida, te haré otra cosa.

De hecho, la barra de acero entre ellos podría ser suficiente para un festín.

Su respiración se detuvo mientras miraba sus pechos.

—Eres el ser más hermoso que he visto en mi vida.

No tenía deseos de cubrirse o de subir la camisa. Desde el momento en que vio a ese hombre parado al pie de su bañera, lo había deseado.

—Sí —susurró.

Su mirada se encontró con la de ella, con sus pupilas negras devorando el anillo azul oscuro que las rodeaba.

—¿Sí?

—Sí. Terminemos esto después de la comida.

—Entonces debería comenzar con la comida pronto.

—Primero lo primero —dijo, tirando de él para un beso abrasador—. Hay algo que necesito hacer contigo.

CAPÍTULO 16

Kral

Gruñó y mordisqueó la dulce carne en la parte superior de su pecho expuesto.

Ella se estremeció y arqueó su cuerpo para encontrarse con él.

Pero luego abrió los ojos y le dedicó una sonrisa que le hizo temblar los pies.

—Hay algo que me gustaría hacerte.

Lo empujó suavemente hasta dejarlo de espaldas en la cama, luego se subió encima de él.

—¿Por qué tú tienes toda la diversión?

Él mostró los colmillos, disfrutando de ese lado juguetón de ella.

—¿No te diviertes tú también?

—Todo ha sido increíble —dijo ella con un suspiro—. Bueno, podría haberme saltado algunas cosas, pero antes te quedaste con una erección. Creo que todavía está esperando por más.

—Es el destino de mi vida últimamente —admitió él.

—Ya no más —ella lo besó y luego se desplazó por su mandíbula hacia su cuello, siguiendo con su boca las venas que latían en su garganta.

Él cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de sus labios besando su pecho y abdomen. Su largo cabello le hacía cosquillas, y empezó a ver el beneficio de las melenas en lugar de los naanans.

Cuando sus dedos juguetearon con los nudos de su improvisado garlong, él abrió los ojos.

—Debo llevar esto puesto cuando cocine tu comida y te alimente.

—Considera esto un aperitivo.

¿Aperitivo? No estaba seguro de qué quería decir con eso, pero…

Joder.

Ella había desatado los nudos de su improvisado garlong y lo había apartado. Su pene, algo que siempre le había avergonzado un poco por su gran tamaño, se liberó.

—Vaya —dijo ella.

Él apenas pudo contener un estremecimiento.

—Está bien —añadió ella.

Esperó a que le dijera que era demasiado grande. Demasiado. Algo que no quería tocar, y mucho menos invitar dentro de su cuerpo.

Su mirada se cruzó con la de él.

—Eres hermoso.

Él abrió la boca con sorpresa, y una carcajada involuntaria salió de sus labios.

—Los hombres no son hermosos.

—Bueno, tú lo eres.

—Mila… —Su corazón sintió que iba a explotar. Esta mujer... Su compañera. No podía

esperar para reclamarla.

Cuando sus dedos acariciaron su longitud, no pudo evitar que sus caderas se sacudieran hacia arriba.

—Creo que necesito un garlong —dijo ella.

Él no podía hablar. Todo lo que podía enfocar era sus dedos acariciándolo, su pulgar deslizándose por el líquido preseminal que se acumulaba en la punta.

—¿Por qué…? —luchó por despejar su mente—. ¿Por qué necesitas un garlong?

Ella le sonrió.

—Porque estoy a punto de darme un festín.

Deslizándose más abajo en la cama, se colocó entre sus piernas. Cuando bajó la cara y tomó la cabeza de su pene en la boca, él estuvo a punto de explotar.

—Heille —susurró.

Ella lo miró.

—¿Está bien? Honestamente, solo lo he intentado unas pocas veces y no sé si lo hago bien.

—No te detengas —dijo él.

Una sonrisa pícara curvó sus labios.

—No planeo hacerlo.

Ella deslizó ambas manos por su pene y exhaló sobre la punta antes de introducir al menos la mitad dentro de la cálida humedad de su boca. Debía estar hasta la mitad de su garganta, pero maldita sea, él quería más.

—Eso se siente increíble. —Sus dedos se entrelazaron en su cabello y, al principio, pensó en apartarla. La sensación de que ella lo succionaba... Su lengua recorriendo el glande... Sus dedos acariciando sus testículos... No podía soportarlo. Iba a perder el control. Se avergonzaría al eyacular todo lo que tenía en su boca.

Pero en cuanto tocó su sedoso cabello, no pudo resistirse a acariciar su cabeza y acercarla más.

Ella tomó más, bajando y subiendo. Succionando. Maldita sea. Su mente se disparó hacia las estrellas.

Lo soltó con un suave sonido y sonrió.

—Hombre, tienes un sabor increíble. Como canela. Mi especia favorita.

No sabía qué era la canela, pero si a ella le gustaba, se pondría en contacto con la Tierra y compraría tanta como fuera posible.

Inclinándose hacia adelante, ella tomó más de él dentro de su boca. No esperaba que lo tomara todo, no sin atragantarse.

Su lengua se deslizó por la parte superior y los lados de su pene mientras lo estimulaba. Las paredes de su boca lo rodeaban, acariciando su longitud.

Él se empujaba hacia arriba mientras ella descendía. No podía evitarlo. Mataría por estar enterrado dentro de su cálido cuerpo.

Ella aceleró el ritmo, como si quisiera que él se corriera.

Heille. Nunca había esperado algo como esto; nunca había soñado con algo así. Nadie lo había hecho… Su boca…

Su cerebro se apagó mientras se sumergía en sí mismo y saboreaba cada movimiento de su lengua, cada vez que ella deslizaba sus labios por su miembro. Sus testículos se tensaron, y su pulso retumbó en sus oídos. Si no se detenía, iba a…

Ella lamió el glande y mordió suavemente.

Él explotó, sus gruñidos guturales resonaron en la habitación.

Ella siguió succionando y metiéndolo profundo, las vibraciones de sus gemidos lo volvían loco.

Él tembló y siguió descargando dentro de ella mientras ella lo llevaba al borde una vez más. No era posible. Nunca había…

Solo su compañera haría esto por él.

Sentada sobre sus talones, Mila sonrió. Sus mejillas rosadas y labios hinchados eran prueba de lo que había estado haciendo.

—¿Lo hice bien?

Con un gruñido, él se levantó y la volteó sobre su espalda. Le arrancó la ropa, abrió sus muslos y enterró su boca entre sus piernas.

Ella apretó sus naanans y echó la cabeza hacia atrás mientras él la volvía tan loca como ella lo había hecho con él.

Sus gritos pronto siguieron a los de él, absorbidos por el ambiente que los rodeaba.

CAPÍTULO 17

Mila

—Hora de tu comida, mi compañera —dijo Kral. Le dio una palmada en el trasero. No fue fuerte, solo lo suficiente para traerla de vuelta a esta zona horaria. Tal vez. Su cerebro era un lío, y su cuerpo estaba más flojo que un fideo demasiado cocido.

Su amigo mono alienígena se subió a la cama cerca de su cabeza.

—¡Maldición! —dijo ella, tirando de una sábana para cubrirse—. ¡Chee-chee, cúbrete los ojos, amigo! ¡Estoy completamente desnuda!

—Y me alegra que lo estés —dijo Kral. Había vuelto a ponerse la espada, aunque nada más de la cintura para arriba—. Dudo que a tu amigo meerdreg le importe, ya que él también está desnudo.

Durante el tiempo que ella había pasado en la tierra de la intensa satisfacción, Kral había vuelto a enrollarse el trozo de cuero, ocultando todas las partes buenas.

—Vístete, mi compañera —dijo él—. O no. Luego únete a mí en el comedor.

—¿Qué cocinaremos?

—*Yo* cocinaré, y *tú* lo disfrutarás.

—¿Eso es una orden o una petición?

—Ambas —dijo, con sus musculosos brazos cruzados sobre su igualmente musculoso pecho.

—Quiero panqueques. ¿Puedes hacer panqueques? Con mucha mantequilla y cubiertos de jarabe.

—Los panqueques tendrán que esperar hasta que estemos en Crakair y pueda obtener los ingredientes necesarios.

—Supongo que no hay árboles de arce en Crakair.

—¿Qué es arce?

—Drenamos la savia de los árboles en primavera y luego la hervimos para hacer un jarabe más espeso. Hervir intensifica el sabor.

—Tenemos algo similar llamado seereng. Te haré seereng cuando estemos en mi aldea Vikir.

—¿Es dulce? —Le lanzó una mirada, disfrutando de su fornida figura apoyada en el marco de la puerta. Maldita sea, tenía una boca y una lengua creativas. Nunca se cansaría de él.

—Lo es.

Chee-chee trepó sobre su cabeza y se acomodó a su lado. Empezó a lamerse las patas, y su mirada seguía saltando entre ella y Kral, como si estuviera siguiendo su conversación.

—¿Crees que sabe lo que hemos estado haciendo en la cama? —Dios, qué vergüenza.

—Tal vez —Kral se rio—. Podría olerlo en el aire.

Doble vergüenza. ¿Podría su cara ponerse más roja?

—Ugh. No lo digas —dijo, girándose de espaldas, pero asegurándose de que la manta

cubriera sus pechos.

—¿Crees que él no lo hace también?

—¿Comerle a una mujer? —resopló—. Lo dudo.

—Imagino que tiene una compañera o desea una —Kral inclinó la cabeza hacia el animal—. ¿Quieres una compañera, Chee?

—¡Cheep! —dijo el animal.

No sabía cuánto entendía Chee-chee. Sin embargo, los otros habían descubierto cómo salvarla a ella y a Kral de los Al'kieern y luego se lanzaron a una nave como si supieran que los llevaría a casa.

Chee-chee y sus amigos probablemente eran más inteligentes que ella.

Kral hizo una reverencia, de alguna manera haciendo que el gesto se viera sexy. Tal vez porque estaba casi desnudo. Cualquier cosa que hiciera se vería sexy si tenía poca ropa puesta.

—Prepararé algo similar a tetria.

—¿Qué es tetria?

—Es un vegetal azul que sabe un poco a pescado.

—Vaya. Qué lástima que no tengas los ingredientes correctos a bordo para hacer tetria.

—No temas —dijo, y por el brillo en sus ojos, sabía exactamente lo que ella estaba pensando —. He encontrado un sustituto razonable.

Antes de que pudiera preguntar qué sería, él ya había salido de la habitación.

Se estiró y luego acarició a Chee-chee, quien se inclinó hacia su mano y emitió un sonido en su pecho que sonaba un poco como un sonajero de serpiente combinado con el ronroneo de un gato. Qué combinación tan extraña.

—Supongo que debería levantarme y ver si Kral necesita ayuda en la cocina —le dijo a Chee-chee. O *mirarlo* mientras cocina. Podría sentarse, poner los pies en alto y verlo moverse... digo, trabajar.

Se deslizó hacia el borde de la cama y recogió su camisa del suelo. Sus pantalones estaban al lado, donde los habían arrojado durante su reciente encuentro en la cama con Kral. Al menos él había tenido su parte de orgasmos esa noche.

Se puso los zapatos. Era difícil creer que el calzado elegante que su droide de protocolo había insistido en que usara aún resistiera. Aunque, se había roto los tacones. No había manera de correr en un curso de obstáculos con esos zapatos.

Encontró a Kral en la pequeña cocina y se quedó en la puerta mirando. No parecía darse cuenta de que ella estaba allí, lo que le dio la oportunidad de mirarlo en su diminuto atuendo de cuero. Hombre, tenía un trasero de acero.

Bueno, y algunas otras partes de acero, aunque la que más recientemente había tenido un encuentro cercano con ella no estaba erecta. Por el momento.

Tarareando la misma melodía con la que había realizado su danza con la espada, se movía de un lado a otro frente a una superficie alta y delgada con una sartén de aspecto extraño colocada en la parte superior ancha. Trozos de algo más verde que la piel de Kral—aunque afortunadamente no escamoso, al menos desde lo que ella podía ver—chisporroteaban en la sartén.

—Eso es una estufa, ¿no? —preguntó. Había planeado esconderse en la puerta y observar, pero no pudo evitar hablar—. Es la cosa más rara que he visto.

—No es una estufa.

—Sin embargo, está cocinando tu comida —No podía identificar el olor. Pescado... tal vez. Y algo dulce, como piña o cítricos.

—Parece que los Al'kieern han quitado la estufa de esta nave —señaló un espacio vacío entre dos mostradores.

—Es lógico que robáramos la única nave sin estufa —Se inclinó hacia su lado—. Sin embargo, has encontrado la manera de cocinar.

—Tuve que hacerlo —mientras algunas de sus naanans le acariciaban la espalda, agitó la mano hacia la comida—. Son venenosas a menos que se cocinen completamente.

—Vaya. Y vamos a comerlas.

—Te encantarán —mostró sus colmillos, y parecía tan emocionado como un niño que no pudo hacer otra cosa que devolverle la sonrisa. Si eso lo hacía feliz, ella comería un plato lleno. No le serviría nada que la lastimara.

—Mi madre solía servir algo parecido como un regalo especial para mi cumpleaños.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En dos semanas.

—¿Cuántos años cumplirás? —No había pensado en su edad, pero ahora tenía curiosidad.

—Cumpliré veintinueve yaros.

—Por primera vez.

Él inclinó la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Por qué por primera vez?

—Es una broma. Puedes decir que tienes veintinueve por primera, segunda o quinta vez si no quieres decir que tienes treinta.

—¿Por qué no desearía tener treinta? Con la edad viene la sabiduría y la aceptación de uno mismo. Esto es algo que recibiría con gusto en mi vida.

—¿Qué no aceptas de ti mismo? —le preguntó—. A mí me pareces perfecto.

Él resopló.

—Estoy lejos de ser perfecto.

—No necesitas serlo. Yo... yo te quiero. Mucho, tal como eres.

—Mila —gruñó él. Dejando su estufa improvisada, cruzó la pequeña habitación y la besó, sosteniendo su rostro entre las manos—. Me desarmas y luego me vuelves a armar.

—Creo que así debe ser, porque tú haces lo mismo conmigo.

—Bien.

Demonios, sonaba arrogante. Pero le gustaba. Era puro Kral.

—Tenemos que celebrar tu cumpleaños —dijo ella—. Hacer una gran fiesta. ¿Qué más hacía tu madre para hacer especial tu día? —Esperaba que hablar de esto lo hiciera feliz. Así había procesado ella la muerte de su padre: enfocándose en las cosas buenas y tratando de no pensar en las malas.

—Me cantaba una canción que había inventado para despertarme por la mañana.

Mila rio.

—Imagino que eso era divertido cuando tenías tres años, pero menos cuando creciste.

Sus labios se curvaron brevemente hacia arriba, y ella supo que él estaba perdido en el pasado.

—Sí. Gemía y me quejaba, haciéndole creer que era mucho más maduro para algo tan tonto —su mirada se encontró con la de ella—. Ojalá...

Ella lo abrazó por la cintura.

—Lo entiendo. Yo también lo desearía. Más de lo que debería.

—Ambos hemos sido rotos por lo que ocurrió en nuestro pasado, pero tal vez... —Le dio un beso dulce—. Tal vez ahora seremos completos juntos.

Este hombre la desarmaba, pero le encantaba.

Vaya, ya estaba medio enamorada de él. Quizás más que medio.

Él se apartó y regresó a revolver su comida.

—¿Tienes salsa de tomate? —preguntó ella.

Él le lanzó una mirada de reojo, luego, usando un cuchillo, pinchó con cautela los trozos de comida como si temiera que lo mordieran.

—¿Qué vamos a atrapar...?

—A nosotros mismos —le dio una suave sonrisa, sus emociones aún a flor de piel—. La salsa de tomate es un condimento. Se hace de un vegetal, los tomates, aunque supongo que no son un vegetal. Son una fruta.

—¿Y disfrutas esta fruta-vegetal con tus comidas?

—Le pongo salsa de tomate a todo —dijo con un tono melancólico, hasta que recordó que había metido algunas botellas en su bolso. Cuando llegaran a Crakair, la encontraría, ¿verdad?

Siguió pensando en lo divertido que sería probar esas prendas comestibles de la despedida de soltera que estaban organizando cuando los Al'kieern abordaron la nave y la secuestraron a ella, a Lily y a Taylor. El consolador no sería necesario.

Kral apartó la sartén del fuego con sus manos desnudas.

—No hay platos para servir esto, pero podemos comerlo juntos de la sartén.

—Suena divertido.

—¿Por qué no vas al comedor antes que yo? —Señaló el pasillo con la cabeza—. Llevaré el plato.

—Genial —se frotó el estómago hambriento, sin recordar cuándo había comido por última vez.

—Por favor, siéntate —dijo él, señalando el área que había despejado en el centro de la habitación. Había dispuesto cojines en el suelo, y ella se dejó caer sobre uno.

—¿Un picnic? —preguntó ella—. Esto se ve bien.

—¿"Pick el nick"? —preguntó él.

Ella contuvo una carcajada.

—Espero que no. Un picnic es cuando la gente lleva una comida afuera, al parque o a una colina. Ponen las cosas, se sientan en el suelo y disfrutan de la comida.

—Entonces sí, esto es un pic-nic —mostró sus colmillos—. Era una broma. Lo sabía.

Ella sonrió.

—Lo imaginé. Tu inglés me ha impresionado desde el momento en que te conocí. Sé que nuestros traductores hacen gran parte del trabajo, pero no habías tenido mucha interacción con terrícolas, ¿verdad?

—No la había tenido —colocó la sartén en el suelo frente a ella, luego se sentó en el cojín a su lado. Levantando una jarra, la agitó en su dirección—. ¿Bebida?

—¿Qué es?

—Se supone que es quarklet, una bebida frutal acuosa que disfrutan la mayoría de los crakairianos.

—¿Se supone que es?

Sus colmillos brillaron de nuevo.

—Tuve que improvisar.

—Me gusta un hombre que piensa rápido.

Se inclinó cerca, y cuando le susurró al oído, ella se estremeció de una manera agradable.

—Pienso *muy* rápido.

—A veces, ser rápido no es lo mejor —dijo ella, sin esfuerzo en ocultar que lo decía en sentido sexual.

Sus ojos brillaron.

—En eso, me tomo las cosas con calma. Sentirás todo.

Vaya. Se abanicó la cara. No estaba segura de cuánto tiempo podría resistir solo con los preliminares. Quería el plato fuerte.

Céntrate en la comida. Una vez que terminen, solo quedará la emulsión de sustitución.

—¿Tenedor? —dijo con entusiasmo. Ese utensilio haría más fácil comer los trozos verdes.

—Te daré de comer.

Vale, eso podría ser divertido. Eso es lo que hacían en las películas románticas, ¿no? Le encantaban las que se desarrollaban en lugares exóticos, y no había nada más exótico que una nave alienígena y un chico alienígena atractivo sentado a su lado.

—Oh, esta es nuestra primera cita oficial —dijo ella.

—Si estuvieras saliendo en la Tierra, ¿qué harías con el hombre?

—Salir a comer, así que prácticamente lo mismo.

Él infló el pecho y sus ojos brillaron.

—Pero él no emulsionaría tus pies después.

—Tienes razón —¿Qué implicaba exactamente una emulsión? El manual que había estudiado en la nave no describía el proceso, y no había pensado en preguntar a su droide de protocolo. Pensó que lo descubriría cuando ocurriera. No es como si pudiera evitarlo—. Pensé que habías dicho que no tienes un "booger".

—"Boodler".

—Ah, sí. Un boodler. ¿No necesitas uno para emulsionar mis... pies? —Una parte de ella lo esperaba con ganas. Esta era una gran aventura. Si se acobardaba, se perdería las mejores partes.

Chee-chee saltó a la habitación y se subió a su regazo. Se dio la vuelta y se sentó como si ella fuera una silla. Extendiendo la mano, agarró un trozo de la comida.

—Espero que hayas cocinado suficiente para tres —dijo riendo mientras Chee-chee roía la comida.

—Hay de sobra —Kral levantó un trozo—. ¿Quieres probar?

—Quiero. ¿Qué es exactamente?

—Como no había comida en la nave, tuve que improvisar.

—Cocinaste algo. Lo estamos llamando comida. ¿Cómo es posible si no había comida en la nave?

—Fui... —Frunció el ceño—. ¿Cuáles son las palabras para la actividad? Fui a luchar.

Ella se quedó en blanco. ¿Luchar?...

—Quizás, explícalo, y puedo darte la palabra correcta.

—Me metí a la fuerza en uno de los trajes diminutos de los Al’kieern y salí de la nave.

Ella retrocedió.

—¿Estamos viajando a velocidad warp, verdad?

—Reduje la velocidad de la nave brevemente.

—Está bien —parpadeó, incapaz de imaginarlo saliendo de la seguridad del interior. En todas las películas de ciencia ficción que había visto, cosas horribles les pasaban a quienes salían de la nave. Eran los prescindibles, los que se sacrificaban por el resto de la tripulación. O salían a luchar contra el monstruo alienígena, y los dos eran arrastrados al espacio. De nuevo, los prescindibles. Este no era Kral—. Así que te pusiste un traje espacial de Al’kieern —ni siquiera preguntaré qué hiciste con los agujeros extra para los brazos— y saliste… ¿a flotar sin rumbo?

—Sí. Floté sin rumbo por los wae-lyns.

—¿Qué es un wae-lyn? —Vio a Chee-chee terminar el trozo de comida y tomar otro.

—Una criatura que vive en el espacio.

Su mirada fue atraída por la escotilla circular en lo alto de la pared exterior.

—¿Cómo sobrevive?

—Viven entre cúmulos de meteoritos, ocultándose a la vista, comiendo polvo filtrado del aire y recolectado en la superficie del meteorito.

—¿Así que son como una langosta espacial? —Podría acostumbrarse a eso. No habría mantequilla o mayonesa, pero una chica no podía ser exigente en el espacio.

—No sé qué es una langosta, pero los wae-lyns son azules y tienen grueso pelaje.

—Suenan adorables.

Él se levantó y se dirigió a un armario montado en una pared. Abrió la puerta, metió la mano y sacó una cosa parecida a una babosa del tamaño de un pony pequeño y la sostuvo en alto.

—¿Adorable? —La criatura colgaba de su mano, con sus múltiples patas parecidas a las de un ciempiés moviéndose rápidamente.

Ella retrocedió, pero la curiosidad y el hambre superaron su asco.

—Parece algo que aplastarías si lo encontraras en tu jardín. Bueno, si fuera más pequeño —ugh, no era un buen pensamiento. Lo apartó antes de pensar demasiado en ello.

—No encontrarás wae-lyns en Crakair.

—Dormiré mejor por las noches —le hizo un gesto a la criatura, tratando de no mirarla demasiado—. Un pescado, y me gusta comer pescado. Sí, pensaré en ello como si fuera un pescado. ¿Eso es el desayuno?

—Con el que cociné y este, deberíamos tener suficiente comida hasta que lleguemos a Crakair, incluso con tu pequeño amigo atiborrándose con mi comida preparada en garlong.

Ella miró hacia abajo.

—Dios, Chee, ¿dónde lo metiste? —Él había comido casi la mitad del plato. Acurrucado en su regazo, Chee-chee eructó. No pudo evitarlo; se rio y acarició la cabeza del pequeño—. ¿Vas a dormir ahora, bebé? —Mirando a Kral, quien había vuelto a guardar al wae-lyn en el armario y regresaba hacia ella, sonrió—. Está pesado.

Él extendió los brazos.

—¿Te gustaría que lo llevara? Puedo ponerlo en la silla del Comandante. Podemos dejarlo a cargo.

—Claro, ¿por qué no? Estamos comiendo una langosta espacial. ¿Por qué no dejar que el mono espacial maneje la nave?

Kral tomó a Chee-chee y llevó al somnoliento mono fuera de la habitación, regresando unos segundos después.

—Parece estar contento jugando a ser comandante.

—Probablemente no sea un juego —señaló su cabeza—. Es inteligente.

Kral se dejó caer en el cojín a su lado. Levantó un trozo de carne hacia su boca.

Ella se echó hacia atrás y lo observó.

—Son… sé que no debería ser tan delicada. Tenemos que comer. Las langostas espaciales están ahí fuera, listas para ser pescadas.

Su boca formó una O.

—¡Oh! Ya sé lo que quieres decir. Fuiste a pescar.

—Sí, pescar. Eso es. No floté sin rumbo.

—Con suerte, no mucho —dijo con una risa, pero su humor se tornó más serio—. Supongo

que preferiría que fuera un insecto y no una mamá o un papá con pequeños wae-lyns esperando en un meteorito a que mamá traiga el tocino. O polvo, en el caso de los wae-lyns.

—Son organismos simples, como las plantas.

—¿Tienen sentimientos? Quiero decir, no soy vegetariana. Me encanta la carne. Pero por alguna razón, esto me da reparo.

—El wae-lyn es una planta en movimiento. Esa es la mejor descripción. Muchos crakairianos solo comen vegetales.

Ella relajó los hombros.

—Entonces estoy de acuerdo —abrió la boca y él le metió un trozo, observándola atentamente mientras masticaba.

Era gomoso, casi como masa de pan, y la textura era vagamente como la de un malvavisco con hebras fibrosas en su interior. Había olido a pescado, y sabía cómo olía, aunque solo había un ligero toque a marisco. El sabor dulce estalló en su lengua, y su estómago gruñó en anticipación.

—Es bueno —dijo después de tragar.

Los hombros de Kral se relajaron.

—Sí. Me alegra.

Le dio otro bocado y comió un poco él mismo. Terminaron el plato, y Kral se levantó para llevarlo a la cocina. Regresó a la habitación con algo del tamaño de su pecho que parecía una esponja.

—¿Postre? —preguntó, con más esperanza de la que debería tener. ¿Estaba mal que extrañara el helado?

Kral miró el objeto.

—Este es mi boodler improvisado.

—Ah, la emulsión. Estoy… ansiosa por probarla. ¿Qué tengo que hacer?

—Te recostarás y me dejarás hacer todo.

Sonaba sexy, pero tenía la sensación de que no lo era.

Tomando su almohada, la arrojó detrás de ella y se recostó, apoyando la cabeza en la superficie mullida.

Él se agachó junto a sus pies.

—¿Cuál es el propósito de la emulsión? —preguntó.

—Te lo contaré en una historia. Hace mucho tiempo, una reina de los Vikir prometió casarse con quien pudiera hacer felices a sus pies doloridos.

—Lo entiendo —dijo Mila con una ligera sonrisa—. Sin pies felices, no vas a ninguna parte.

Juraría que Kral soltó una suave carcajada, pero no estaba segura, ya que había cerrado los ojos.

—¿Qué hizo para que sus pies fueran infelices? —preguntó Mila—. Si tuviera que adivinar, estuvo de pie todo el día, cumpliendo con deberes reales.

—Es cierto.

—Supongo que alguien usó un boodler para hacer felices a sus pies —había una película sobre pies felices, pero no podía recordar el nombre.

—Vas un paso adelante de mí. Si me permites terminar —lo dijo con toda seriedad, pero el humor se reflejaba en su voz.

—Oh, lo siento —agitó su mano grandiosamente. No, como una *reina*—. Por favor, continúa.

—Los hombres llegaron de todas partes, ansiosos por ganar el corazón de la reina Vikir.

—El camino al corazón de una mujer es a través de sus pies.

Él rio.

—Es cierto —le quitó los zapatos—. El primero en llegar no tenía imaginación.

—No era tan creativo como tú.

Kral puso un puño contra su pecho.

—No como yo.

—Si te hubiera visto, sus pies estarían cantando.

—Haré que *tus* pies canten.

—Hazlo —cerró los ojos de nuevo para sumergirse por completo en la historia.

—El primer hombre en llegar también era un príncipe de Crakair. Más hombres llegaron, y se anunció que cada uno tendría una oportunidad para agradar a la reina Vikir. Si fallaban, serían desterrados.

—Parece drástico por unos pies infelices.

—Era la manera de los Vikir.

—¿Qué pasó?

Los dedos de Kral hicieron cosquillas en la planta del pie de Mila, y su risa estalló.

—El príncipe crakairiano decidió masajearle los pies con grasa de wildarn —dijo él.

—Suena... agradable —respondió ella. Y apestoso. No sabía qué era un wildarn, pero la idea de frotarse los pies con la grasa de una criatura la hizo estremecerse.

Kral levantó el pie izquierdo de Mila y comenzó a frotarlo. Estaba usando algún tipo de crema, o...

—¿Eso es grasa de wildarn? —soltó ella de repente.

—He tenido que improvisar.

Quizás no era wildarn. —¿Qué tipo de grasa estás usando?

—Un aceite que encontré en la cocina.

Así que estaba bien. Estaba usando aceite vegetal, o eso se dijo a sí misma.

—Se siente bien —dijo, moviendo su trasero en el suelo mientras él frotaba y masajeaba desde el talón hasta los dedos. Repitió el masaje en su otro pie. Para entonces, toda su piel hormigueaba y estaba lista para arrastrarlo por el pasillo hasta la cama para otra ronda.

—Desafortunadamente, el masaje del príncipe crakairiano no hizo felices los pies de la reina, y fue desterrado. Cada hombre que se presentó en el castillo hizo algo similar, usando dispositivos de cosquilleo... —Kral deslizó algo sedoso por la planta del pie derecho de Mila, y ella se estremeció y se retorció.

—¡Para! —dijo ella, su voz llena de risas.

—¿Ves? Lo entiendes. Se necesita una técnica especial para hacer felices los pies.

—Ahí es donde entra el boodler —dijo con una sonrisa—. ¿Otro príncipe?

—Esta vez, fue un simple guerrero Vikir, como yo.

—No tienes nada de simple, cariño.

Él mostró sus colmillos. —Tú tampoco eres simple, dulzura de mi corazón.

—Entonces dices que el guerrero Vikir trajo un boodler. ¿Cómo sabía que funcionaría?

—No lo sabía. El boodler llegó con él por accidente. Los boodlers son criaturas peculiares. Cuando se vinculan con una pareja, es de por vida.

—Creo que ya sé hacia dónde va esto —dijo, ajustando la almohada bajo su cabeza y mirando a Kral a través de los ojos medio cerrados. Kral había acercado la esponja a sus pies, pero no era un boodler, ya que no había ninguno disponible. ¿Cómo iba a hacer que esa cosa rara funcionara?

—El boodler se había aferrado al guerrero —dijo Kral—. Estaba enamorado y deseaba permanecer con el macho siempre.

—Me siento mal por el boodler.

—No temas, la historia tiene un final feliz.

—Ese es el objetivo. Pies felices. Pero ¿qué pasa con el boodler?

Él gruñó. —Como dije, no te preocupes por el boodler.

—Esto suena a harén inverso.

—¿Qué es eso de harén inverso? —gruñó Kral.

—Una mujer con varios hombres.

—No habrá harenes inversos para nosotros.

¿Sonaba celoso? —Ni se me ocurriría.

—Bien.

—¿Cómo encontraron todos su final feliz? —preguntó.

—El guerrero llegó preparado con un emoliente especial que había extraído del raro árbol cineberr, que se encuentra en lo profundo del bosque. Pero el boodler se comió el emoliente antes de que nuestro guerrero pudiera aplicarlo en los pies de la reina.

—¿Y...?

—Con el vientre lleno, el boodler se quedó dormido. Sin saber qué hacer, ya que era su turno de presentarse ante la reina y temía que el boodler se despertara e interrumpiera, el guerrero Vikir llevó al boodler al salón de la reina y lo colocó cerca de donde ella descansaba en una tumbona.

Kral contaba una historia fascinante, pero Mila estaba preocupada por lo que la esponja iba a hacerle a sus pies.

Mientras hablaba, Kral levantó uno de sus pies y luego el otro, y los metió dentro de la esponja. Al principio, no ocurrió nada.

—El guerrero colocó al boodler en la cama cerca de los pies de la reina y, antes de que pudiera raspar lo que quedaba de su emoliente de cineberr del frasco, el boodler se movió, envolviendo su cuerpo alargado alrededor de los pies de la reina.

Mila suspiró y...

Algo se deslizó por sus pies, como si los hubiera metido en un charco de arena muy suave cubierta de agua. La arena cedía y se arremolinaba alrededor de su piel, una sensación vagamente sensual. Un gemido se escapó de Mila.

—Eso es exactamente lo que dijo la reina —dijo Kral, moviéndose a su lado mientras la esponja hacía su trabajo de masaje deslizante en sus pies.

Kral la besó, lento y con mucho calor. La sensación se hundió hasta sus huesos, y ella volvió a gemir.

Él se sentó sobre sus talones. —Y ahí lo tienes. Mi historia... y mi cortejo han terminado. Ahora debes decirme, mi compañera, porque necesito saberlo. ¿Son felices tus pies?

—Todo en mí es feliz.

—Entonces solo queda una cosa por hacer.

—¿Podemos pasar a follar? —dijo, bromeando.

Él le levantó la mano y la besó. —¿Serás mi compañera para siempre?

Ella asintió, una gran sonrisa en su rostro. —Sí. Soy tuya, pies felices y todo.

De pie, él la levantó del suelo. —Sí. Ahora es momento de follar.

Bien. No podía esperar a sentirlo levantándose sobre ella... O ella levantándose sobre él... Desde atrás. Contra la pared. Y de cualquier otra forma que él quisiera hacerlo. Tenía la

intención de que ambos quedaran completamente satisfechos antes de llegar a Crakair.

Rodeando sus hombros con los brazos, ella sonrió. —Haz conmigo lo que quieras, porque yo planeo hacer lo mismo.

Él ya se dirigía hacia el pasillo cuando las alarmas empezaron a sonar sobre sus cabezas.

Oh, mierda.

La nave tembló.

Gritos resonaron en el pasillo.

La mirada de Kral se encontró con la suya. —Nuestra nave ha sido abordada por saqueadores.

CAPÍTULO 18

Kral

Con los saqueadores atacando, su único interés era proteger a Mila.

Chee-chee gritó y corrió más allá de ellos. Cuando llegó al pasillo, se dirigió hacia el puente.

Los gritos estallaron, informando a Kral que el meerdreg estaba enfrentando a la fuerza invasora, solo.

—¡Chee! —gimió Mila.

Pronto, los asaltantes lo encontrarían a él y a Mila. Kral no tenía dudas de que eran ellos. A menudo viajaban por este sector, por lo que Kral había activado los escudos completos antes de comenzar su comida.

¿Cómo habían pasado la barrera?

Abrió el armario donde había guardado el wae-lyn y lo sacó.

—Escóndete aquí —le dijo a Mila.

Su mirada aterrorizada se encontró con la suya.

—Quiero estar a tu espalda —dijo ella, corriendo a su alrededor y hurgando en los cajones, sacando un dispositivo usado para incrustar un tornillo en un marco de metal. Alzándolo, regresó a su lado—. Esconderme no me servirá de nada. Buscarán en la nave. Me encontrarán. Si estoy metida en un armario, no podré defenderme. Me aturdirán antes de que pueda apuñalarlos.

Odiaba que su razonamiento fuera válido. Quería que ella estuviera a salvo, pero parecía que no había seguridad en ningún lugar. Su vida estaría en peligro hasta que llegaran a su aldea Vikir.

—Lucharé contra ellos —dijo mientras se acercaba a la puerta—. Permanece aquí con tu dispositivo para tornillos.

Ella frunció el ceño, pero se quedó al lado de los armarios. Mientras él miraba hacia el pasillo, sin ver a nadie, pero oyendo a alguien revolver en el puente, ella se deslizó para estar a su espalda.

—No te quedaste donde te sugerí —dijo suavemente—. ¿Cómo podía haber asumido otra cosa?

—Puedes ordenar lo que quieras, pero yo haré lo que quiera. Si quiero luchar, lo haré —dijo ella, levantando la barbilla y con la mirada firme.

—Solo quiero protegerte —dijo él con un suspiro.

—Lo entiendo. Pero no estarás a salvo afuera solo, luchando contra quién sabe cuántos asaltantes. Estoy preocupada por ti.

Eso lo aplastó. Aparte de su tía y un buen amigo, nadie se había preocupado por él desde que sus padres estaban vivos. Su aldea…les importaba, pero él era su líder, no un amigo. No alguien

con quien reír.

A diferencia de Mila. A pesar de todas las dificultades, ella había hecho su vida divertida.

—Necesito poder moverme libremente —dijo él suavemente, en el tono más razonable posible mientras oía los pasos de los asaltantes acercándose por el pasillo. Afortunadamente, no podrían traer a muchos a bordo. Tendrían que moverse en fila india. Otros podrían estar en el puente, o podrían haber acoplado una pequeña nave a esta y atracado. La suposición de Kral era que buscaban bienes. Quizás dinars.

—Rehenes.

Rehenes, es decir. Lo eliminarían a él.

Mila era el verdadero premio.

—Me quedaré fuera de tu camino —dijo ella, su cuerpo desinflándose. Se metió los pies en los zapatos—. Sé que debería esconderme aquí, pero quiero estar contigo, enfrentándolos juntos.

—De acuerdo. Pero mantente detrás de mí y dame libertad de movimiento.

Ella asintió con firmeza y apretó su mano sobre su arma.

—¿Algún consejo?

—Ten cuidado. No te pongas en riesgo.

Ella resopló.

—¿Cuánto más arriesgado podría volverse esto?

Él gruñó, deseando poder ver a los asaltantes. Pero la defendería hasta la muerte.

Su compañera. No habían tenido suficiente tiempo.

Después de mirar en sus ojos y grabar su rostro en su memoria, abrió completamente la puerta del pasillo y salió. Los Tricarn lo atacaron de inmediato. Era extraño encontrarlos en este cuadrante. Los alienígenas de pelaje moteado y un solo ojo vivían en un pequeño planeta del sector Vendant. No eran conocidos por viajar lejos.

El Tricarn a la cabeza balanceó su jazer hacia Kral, y él lo desvió con su espada. Sus sekairs dispararon dardos, y uno impactó en el cuello del líder. El Tricarniano cayó al suelo, retorciéndose mientras el veneno alcanzaba sus venas. Estaría muerto en seclars.

Kral pisó sobre el líder y se enfrentó al segundo mientras un tercero intentaba pasar a Mila.

Un grunt detrás de él lo hizo mirar sobre su hombro. Mila luchaba con un Tricarn que sostenía una cuerda. Él la giró, tratando de atarle las muñecas. Pero ella le dio un rodillazo en la ingle, y él cayó de rodillas con un alarido.

El orgullo de cómo ella se manejó nuevamente lo llenó a Kral. Ella sería una asombrosa Vikir, y él se sentía honrado de estar a su lado.

Una hoja de jazer rozó el brazo de Kral, y él siseó. Girando de nuevo hacia los Tricarns que seguían viniendo, saliendo del aire, lanzó su espada hacia adelante, derribando al siguiente en la fila.

Tres y luego cuatro Tricarns perdieron la vida a causa de la espada de Kral, y cinco detrás de ellos a causa de sus sekairs.

Mientras tanto, Mila golpeó al Tricarn en la cabeza con su arma, y el macho cayó a sus pies, con su ojo vidrioso.

Ella giró y, con una sonrisa sombría hacia Kral, saltó sobre un Tricarn que venía por el pasillo desde el dormitorio.

Mientras mantenía un ojo en Mila, Kral seguía luchando contra los Tricarns hasta que no apareció nadie más del aire que lo desafiara.

Su brazo con la espada bajó, y jadeó, su respiración agitada. Sus músculos dolían. Su pierna… Heille, su pierna lo estaba matando.

—¿Estás bien? —preguntó Mila, acercándose a él—. Estás… cojeando. Quiero ver tu pierna de manera profesional. Sé que solo fui asistente, pero aprendí mucho de los terapeutas.

—Te dejaré hacer lo que quieras conmigo.

Ella le sonrió con ojos aguados.

—Eso fue aterrador. ¿Qué pasa ahora?

Al girarse, encontró a los Tricarns que ella había desarmado atados con la cuerda que habían planeado usar con ella.

Otro maldijo y miró a Mila. El tercero yacía de espaldas, con la boca abierta y los ojos cerrados. Inconsciente o muerto, y a él no le importaba.

Kral se acercó, pasando por encima y alrededor de los Tricarns hasta llegar al lado del masculino despierto, y se agachó.

—¿Por qué? —preguntó, encontrando la mirada del ojo profundo y verde del masculino.

—Estamos hambrientos —dijo el masculino amargamente—. La plaga y la guerra han matado a muchos, pero los que quedan no tienen nada que comer.

—¿Por qué no acudir al gobierno Crakairiano en busca de ayuda?

El masculino infló el pecho.

—Somos un pueblo orgulloso.

—No demasiado orgulloso como para convertirte en saqueador.

La mirada del Tricarn se desvió hacia Mila.

—Cuando el pago es lo suficientemente alto, un macho hará casi cualquier cosa para evitar que su pueblo muera de hambre.

—Alguien te pagó para llevarte a Mila —las palabras de Kral salieron como una afirmación. No había duda.

Las piezas de esto comenzaban a encajar, y no le gustaba la imagen que estaban creando.

¿Había alguna conexión? Sus naanans se agitaron nerviosamente. No tenía tiempo para pensar en eso.

—¿Tienes droides a bordo de tu nave? —preguntó Kral al Tricarn.

El macho asintió.

—Entonces no te mataré. Si Mila no estuviera aquí, Kral no estaba seguro de que sería tan amable, pero ella ya miraba con horror la carnicería que Kral había dejado en el pasillo. Su labio inferior temblaba, pero ella se recompuso, endureciéndose mientras se apoyaba contra la pared.

Su mirada se encontró con la de él.

—Estaban aquí por mí.

El Tricarn se rio.

—Parece que así es, ¿no? Pero…

¿Qué no estaba diciendo?

Kral se inclinó cerca.

—Dime todo o… —dejó la idea colgando en el aire entre ellos. No le importaba acabar con la vida de este masculino, y el Tricarn lo sabía. Se reflejaba en la inclinación aterrorizada de su único ojo.

El macho luchó con algo en su boca.

Kral frunció el ceño.

Cuando el Tricarn mordió con fuerza, Kral supo. Luchó con la mandíbula del masculino, tratando de mover la píldora de veneno que acababa de morder.

—Demasiado tarde —dijo el masculino, arrastrando ya las palabras—. Pierdes. Su mirada verde se posó en Mila—. Habría disfrutado apareándome con una como ella, pero… —Tosió, un

sonido áspero que hizo que sangre verde brotara de la boca del Tricarn—. Los dioses me recompensarán… —Más tos—. En la próxima vida.

Hizo un movimiento de muñeca, y un dardo voló hacia el masculino inconsciente, golpeándolo en la garganta. El Tricarn inhaló con un jadeo.

Más veneno.

Kral gruñó de frustración.

—Dime quién te envió.

—¿Crees que solo la queríamos a ella? —El ojo del Tricarn comenzó a vidriarse—. Nuestra verdadera misión era matarte.

—¿Por qué? —gruñó Kral—. ¿Y quién te envió?

El Tricarn mostró sus colmillos, pero dejó de respirar.

CAPÍTULO 19

Mila

Ella corrió por el pasillo hacia el baño mientras Kral se encargaba de los cuerpos.

Los cuerpos.

Había añadido a su lista de muertes, y no estaba segura de lo que pensaba al respecto. En ese momento, mientras la adrenalina corría por sus venas, no le importó. Era matar o ser capturada. Matar o ver a Kral caer frente a ella. No había duda de lo que tenía que hacer.

Pero eso no significaba que no estuviera marcada por sus acciones. La reflexión era una perra.

El inodoro estaba en la esquina, un pedestal con brazos mecánicos que tocaban a la persona que orinaba. ¿Se agarraría de su cabeza si se inclinaba sobre él para vomitar?

No había tiempo para averiguarlo.

Mientras se esforzaba por vomitar, nada subió para agarrarla. Se sentó en el suelo y no podía dejar de temblar. Después de haber matado a algunos hombres y haber visto a Kral encargarse de los otros, ya debería estar acostumbrada a la muerte.

Nunca olvidaría la imagen de ellos sacando a papá con una sábana sobre su cara.

Abriendo los ojos, miró la sangre en sus manos. Verde. ¿De dónde había salido eso?

Los cuerpos.

—Limpia eso, se dijo a sí misma. — Lávate. Haz que desaparezca.

¿Pero dónde podría bañarse? Se levantó y miró a su alrededor. Seguramente los Al'kieern se limpiaban de vez en cuando. No habían estado apestando.

Las lágrimas rodaban por su cara. ¿Cuánto más podría soportar esto? No era una guerrera ni alguien entrenado para ir a la batalla.

Quería paz. Necesitaba encontrar alguna semblanza de normalidad.

Si no estuviera enamorada de Kral, pediría volver a casa. Pero ¿dónde estaba su hogar ahora, cuando todo giraba en torno a Kral?

Su futuro era con él, lo que significaba que tendría que adaptarse.

Sabía que las cosas cambiarían cuando se inscribió en el programa de emparejamiento. Una mujer sería estúpida al suponer que no tendría que hacer ajustes importantes en su vida para vivir con un hombre alienígena. Mila estaba dispuesta a hacerlo. Todavía lo estaba, pero eso no significaba que fuera fácil.

Un armario alto estaba en la esquina y tenía una gran puerta opaca en la parte frontal, reminiscencias de las cabinas de ducha de la Tierra. Al acercarse, abrió la puerta y encontró un cabezal de ducha aparentemente normal y diales que supuso que ajustarían la temperatura. ¿Agua? ¿Quién demonios sabía?

Giró uno de los diales y algo que parecía agua salió del cabezal. Cuando metió la mano bajo

la pulverización, se sintió sedoso.

Era clara. No había olor.

Suficiente para ella.

Se desnudó y arrojó la ropa al suelo, luego se metió debajo de la pulverización.

Sus lágrimas se mezclaron con el líquido que caía sobre su cuerpo, y ella soltó un suspiro, tratando de detenerse de llorar.

— Estás bien. A salvo. Viva. Kral también. — Sus ojos ardían, y sabía que no era por el líquido caliente que caía sobre ella.

Se dejó caer contra la pared y presionó su puño contra su boca.

Maldición. No. Llores.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, a pesar de que el agua estaba lo suficientemente caliente como para llenar el pequeño espacio de vapor.

¿Cómo había pensado que podía lidiar con esto?

Solo habían pasado unos días.

La habían secuestrado, drogado, atado a una mesa mientras un tipo de piel azul experimentaba con ella. Aunque había escapado, no se sentía verdaderamente libre. Había tenido que sobrevivir robando comida y buscando momentos en un armario de limpieza para asearse. Vivía con ropa robada, enrollando las mangas sobrantes como si fueran cinturones.

¿Era de extrañar que estuviera a punto de quebrarse?

Era fuerte. Superaría esto.

Solo que… no podía hacerlo en este momento.

Aunque intentó detenerlas, no pudo evitar que las lágrimas comenzaran a caer. Su cabeza latía con fuerza, y el pulso retumbaba en su garganta.

Le dolía el cuerpo. Le dolía el alma. ¿Algún día volvería a sentirse normal o segura?

Un mundo alienígena había ganado, al menos por ahora. Había sido derrotada. Rota en fragmentos una vez más.

—Mi compañera —dijo Kral suavemente desde el otro lado de la puerta transparente, y, dios, cómo dolía escuchar la amabilidad en su voz—. Yo… —gruñó—. Estoy preocupado por ti. Han pasado muchos minars y no has salido. ¿Estás… bien?

A veces, parecía que nunca estaría bien. Pero con Kral extendiendo su mano, tal vez lo lograría.

La puerta se entreabrió.

—Mila. Mi compañera —su voz se quebró—. Yo… —todavía con su improvisado garlong, se metió bajo el agua con ella—. Esto no es…

—Lo sé.

No la estaba presionando para tener sexo. Demonios, si hubiera querido eso, ella ya habría dicho que sí. Esto se trataba de consuelo. De cuidar. De compartir un momento en el que ambos se sentían… rotos.

Y quizás ya era hora de recoger los pedazos y pegarlos de nuevo.

Él la envolvió con sus brazos y la acercó a su pecho. Ella suspiró. Al hundirse contra él, dejó que las lágrimas fluyeran. Él le acariciaba la espalda y le murmuraba cosas tontas que significaban nada y todo a la vez.

—Está bien. De verdad. Estoy contigo. Estamos a salvo.

—¿Qué hiciste con ellos?

Los cuerpos.

—Han sido devueltos a su nave. Toda la tripulación atacó y…

Estaban muertos.

Kral carraspeó.

—Después de tomar algunos suministros necesarios, he programado a los droides para llevar la nave a Crakair.

Ella no necesitaba saber más, solo que esos tipos de un solo ojo no intentarían capturarla ni matar a Kral de nuevo.

—¿Vendrán más? —preguntó.

—No creo que lo hagan, pero estaremos alerta.

Quizás no estaban completamente a salvo, pero cerca.

—Cuando lleguemos a mi clan, mi gente te protegerá, te rodeará y te acogerá en el refugio de sus brazos.

—Todo lo que necesito son los tuyos —lo miró y trató de sonreír. No era fácil, pero se volvió más genuina cuanto más lo intentaba.

Él le lavó el cabello, con sus dedos deslizándose entre los mechones hasta que rechinaron de limpieza. Cuando sus manos limpiaron el resto de su cuerpo de forma meticulosa, una chispa de calor se encendió en lo más profundo de ella. Quizás el fuego entre ellos no se había extinguido por completo.

—Somos compañeros —dijo ella.

—Lo somos, mi compañera —su voz salió áspera, cargada de emoción.

—Según recuerdo, acababas de proponerme matrimonio.

—Lo hice —sus brazos se apretaron a su alrededor.

—Y yo dije que sí.

—Lo dijiste.

—Creo que es hora de consumar nuestra relación, ¿no crees?

Vida. Necesitaba sentir algo. Lo que fuera. Quería llenar el vacío que llevaba dentro.

Con el amor que crecía entre ellos, podrían construir un puente que los llevara hacia un futuro.

Juntos.

CAPÍTULO 20

Kral

Él no había tenido la intención de que esto se volviera algo sexual entre ellos.

Solo había querido consolarla. En el pasillo, cuando él y Mila estaban rodeados de cuerpos muertos, había visto las líneas de horror en su rostro y sabía que estaba al borde de quebrarse. Había sido increíblemente valiente. Había luchado a su lado tan bien como cualquiera de los de su clan. Pero no estaba acostumbrada a esta vida. No como él. No tenía nada que ver con ser hombre o mujer, humano o crakairiano, sino con la vida de la que ella venía y el mundo en el que había entrado.

Desde casi el minar en que fue emparejada con Kral, había estado en peligro.

Después de llevar los cuerpos a la nave de los asaltantes, programó a los droides para guiar la nave a Crakair.

Al regresar al puente, encontró al meerdreg acurrucado en un armario. Lo convenció de salir y se sentó en la silla del Comandante con la criatura en su regazo. Mientras acariciaba su suave pelaje, Kral envió un mensaje a Vork, informándole que la nave llegaría a Crakair en unos daelas. Luego, dejó al meerdreg dormido en la silla y caminó por el pasillo con pasos pesados. Se quedó fuera de la puerta del baño, sin saber qué esperar o cómo se comportaría ella. Apoyó la frente contra el panel de metal.

El sollozo de Mila llegó a sus oídos, y ese sonido suave y desgarrador lo atravesó como un disparo láser.

Dejarla sola cuando estaba angustiada no era una opción.

Entró en la habitación preparado para ofrecer su corazón y el consuelo de sus brazos. Si ella le pedía que se fuera, lo haría. Todo lo que quería era ayudarla a sanar.

Cuando solo quedaron sus temblores, tomó su mano y la ayudó a salir de la cámara de lavado, llevándola a un trozo de tela que yacía en el suelo.

—Déjame —dijo él cuando ella alcanzó un paño para secarse que colgaba cerca.

Mientras ella permanecía quieta, él secó las gotas de sheehera de su cuerpo.

—Eres valiente —dijo—. Increíble. Asombrosa.

—Fue horrible —las palabras salieron de ella de un tirón.

—Lo es —respondió suavemente, deslizando el paño por sus piernas. Tenía unas piernas preciosas. No pudo evitar notarlo.

—Estaba asustada.

—Yo también —levantando cada uno de sus pies, los secó, deslizando el paño entre sus dedos para absorber toda la humedad. El residuo emoliente se absorbería en su piel y la protegería. Bueno, eso era lo que el spray hacía para seres con escamas como los crakairianos y los Al'kieern. Supuso que haría lo mismo con los humanos.

—No sabía qué haría si te pasaba algo —dijo ella con los dientes castañeando.

—Sentí lo mismo.

—¿Realmente? —dijo suavemente. Había estado mirando hacia abajo, pero ahora lo miró, con sus hermosos ojos adornados con largas pestañas, brillando con lágrimas. Los crakairianos no lloraban. Él encontraba las estrellas en sus ojos tanto hermosas como desgarradoras. Haría todo lo posible para evitar que llorara nunca más.

Ella dio un paso hacia él, y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Algo cambió entre ellos, llevándolos de la comodidad y el compartir al deseo.

Era común, después de una batalla, sentir lujuria. El sexo validaba la vida y le recordaba a la persona que había sobrevivido para luchar otro día.

—Te deseo —dijo ella. Levantó su mano—. Tenemos un vínculo de compañeros, y quiero compartir todo contigo. Lo bueno y lo malo. Quiero estar a tu lado, ya sea en la enfermedad o con una espada en la mano —una suave sonrisa apareció en su rostro—. Quiero tener tus hijos.

—Mila —no creía que su corazón pudiera doler más de lo que dolía en ese momento. Ella lo vaciaba y lo llenaba de nuevo con solo unas pocas palabras.

—¿Podemos empezar eso juntos, en este momento? —preguntó.

—Amor.

—Sí, amor. Parece rápido, y es algo fresco y nuevo —tomó su mano y la colocó en el centro de su pecho—. Pero es real y duradero. No voy a retroceder. No voy a pedir regresar a la Tierra. Todo lo que quiero es quedarme a tu lado el tiempo que nos quede, sea diez minutos o toda una vida.

Él la envolvió en sus brazos y la sostuvo. Los sostuvo a ambos juntos. Nada los separaría jamás.

La levantó en sus brazos y la llevó fuera de la cámara de baño, por el pasillo, hasta la habitación.

—Puedo caminar —dijo ella con una risa.

—¿Por qué deberías?

Ella entrelazó sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Sabes qué? Tienes razón. ¿Por qué debería caminar cuando te tengo a ti para sostenerme y protegerme?

Fueron recibidos por Chee-chee, que debía haber dejado el puente y cojeado hasta la habitación. El pequeño meerdreg asomaba su cabeza por encima de las mantas.

Cuando Kral bajó a Mila a la cama, la criatura saltó hacia ella y presionó su cara peluda contra su brazo.

—Me alegra que estés bien, Chee —dijo Mila, acariciando su cabeza y frotando su espalda.

El meerdreg ronroneó antes de saltar y correr por el pasillo.

—Pobrecito —dijo Mila—. Hay un dicho en la Tierra que habla de pasar de la sartén a la hoguera, y parece que Chee-chee hizo exactamente eso.

Kral cerró la puerta del dormitorio. Se sentó al borde de la cama y acarició el cabello de Mila. Húmedo por el spray de limpieza, se sentía sedoso y brillaba por el emoliente. Deseaba hundir su rostro en esos suaves mechones.

Cuando ella extendió los brazos y la más dulce sonrisa floreció en su rostro, él dio un paso hacia su futuro.

Hacia ella.

CAPÍTULO 21

Mila

En poco tiempo, ella y Kral se habían reído, llorado –ella más que nada- y se defendían mutuamente.

¿Era demasiado pronto para sentir amor por este alienígena que buscaba reclamarla como suya?

Si lo fuera, no le importaba. La vida era vivir y quería saber cómo era estar con alguien que...

Bueno, ella lo amaba. Sus amigos le dirían que era demasiado pronto. Que no había manera de que ella pudiera estar segura de sus sentimientos tan rápido. Pero en lo más profundo de su corazón, Mila lo *sabía*.

Esto era más que un enlace. Más que una unión hecha en la Tierra.

Kral era el que había esperado toda su vida. Se negó a luchar más contra este sentimiento.

— Ámame, — susurró mientras se cubría a sí mismo.

— Lo haré. — Él gimió y la besó, un toque que comenzó dulce y tierno, pero se calentó rápidamente, convirtiéndose en fuego líquido. Encendió sus venas.

Ella gemía y se arqueaba para tocarlo. Piel a escamas... Había algo deliciosamente sensual en frotarse contra su piel ligeramente gruesa.

Sus naanans acariciaron sus hombros y se movieron hacia sus pechos.

— Tu cuerpo es hermoso, — murmuró mientras besaba su línea de la mandíbula. Sus colmillos rozan la piel de su cuello mientras se movía hacia abajo, besando a lo largo de su clavícula. — Quiero tocarte, saborearte todo.

— Yo soy tuyo.

Su gruñido se rompió mientras su boca se movía hacia sus pechos.

Mientras algunos de sus naanans bajaban y le tocaban el clítoris, él tomó su pezón en su boca y chupó. Con sus colmillos, mordió suavemente, levantando el calor dentro de ella.

El calor le revolvía por la barriga, y su mente se le iba.

Su lengua le daba vueltas al pecho mientras sus naanans se encargaban del otro. Sus dedos... mierda, sus dedos se hundieron entre sus piernas. Estaba mojada, y no sintió vergüenza por ello. Le encantó que pudiera estar tan excitada para su pareja tan rápidamente.

Extendió sus muslos y se movió entre ellos. — Hueles a lujuria. Ahora voy a hacer que huelas a satisfacción.

¿Olía? Una vergüenza momentánea le atravesó, y pensó en cerrar sus muslos. Pero diablos, ella lo quería. Él la quería. ¿Qué podría ser malo con eso?

— Déjame verte extenderte por mí como un festín, — dijo.

— Si tienes hambre, creo que esa cosa babosa sigue en el suelo del comedor.

— Quiero esto. A ti. — Sus dedos se deslizaron a lo largo de su hendidura y luego se

sumergieron en ella. Él los sacó y los lamió. — Mmm. — Su estruendo de placer le hacía cosquillas en los muslos.

Sus naanans, se deslizaron por su vientre y acariciaron sus pechos, y otro se enganchó a su clítoris. El zumbido bajo se hundió en sus huesos y se extendió a través de ella, haciendo que su cuerpo se inflamara. Él la tocaba por todas partes, todo al mismo tiempo.

Mientras sus dedos se hundieron dentro de ella, bombeando, le lamió el clítoris.

Ella se inclinó debajo de él, ansiosa por lo que podía hacer con su boca, pero aún más ansiosa por lo que podía hacer con su polla.

— Kral, — dijo ella.

Levantó la cabeza, pero mientras su lengua dejaba de acariciar su clítoris, sus dedos seguían empujando dentro de ella, y sus naanans succionaban sus pezones. La estaba llevando más cerca del borde, pero no quería caer sola.

—¿Te gusta esto? —dijo él—. ¿Es demasiado o quieres más?

—Siempre más —susurró ella.

Él se levantó sobre ella y colocó su pene en su entrada. Grande y grueso, la estiraba por completo.

Ella abrió las piernas, pero él tomó sus tobillos y los colocó por encima de sus hombros mientras se deslizaba dentro de ella. El estiramiento era exquisito, una sutil punzada porque nunca había estado con alguien tan grande antes, pero sintió una quemazón tan placentera que temía venirse antes de que él estuviera completamente dentro.

Y eso era lo que quería. Necesitaba estar con él cuando la embistiera.

Saliendo de su interior, la giró boca abajo y se deslizó sobre su cuerpo. Levantó sus caderas y le abrió las piernas. Su lengua acarició desde su clítoris hasta su abertura, donde se detuvo y profundizó, la hendidura en la punta de su lengua deslizándose sobre su punto G.

Ella se estremeció y luego empujó hacia atrás, con la cabeza enterrada en las sábanas. Un gemido salió desde lo más profundo de su interior.

—Mierda —jadeó—. ¡Kral!

Su lengua salió, y él se levantó sobre ella, sosteniendo sus caderas firmemente. Su pene presionó contra su entrada, explorando. Vibrando. La sensación de zumbido se hundió en ella. Su clítoris ardía.

Él empujó más adentro, y las vibraciones sacudieron sus paredes internas. Retrocediendo, se adelantó rápidamente, enterrándose por completo dentro de ella.

Ella jadeó y levantó la cabeza. —Kral. Mierda, se siente increíble.

—¿Te gusta esto? —preguntó él, saliendo y volviendo a entrar profundamente.

—Sí. ¡Sí!

—¿Quieres que vaya despacio…? —demostró, deslizándose dentro y fuera de ella con su pene vibrando contra el suave tejido interno—. ¿O rápido? —Salió bruscamente y se hundió profundamente, enterrándose hasta el fondo. Luego lo hizo de nuevo, una y otra vez mientras ella jadeaba, gritaba y decía su nombre.

Su ritmo volvió a disminuir, y se inclinó sobre ella. Mientras sus dedos jugaban con su clítoris, pellizcando y frotando, sus naanans se deslizaron hacia su frente. Dos se aferraron a sus pezones y tiraron. Un rayo recorrió sus pechos hasta su entrepierna, y dejó escapar un gemido agudo.

—Sí —gruñó él en su oído—. Más. Quiero oírte gritar. —Sus colmillos mordieron su cuello, casi rompiendo la delicada piel.

Ella se movía contra él mientras él la embestía. El pequeño pellizco en su cuello se reflejaba

en el intenso estiramiento de su cuerpo al acomodar su longitud y grosor.

Se movían juntos, y el calor crecía entre ellos.

—Dime qué quieres, mi compañera —susurró él en su oído—. Dímelo.

—Más rápido, Kral. Lo quiero más rápido.

—Entonces lo tendrás. —Sus dedos se apretaron en sus caderas, y la mantuvo firme mientras se hundía en ella, su ritmo tan rápido que ella no podía seguirle el paso. Lo único que pudo hacer fue aferrarse a las sábanas, enterrar la cara en la almohada y aferrarse.

El fuego se levantó dentro de ella, y mientras sus naanans acariciaban sus pezones, se desplomó, su grito de éxtasis recorriéndola.

Él fue más rápido mientras su cuerpo temblaba alrededor del suyo. Sus músculos se tensaron, y él enterró su rostro en su cuello. —Mila. Mierda. Eres… —Sus caderas avanzaron, y se estrelló contra ella, con su miembro sólido creciendo más grueso y duro—. Mierda...

Con un gruñido, él se corrió, con su pene sacudiéndose dentro de ella. Su cuerpo temblaba y se estremecía, derramándose en su interior.

Jadeando, él se dejó caer suavemente sobre ella, una masa sólida de macho alienígena.

Su peso se sentía maravilloso. Su pene, todavía algo firme, palpitaba y vibraba sutilmente.

Con un gemido embriagador, se giró sobre su costado, llevándola con él, manteniéndolos conectados mientras la acurrucaba contra su cuerpo. Sus brazos la rodearon, y su rostro se enterró en su cabello.

—Eres perfecta —dijo, besando su cuello.

—Eso fue... —Su voz salió entrecortada, porque su pene estaba creciendo dentro de ella nuevamente.

Debería estar adolorida. Agotada después de la embestida que él acababa de darle, pero podía sentir el calor respondiendo dentro de ella una vez más.

Él se inclinó hacia adelante, enterrándose completamente mientras sus dedos acariciaban uno de sus pechos.

Sus naanans tomaron el control, pellizcando sus pezones, mientras él levantaba su pierna para darse más acceso.

—Kral —susurró ella.

—Mila —dijo él. Saliendo de su interior, la giró boca arriba. Se colocó entre sus muslos y bajó para succionarle el clítoris. Debía estar probando una mezcla de ambos, pero solo dejó escapar un gemido de placer.

Mientras su cuerpo se tensaba, preparándose para estallar en mil fragmentos, él se levantó sobre ella. Le levantó las piernas y las colocó sobre sus hombros, luego se deslizó dentro de ella.

Se movió contra ella, lento y profundo. Con un ritmo que la volvía loca.

Terminaron juntos, jadeando los nombres del otro, y luego cayeron juntos sobre las sábanas, saciados.

CAPÍTULO 22

Kral

Mila dormía, pero Kral no podía encontrar descanso.

Sexualmente, estaba más satisfecho de lo que había estado en su vida. Mila era todo lo que podía esperar en una compañera.

Emocionalmente, estaba lleno hasta el tope. Por primera vez desde que sus padres murieron, tenía a alguien que lo amaba solo por lo que era, y no por lo que podía ofrecerles como líder o como el ejecutor de su clan. Su tía había hecho lo que pudo para hacerlo sentir bienvenido, pero ella tenía otros hijos. Ellos la necesitaban más.

Tampoco podía dormir porque estaba preocupado. No dejaba de pensar en las palabras del asaltante Tricarn antes de que se suicidara.

Se levantó y cruzó la habitación sin molestarse en vestirse. Salió al pasillo y dejó la puerta entreabierta para escuchar si Mila se despertaba.

Luego se dirigió al puente y se dejó caer en la silla del Comandante. Después de asegurarse de que la nave aún estaba en curso para llegar a Crakair en cuatro daelas y que los sistemas de camuflaje y alerta completa estaban activados, levantó los pies y observó las estrellas desdibujarse tras las ventanas.

Ojalá pudiera encontrar sentido a lo que sentía como una serie de incidentes aleatorios.

El Tricarn había dicho que le pagaron para matar a Kral. Esa era la conclusión. Saber eso hizo que Kral reflexionara sobre lo que había ocurrido desde que empezó a seguir a Mila.

Después de que él se transfiriera de su nave al lugar donde Mila estaba bañándose, se habían marchado para escapar. Mila había visto a dos machos de pie en el pasillo con los Al'kieern. Ella estaba convencida de que eran crakairianos, y él le creyó.

¿Quiénes eran y estaban de alguna manera involucrados?

Antes de que él y Mila pudieran transferirse a su nave, esta explotó. Pensó que los Al'kieern la habían derribado con un misil, que habían rastreado su transferencia y estaban ansiosos por destruir cualquier evidencia de que había estado allí y evitar que Mila escapara. Pero entonces la estación espacial fue programada para autodestruirse. No tenía sentido que los Al'kieern hicieran eso; las estaciones espaciales eran extremadamente caras, y la que orbitaba sobre Yarris tenía una misión que no se había completado.

¿Habían jugado los dos crakairianos un papel en la destrucción de la estación?

Cuando Kral conectó las explosiones y el reciente ataque Tricarn a esta nave, con la intención no solo de capturar a Mila sino de matar a Kral, parecía que los tres eventos debían estar relacionados.

¿Quién quería matar a Kral?

Hasta donde él sabía, no tenía enemigos.

Gruñó. Nada de esto tenía sentido.

Una vez que llegaran a Crakair, podría discutirlo con Vork. No había necesidad de llamarlo ahora por el comunicador de la nave. Su amigo podía recurrir al gobierno para iniciar una investigación que podría arrojar alguna pista. Hasta entonces, Kral se mantendría alerta.

Pasos resonaron en el pasillo, y Mila apareció en la puerta. Solo llevaba puesta su camiseta, y el dobladillo rozaba la parte superior de sus muslos. Chee-chee se aferraba a su cuello, y la criatura emitió un saludo cuando vio a Kral.

Si alguien le hubiera dicho a Kral que algún día sería amigo de un meerdreg, se habría reído. Sin embargo, allí estaba, agradecido de que el pequeño animalito hubiera decidido ser parte de sus vidas.

Mila se subió al regazo de Kral y se recostó, mirando hacia las ventanas. El meerdreg se deslizó de su regazo y salió corriendo de la habitación. Regresó con trozos de wae-lyn—Kral había cocinado de más y los dejó en la cocina—y saltó a otro asiento. Después de enrollarse en círculo, se acomodó en el cojín con un suspiro. Observaba por la ventana mientras comía la carne.

—Háblame de nuestro hogar —dijo Mila—. Mencionaste algunas cosas en el video que enviaste, y hablamos un poco en la estación espacial, pero es difícil imaginarlo. ¿Puedes pintarme un cuadro?

Le encantaba que ella ya considerara su hogar como suyo. —Los Vikir viven en lo alto de las Montañas Ikeline y construyen nuestras casas entre los árboles.

—¿Los Vikir siempre han hecho esto?

—Hace mucho tiempo, se dice que nuestro pueblo vivía muy por debajo de la tierra, en cavernas. Algunos dicen que aún hay Vikir viviendo muy por debajo de mi aldea, practicando las viejas costumbres.

—Eso es increíble. ¿Has explorado y encontrado a algunos de esos otros Vikir?

—Cuando era joven, pasé muchos daelas vagando por las cuevas cerca de nuestra casa, pero, aunque encontré rastros de personas diferentes con las que crecí, no encontré su hogar.

—No puedo imaginar vivir en un lugar donde no hay luz del sol.

—Los ancianos cuentan historias de criaturas que generan luces brillantes, que los Vikir originales usaban esas luces para cultivar plantas e iluminar sus hogares.

—Suena fascinante. Quizá podamos buscarlos algún día.

—Me encantaría llevarte a recorrer las cuevas y ver qué encontramos.

Chee-chee saltó de la silla y se dirigió tambaleándose por el pasillo.

—Imagínate encontrarte con alguien que vive como lo hacían tus antepasados —dijo Mila. Señaló un cometa que cruzaba el cielo.

Kral no podía imaginarlo. Disfrutaba de su vida moderna en su aldea y no podía imaginarse viviendo de las maneras tradicionales que había oído mientras crecía.

—Dijiste que eres el líder de tu clan —dijo ella.

—Mis padres murieron en el incendio hace diez lunairs, y asumí el liderazgo del clan tan pronto como me recuperé de mi caída.

Ella se apartó de su regazo. —Aquí estoy, descansando sobre ti todo el tiempo, y todavía estás dolorido por tu lesión. Cuéntame sobre eso, si puedes.

Miró hacia adelante, más allá de su hombro, incapaz de encontrar sus ojos. —Hubo un incendio en nuestra casa.

—¿Cómo empezó?

Su gruñido resonó por toda la habitación. —Dijeron que fue un accidente. Que mi madre

dejó algo cocinando en la cocina, pero no puedo creer que fuera verdad. Ella siempre fue cuidadosa. Vivimos entre los árboles, y sería estúpido ser descuidados con el fuego.

—¿Crees que alguien provocó el incendio?

—No, pero… —Una mueca se formó en su rostro. Nunca había considerado que no fuera un accidente. ¿Pero quién se beneficiaría de su muerte? — No puedo imaginar que algo así haya ocurrido. —Sería una tontería pensar que alguien había asesinado a sus padres. ¿Qué ganarían?

—No te quemaste —dijo Mila, alejando su mente del calor, el humo y los gritos de dolor.

—Mi padre me levantó y me arrojó por una ventana.

—Te lastimaste en la caída. —Sus dedos trazaron cuidadosamente su muslo fracturado—. Aquí. —Se detuvo en el lugar que más le dolía—. Aquí. Y aquí.

¿Cómo lo sabía?

—El masaje puede ayudar a reconstruir el músculo —dijo ella—. ¿Te colocaron tornillos en la fractura?

Él negó con la cabeza. —Mi tía dijo que eran fracturas limpias que sanarían bien por sí solas.

—¿Ella es doctora?

—Sus habilidades curativas son conocidas en todas partes.

—Entonces debe tener razón —sonrió Mila—. Con trabajo, podemos fortalecer tu pierna. Hay algunos ejercicios que puedo mostrarte, y te masajearé la pierna para reducir la inflamación.

—Agradezco cualquier cosa que me ayude a recuperar el pleno funcionamiento de mi pierna.

—Esa es la meta.

La atrajo hacia sí y la subió a su regazo nuevamente, envolviendo sus brazos alrededor de ella. —Quiero que estés cerca. No me estás lastimando.

—Dímelo, por favor.

—Lo haré.

—Entonces, después de que tus padres murieron, te convertiste en líder a los diecisiete. Vaya.

—Es un rol hereditario.

—¿Qué hubiera pasado si fueras una chica?

—No te habría follado. —Su risa escapó. Le encantaba sentir alegría en ese minar—. Pero si hubiera sido una chica, seguiría siendo la líder.

—Y… si tenemos un hijo, ese niño o niña liderará después de ti. —No parecía asustada por esa idea, solo reservada, como si esperara ver qué significaba antes de juzgar el impacto en sus hijos.

—Sí.

—Apuesto a que eres un buen líder.

—Me gusta pensar que sí.

—¿Qué tipo de rol juega un líder en tu clan?

—Una gran variedad de cosas. Por ejemplo, me piden que tome decisiones cuando hay conflictos, y manejo la riqueza de nuestro clan, que proviene de las joyas que extraemos de las montañas. El corlire más común es de un azul profundo, como el mar, y muy rara vez encontramos corlire rosado con remolinos verdes —levantó su mano derecha—. Cuando nos casemos, te daré un anillo y una corona de corlire de la mejor talla, joyas que solo usa la familia del líder.

—No soy una persona muy sofisticada, pero sería un honor llevar las joyas de tu clan.

—Celebramos festivales con cada estación, y es en esos momentos cuando llevarás la corona. Yo tengo una que hace juego. Pero el anillo es la marca de la realeza, y puedes usarlo todo el

tiempo.

—Vaya. ¿El anillo es de piedras azules o rosadas?

—El anillo lleva una piedra azul en el centro y la rosada en un círculo a su alrededor. Mi madre lo usó durante años —había estado guardado en un gabinete en casa de su tía, quien le dijo a Kral que lo mantendría a salvo hasta que estuviera listo para dárselo a su compañera. Estaba agradecido de que su tía hubiera sobrevivido a la enfermedad.

Después de que tantas de su clan murieran, no pensaba que encontraría una compañera. Ahora ella estaba sentada en su regazo, acurrucada cerca de él. Cuando cerró los ojos, pudo ver la felicidad en su rostro cuando se unieron. La deseaba de nuevo.

—Nos casaremos, dijiste —la emoción resonaba en su voz—. ¿Cómo es la ceremonia?

—Todavía quedan algunas ancianas en mi clan, y ellas te ayudarán a prepararte para la ceremonia. Tendrá lugar poco después de que lleguemos.

Soltó una risa baja.

—Me gusta cómo piensas. Sin compromiso largo.

—Mi clan se regocijará al reclamarte.

—Nunca pensé que sería de una realeza prestada.

Levantó su mano y la besó.

—Nunca prestada. Eres mi compañera. Lo que tengo es tuyo.

Ella se levantó y cerró la puerta del puente. Volvió y se subió a su regazo, abriendo las piernas a su alrededor. Su camiseta se subió, y su miembro se endureció al notar que no llevaba nada debajo.

—Mila —gruñó. Inclinándose hacia adelante, trazó su mandíbula con besos. Mordisqueó su lóbulo de la oreja, y ella gimió.

Sus naanans acariciaban sus brazos. Le levantó la camiseta y la tiró al suelo, dando a sus naanans acceso a sus pechos.

—Me encanta lo que llevas puesto —dijo ella en un tono sedoso que vibró en sus venas como lava fundida. Sus dedos recorrieron su pecho y, cuando pasaron por sus abdominales, él soltó una carcajada.

—¿Te hace cosquillas? ¡Genial!

—¿Por qué... genial? —no estaba exactamente seguro de qué significaba "genial".

—¡Genial porque me gusta saber algo de ti que pocos conocen! Como que te hagan cosquillas —ella deslizó la punta de su dedo por cada surco de su abdomen, y no pudo contenerse. Su cuerpo tembló de risa, casi haciéndola caer de su regazo. Solo su brazo alrededor de su cintura la mantuvo en su lugar.

—Me estoy enamorando de ti —dijo ella con una sonrisa burlona. Se movió en su regazo, frotándose contra él.

—¿Te hace cosquillas? —preguntó él.

—No. En absoluto. Ni un poquito.

Hmm. Él pasó los dedos por su espalda, y ella se inclinó hacia adelante.

—Estás haciendo trampa —dijo con un tono de broma.

—¿Así? —avanzó lentamente por su cintura.

Ella soltó un resoplido y se retorció en su regazo.

—¡Detente!

Él rio, y ella se unió a su risa hasta que ambos reían. El uno al otro y a la situación.

Esta pequeña humana terrestre había devuelto la alegría a su vida. Cada minar juntos era divertido. Tal vez ya no necesitaba ser Kral el líder, Kral el ejecutor, ni Kral el estoico.

—Estoy tan feliz de haber solicitado ser una novia por correo de Crakair —dijo ella con una gran sonrisa. Sus dedos acariciaron su miembro, que se sentía como una barra de acero contra sus abdominales—. De lo contrario, me habría perdido de ti.

Él alzó las caderas hacia ella, saboreando su toque. Sus dedos lo volvían loco.

—Te habrías perdido esto también —la provocó entre las piernas, encontrando su clítoris y frotándolo. Lo pellizcó, haciéndola retorcerse.

El placer brillaba en su rostro, y ella inclinó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Eso se siente increíble.

Su boca buscó su pezón, y él pasó la lengua por la superficie rígida.

—Sí —ella se inclinó hacia adelante, buscando su mano y su boca—. No te detengas.

—Nunca me detendré.

Sus labios se curvaron.

—¿Nunca?

—Bueno, tal vez necesite pausar entre rondas.

—Kral —suspiró ella mientras sus dedos se deslizaban dentro de ella. Heille, estaba húmeda. Quería... necesitaba ahogarse en esa humedad.

La levantó y se posicionó en su núcleo.

Mientras ella se sostenía de sus hombros, se acomodó, bajándose sobre él.

Ambos gimieron.

Ella se levantó y volvió a bajar.

—Esto es increíble. No dejes que se detenga. Por favor.

Él haría todo lo que estuviera a su alcance para sostenerse fuerte y cabalgar con ella hasta que gritara su nombre.

Mientras ella se levantaba y volvía a bajar, balanceándose contra él, él la embestía. Sus naanans saboreaban sus pechos, tirando y pellizcando.

Jugaba con su clítoris porque sabía que la volvía loca.

Y heille, adoraba a su salvaje novia terrestre.

Sus respiraciones se volvieron entrecortadas mientras se movían juntos, alcanzando la cima de cada ola.

Hasta que se estrellaron juntos en la orilla.

CAPÍTULO 23

Mila

Llegaron al puerto espacial.

Después de aterrizar la nave robada y desembarcar, los rodeó el ejército Crakairiano. Era intimidante, sin duda. Cada uno de ellos medía más de dos metros diez de altura y tenía la piel verde y escamosa. Algunos llevaban los naanans desplegados desde sus cabezas, mientras que otros los tenían recogidos en trenzas o sujetos con una banda de cuero en la parte trasera de sus cuellos. Todos gritaban a la vez, algunos en un inglés rudimentario, mostrando que, aunque tenían traductores, los dispositivos aún no funcionaban perfectamente. Otros hablaban con la fluidez de los terrestres.

Chee-chee se aferró al cuello de Mila y soltó un chillido.

Atónitos, los Crakairianos la miraron. Algunos señalaron. Uno retrocedió.

Claro. Kral le había explicado a Mila por qué había sido tan cauteloso con Chee. Las garras de un meerdreg podían inyectar una toxina que adormecía a su presa en cuestión de minutos.

El padre de Mila no había criado a una mujer que se escondiera detrás de un hombre.

Acariciando a Chee-chee y cuidando su pata entablillada, caminó con orgullo al lado de Kral, ignorando los murmullos. Cuando un Crakairiano se adelantó, hizo una reverencia y se presentó como el Comandante Vork, Mila estrechó su mano, así como la de los otros altos mandos militares que lo rodeaban. Le costó no sonreír al ver sus ceños fruncidos y escuchar sus murmullos ante el gesto inesperado. Seguramente ya habían estrechado la mano de otras terrestres antes.

Quizá no. Dudaba que muchos de estos tipos hubieran conocido a una mujer de la Tierra. La delegación inicial de Crakair a la Tierra había estado compuesta por el Príncipe Axil y su séquito, además de algunos Ancianos y miembros del Consejo. El Príncipe Axil se había casado con Julia Chandler. Al ser una de las primeras uniones, y casarse con un famoso Crakairiano, su rostro había aparecido en todos los noticieros. Ahora tenían un bebé llamado Alicia.

—¿Estás bien? —preguntó el Comandante Vork, estudiando su rostro.

—Sí, gracias —respondió Mila, apoyándose en Kral—. Tengo un gran compañero aquí, y él se ha encargado de mantenerme sana.

Kral mostró sus dientes en una sonrisa.

—El Consejo y yo quisiéramos hacerles algunas preguntas —dijo el Comandante—. Es solo un trámite. Kral nos proporcionó información vital hace días. Después de eso, serán libres de irse. —Asintió hacia Kral—. La otra nave llegó según lo esperado, y hemos descubierto información interesante en los bancos de datos.

—¿Me lo cuentas después? —preguntó Kral, apretando la mano de Mila—. Mi compañera y yo aún tenemos muchas horas de viaje antes de llegar a casa.

—Por supuesto —dijo Vork—. Estaré en contacto.

Siguieron a la delegación hasta una sala con una mesa larga y numerosas sillas, y se sentaron.

Después de explicar todo lo sucedido y responder a las preguntas, el Comandante se levantó.

—Son libres de irse. ¿Tienen transporte arreglado ya, Kral?

—No.

—¿Me permites? —A la señal de Kral, Vork levantó la mano y su asistente salió apresuradamente de la sala. Se volvió hacia Mila—. En nombre del gobierno de Crakair, te pido disculpas por lo que has vivido.

—Gracias. Pero no fue culpa tuya.

—Después de los recientes eventos, debimos haber tenido más cuidado. —Su espalda se enderezó y algunos de sus naanans flotaron hacia arriba—. Hemos hecho arreglos para escoltar a todas las futuras novias de la Tierra, y en cooperación con los gobiernos terrestres, estamos brindando mayor seguridad en esa parte de la galaxia para asegurarnos de que nadie sea secuestrado directamente de su planeta natal.

—Lo aprecio —respondió Mila. Al menos, ya no tendría que preocuparse de que alguien más fuera capturado o vendido como criadora.

El Comandante Vork hizo una reverencia formal, pero luego sus labios se curvaron en una sonrisa que dejaba ver sus colmillos. No solo era un buen tipo, también era atractivo. Casi tan atractivo como Kral.

Los Consejeros y Ancianos salieron de la sala y ella y los dos Crakairianos los siguieron.

Lily esperaba junto a un hombre que debía ser su nuevo compañero, Jorg, cerca de la entrada principal, y tras entregar a Chee-chee a Kral, las dos mujeres corrieron la una hacia la otra, gritando emocionadas. Se abrazaron y lloraron, y luego se quedaron con los brazos entrelazados mientras los hombres Crakairianos se retorcían las manos, incapaces de consolarlas, pero claramente ansiosos por hacerlo.

—Estoy tan contenta de que estés a salvo —exclamó Lily—. He estado destrozada desde que desperté en una de las lunas de Crakair, atrapada en una jaula. —Presentó a Jorg, quien hizo una reverencia, y luego explicó cómo Jorg la había rescatado y llevado a casa, y cómo Kral y Wulf habían pasado de camino al puerto espacial—. Aún no hemos tenido noticias de Wulf, pero Jorg está seguro de que Wulf encontrará a Taylor.

Los ojos de Lily se encontraron con los de Jorg, y si Mila no tuviera a Kral, su corazón se llenaría de envidia.

—¿Vork enviará a alguien a Yarris? —preguntó Mila a Kral.

Él asintió.

—Ya lo ha hecho. Imagino que pronto sabremos algo.

Mila mordisqueó su labio inferior, pero ella y Lily se abrazaron de nuevo.

Tomó a Chee-chee de manos de Kral y lo presentó a Lily, quien lo acarició y examinó su pata entablillada.

En la Tierra, Lily había trabajado en un refugio de animales.

—Está perfecto, Mila. No podría haberlo hecho mejor. Dos o tres semanas con la férula deberían bastar.

—Gracias.

Salieron a la plataforma para esperar el transporte que Vork había arreglado. Aunque Lily susurró una explicación, Mila no estaba segura de si alguna vez se acostumbraría a la altura de la plataforma o al hecho de que no había barandillas para evitar que alguien cayera.

—Una vez que se asienten, y Tay esté… —Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas—. Tiene

que estar bien. Wulf la encontrará y la traerá a casa, ¿verdad?

Mila enlazó su brazo con el de Lily.

—Lo hará. Tenemos que confiar en eso.

Lily asintió mientras las lágrimas rodaban por su rostro.

—Cuando esté a salvo, organizaremos un montón de bodas —dijo Lily, retorciendo sus manos—. Va a ser una fiesta tras otra.

—No puedo esperar —dijo Mila con una sonrisa, aunque una mezcla de felicidad y tristeza la embargaba. Estaba emocionada de hacer su relación con Kral permanente, pero hasta que Taylor estuviera a salvo en Crakair, ¿cómo podía sentirse completa? Una parte de su corazón aún faltaba.

—Él la encontrará. Pronto —dijo Kral, rodeándola con sus brazos desde atrás—. Tengo plena confianza en él.

Un vehículo con insignias militares llegó a la plataforma.

—Este es nuestro transporte —dijo Kral—. Normalmente, nos tomaría un día completo llegar a mi aldea, pero el Comandante Vork ha arreglado una nave especial para nosotros. Ahora llegaremos en menos de una hora.

—¿Menos de una hora? —repitió Lily, con envidia, aunque sonrió—. Jorg y yo tomaremos la ruta lenta. Hemos… —Su risa salió un poco aguda—. No lo creerás, pero llegamos al puerto espacial montados en un dragón.

Los ojos de Mila se agrandaron.

—¿Un dragón de verdad? —Miró a Kral en busca de confirmación, y él asintió.

—Un draquier —dijo Kral—. El vecino de Jorg, Bryk, los cría. Son una forma de transporte más tradicional.

—Debe ser genial montar en un dragón —dijo Mila con un toque de envidia—. Y aterrador.

—Es algo único —dijo Lily—. Iremos a tu boda en un draquier, y así podrás verlo tú misma.

Mila no podía imaginárselo.

—No puedo esperar.

Después de más abrazos, Mila y Kral subieron al vehículo, y este despegó.

Chee-chee se acomodó en el asiento junto a ella y pronto se quedó dormido.

Mientras volaban sobre la ciudad, Mila no podía dejar de mirar asombrada.

—Es preciosa.

Cada edificio había sido meticulosamente diseñado. El vidrio brillaba, y la piedra estaba pulida hasta reflejar la luz del sol. Pequeños parques se dispersaban por la ciudad, y los árboles bordeaban las calles de abajo.

Otras naves pasaban por debajo de ellos, viajando por carreteras aéreas invisibles. Mila esperaba poder regresar algún día para explorar la ciudad.

El pecho de Kral se hinchó.

—Estamos muy orgullosos de nuestra capital, Tri’Arteele.

—¿Cuál es la población?

—En Crakair, millones, pero en Tri’Arteele, unos pocos cientos de miles.

—¿Y en tu aldea?

—Los Vikir tienen muchas aldeas en las montañas, pero mi clan está formado por unos pocos miles de hombres y muy pocas mujeres.

No pudo evitar entristecerse.

—La enfermedad se llevó a tanta gente. La pérdida de vidas nos perseguirá durante generaciones.

Dejaron la ciudad atrás y volaron sobre el campo. Campos con hileras de cultivos se intercalaban con grupos de árboles de hojas azules y pastizales cercados donde pastaban grandes criaturas de piel pálida y seis patas.

A lo lejos, la cordillera se alzaba imponente, con los picos cubiertos de lo que parecía ser nieve.

—No lo puedo creer. Criaturas de color verde claro, parecidas a vacas, y las hojas de los árboles son azules.

Sonrió a Kral, quien la observaba con una leve sonrisa en su rostro.

—¿Los colores rosa y morado que veo son flores? —suponía que sí.

—Las hojas de los árboles cambian de color a medida que hace más frío, a rosa y morado, aunque imagino que también ves flores. Los Crakairianos se enorgullecen de sus jardines. Pronto, dentro de un daela, te llevaré a la casa de Jorg. Es jardinero, además de rastreador.

—¿Qué es un rastreador?

—Encuentra cosas perdidas. Crakairianos, la mayoría de las veces.

—Y, sin embargo, viniste por mí.

Mostró sus colmillos.

—Insistí. Quería localizar y rescatar a mi compañera, aunque agradecí las sugerencias de Jorg.

Levantando su mano, entrelazó sus dedos y besó sus nudillos.

—Me alegra que vinieras por mí —le guiñó un ojo—. Y me alegra que cayeras en mi baño.

Él la besó, lento y profundo, y el fuego recorrió sus venas. Una hora no era mucho tiempo para divertirse un poco. ¿Se atrevería?

Al abrir los ojos, vio otro vehículo pasar rápidamente en dirección contraria.

No. No habría momentos apasionados en la nave.

Gruñendo, volvió a mirar por la ventana.

—En la Tierra, en los climas fríos, las hojas de los árboles se vuelven naranjas, rojas y amarillas antes de caer. El nuevo crecimiento, en primavera, es verde.

Él negó con la cabeza.

—No puedo imaginar lo hermoso que debe ser.

—Tal vez algún día visitemos la Tierra, y puedas verlo por ti mismo.

—Algún día.

Un día que podría llegar o no. Por ahora, los intercambios de novias estaban permitidos, pero no se concedían visados regulares para visitas turísticas a ninguno de los dos planetas.

Para cuando llegaron a las montañas Ikeline, era media tarde, y los rayos naranjas del sol cruzaban el cielo.

Kral se inclinó hacia adelante, con emoción brillando en su rostro.

—Pronto te mostraré nuestro hogar.

Ella se recostó en su hombro mientras el vehículo sobrevolaba un frondoso bosque. Más adelante, divisó un campo abierto con una plataforma circular de piedra.

La nave aterrizó como un helicóptero, y la puerta se levantó con un silbido. Salieron, y Kral cargó su bolsa de la Tierra a la espalda. No había traído mucho, solo ropa cómoda, un montón de fotos de ella y su padre, su lector digital, su taza favorita de café, algunos diarios y buenos bolígrafos, porque le encantaba escribir sus pensamientos antes de dormir cada noche. Bueno, y ketchup, lo más importante. No podía esperar para que Kral lo probara.

Sosteniendo a Chee-chee en su cadera, miró a su alrededor, esperando encontrar casas, pero aún no veía nada. Un denso entramado de bosque los rodeaba, espeso y un poco sombrío. No

estaba nerviosa. Confiaba en Kral. Pero...

—Por aquí —dijo él, mostrando sus colmillos. Ella pudo notar por la preocupación en su rostro que había percibido su confusión—. Serás feliz.

Le guiñó un ojo.

—¿Y mis pies?

—Me aseguraré de que todo tu cuerpo esté feliz. Pronto.

Sí. Su cuerpo ya zumbaba. Después de todo, habían pasado horas desde la última vez que tuvieron sexo. Casi estaba sufriendo síndrome de abstinencia de Kral.

—Tienes una cama, ¿verdad?

—Ya lo verás.

—Mientras haya alguna superficie plana, incluso una con espuma de memoria, y me prometas un masaje en los pies con un boodler de verdad pronto, me apunto.

Dejó caer la bolsa y, cuidando de Chee-chee, la levantó en brazos, girándola hasta que se mareó y comenzó a reír como una adolescente.

—¡Kral! —le dio un puñetazo en el brazo—. Bájame. Vas a lastimarte la pierna.

—Mi pierna ya se siente mucho mejor, gracias a tus cuidados.

Sus pasos se ralentizaron, y él bajó su boca para encontrarse con la de ella.

Las chispas volaron entre ellos mientras él bajaba sus pies al suelo, pero siguió besándola, mostrándole cuánto significaba para él con su boca y sus brazos, además de sus naanans acariciando suavemente su espalda.

—Aquí estás —dijo una voz ronca detrás de Mila—. He estado esperando desde que llegó la noticia de Tri'Arteele.

Mila y Kral se separaron, y la sonrisa que se dieron contenía una promesa.

En cuanto estuvieran solos...

Mila se giró, pero su sonrisa vaciló al encontrar a un contingente completo de Crakairianos—vestidos con pieles y atuendos de cuero—observándolos.

Una mujer mayor frunció el ceño al mirar a Mila.

CAPÍTULO 24

Kral

Kral dio un paso adelante con una sonrisa tranquila en el rostro.

—Tía.

Tomó sus frágiles hombros y besó su mejilla curtida por el tiempo.

—Te ves bien.

—Tú también, sobrino.

La sonrisa que ella le dio le calentó el corazón. Esta mujer lo había cuidado hasta que recuperó la salud después del incendio y luego le dio un hogar, incluso después de que alcanzara la madurez. Lo había guiado desde que asumió el liderazgo del clan, y él a menudo buscaba su opinión cuando tenía que tomar una decisión importante.

—¿Cómo está tu pierna?

Su traductor aún no funcionaba por completo. Necesitaría tiempo para adaptarse antes de que la traducción al inglés fuera fluida.

—Mejor cada día —dijo él—. Mi compañera es terapeuta física, y me está ayudando.

Su pierna todavía le dolía, pero menos, y hasta Mila había comentado sobre su andar más fluido.

La mirada de su tía Riella se posó en Mila, y su rostro se suavizó.

—Ah, ¿es ella tu compañera? ¡La encontraste! Qué hermosa.

Levantó su mano, mostrando el símbolo en su palma, y ella contuvo el aliento.

—¿Sucedió? —Ella echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito, como muchas mujeres expresaban su felicidad en Crakair—. Alabado sea. Un vínculo de compañeros. Y es una mujer de raza alienígena. Sobrino... —La piel alrededor de sus ojos se arrugó—. Estoy feliz por ti.

Apartó a Kral a un lado.

—Debo verla.

Mila le lanzó una mirada preocupada, pero una sonrisa vacilante apareció en su rostro cuando Riella se dirigió hacia ella.

—Bienvenida —dijo Riella. Parpadeó rápidamente al ver al meerdreg y dio un paso hacia atrás—. ¿Qué es eso?

—Este es Chee-chee —dijo Mila con calma—. Es mi amigo.

—Los Crakairianos no son amigos de los meerdregs —la mirada de Riella se dirigió a Kral —. Garras...

—Chee es dulce —dijo Mila con cuidado—. No puedo imaginar que lastimara a nadie.

Kral notó que ella estaba nerviosa por no querer insultar a su tía, pero Riella amaba a todos. Nunca se ofendería.

—Ya veremos —con un leve asentimiento, Riella miró por encima de su hombro a los dos

primos de Kral que estaban al borde del bosque—. Hijos, deben participar en la Selección. Imaginen, ¡vínculos de compañeros! Algún día seré abuela.

Acarició el brazo de Mila.

—Bienvenida. Bienvenida.

La sonrisa de Mila se hizo plena, y su postura se relajó.

—Gracias.

Los primos de Kral mostraron los colmillos, y la mirada depredadora de Hantir recorrió el cuerpo de Mila.

Los primos de Kral se acercaron, y Josik apoyó las manos sobre los hombros de Kral, mostrando sus colmillos en señal de bienvenida. Hantir hizo lo mismo.

—Hace mucho que no te veo —dijo Josik. Inclinó la cabeza hacia Mila—. Bienvenida.

—Encantada de conocerte.

Mila sonrió, cambiando a Chee-chee de cadera. Extendió la mano, y Josik la tomó, con una mirada de sorpresa dirigida a Kral.

Se acostumbrarían a los encantos de Mila.

Kral observó a Hantir mientras avanzaba y estrechaba la mano de Mila. La atención de Hantir se demoró en Mila más de lo que a Kral le agradaba.

Mientras que Kral y Josik siempre habían sido amigos, nunca se había llevado bien con Hantir, aunque Kral siempre había intentado. Sus sekairs se erizaron ante la mirada codiciosa de Hantir, pero se obligó a retroceder. Era familia. Su primo no tenía compañera. Era natural que Hantir se sintiera atraído por la primera hembra elegible que llegaba al clan.

Pero Mila era de Kral, y lucharía hasta la muerte por mantenerla.

Riella extendió su mano hacia sus hijos.

—Mis hijos, Josik y Hantir. Son buenos jóvenes.

Hantir gruñó por el comentario de "jóvenes", pero besó la mejilla de su madre. Al darse la vuelta, olfateó el aire y mostró sus colmillos.

—¿Sin vínculo con la terrestre? Aún libre para tomar.

Se acercó a Mila, quien dio un paso atrás.

Kral tomó su mano y la atrajo hacia su lado, en parte para mostrarle que estaba allí para ella, pero también porque su mano se había deslizado hacia el cuchillo de cocina que llevaba en una funda en su cinturón. Si Hantir no tenía cuidado, lo apuñalaría.

Josik frunció el ceño a su hermano, y no había forma de ignorar la advertencia en sus ojos.

Mila levantó su mano libre, mostrando el símbolo.

—Aunque es un placer conocerte, Hantir, me temo que tendrás que postularte para la Selección como todos los demás.

Probablemente solo Kral notó su estremecimiento.

—Quizás la computadora te empareje con una compañera terrestre —se inclinó hacia Kral, susurrando—. O quizás no.

Sonrió ampliamente y levantó la voz.

—¿Dónde está tu casa? Me encantaría acomodarme, lavarme las manos. Relajarme.

—Te mostraré —dijo Riella, mostrando sus colmillos—. Casi hija para mí, ahora que estás unida a mi sobrino.

Extendió su mano.

—Ven. Ven. Iremos juntas al pueblo.

Mila miró a Kral, y él quería insistir en que él le mostraría todo, pero como Anciana, la palabra de Riella tenía peso. Además, Kral a menudo estaba ocupado con sus deberes de

liderazgo, y odiaba la idea de que Mila se quedara sola en su casa. Necesitaría amigos, y ¿quién mejor que su querida tía? Era familia, y la familia se cuida mutuamente.

Vio a alguien esperando al borde del bosque y la llamó.

Su amiga de la infancia, Sereel, se acercó con una sonrisa vacilante en el rostro. Su mirada se dirigió a Riella, y se detuvo antes de avanzar, con sus largos naanans de color azul oscuro balanceándose sobre su espalda.

—Ah, Sereel. Debes conocer a una nueva amiga —dijo Riella—. No debes quedarte en el bosque. Debes ser orgullosa de ser una Vikir.

Sereel se acercó, pero su mirada cayó.

—Es un placer conocerte —le dijo a Mila con una voz vacilante.

Mostró sus colmillos a Kral, y él inclinó la cabeza hacia ella. Había amado a Sereel desde el momento en que nació, hija de los buenos amigos de sus padres. Cinco años menor que él, la había tratado como a una hermana adorada, ya que él no tenía hermanos. Sus padres habían esperado que se vincularan, pero él nunca la había visto más que como una amiga, y ella sentía lo mismo.

—También es un placer conocerte —Mila le extendió la mano, y Sereel la tomó con cuidado. Su mirada se dirigió a Kral, y estaba claro que no sabía qué hacer con el gesto—. ¿Te gustaría caminar conmigo hasta el pueblo?

Riella frunció el ceño.

—Yo... te acompañaré...

—Es una buena idea —dijo Kral, inclinando la cabeza hacia Sereel. Más cercana a la edad de Mila, tal vez Sereel sería una mejor amiga cercana que su tía.

La atención de Sereel se dirigió a Josik antes de volver a Mila.

—Sí, me gustaría.

Kral no pasó por alto cómo Josik observaba a Sereel. Finalmente. Sereel había adorado a Josik durante años. ¿Finalmente había visto a la amable persona que había estado frente a él todo este tiempo?

Mientras Sereel exclamaba sobre el meerdreg y Mila mostraba la criatura, las dos mujeres caminaron lentamente, entrando en el bosque por el sendero bien trazado. Charlaban mientras caminaban, y la risa de Sereel resonaba.

—Has hecho bien —dijo Riella suavemente a Kral en crakairiano. Pasó su brazo por la cintura de Kral para un breve abrazo—. Estoy agradecida de que el emparejamiento haya resultado en un vínculo de compañeros. Tal vez ahora mis hijos consideren la Selección para ellos mismos.

—Tal vez.

Kral tenía sus dudas de que Hantir calificara. Josik, sí, pero si era sabio, le pediría consejo a Sereel sobre el cortejo. Hantir necesitaría referencias... y un trabajo... y nunca había parecido entusiasta en trabajar por nada en la vida, incluida una compañera.

—No importa.

Riella abrazó el brazo de Kral.

—Estás a salvo en casa y has traído una hermosa compañera a nuestro pueblo. Espero que pronto esté con un hijo, tu heredero.

Kral no había pensado tan adelante, aunque no estaba seguro de por qué. Tal vez porque habían pasado tanto tiempo huyendo de los Al’kieern y luego conociéndose. ¿Era egoísta desear más tiempo con su compañera antes de tener hijos?

Aunque... Podía imaginar a un joven fuerte con los ojos azules de Mila y los naanans de color

castaño. O a una hija con el cabello sedoso de Mila y los ojos oscuros de Kral. Cualquiera de los dos sería bienvenido.

Una cosa estaba clara.

Mila había traído esperanza a su clan.

CAPÍTULO 25

Mila

Sereel guio a Mila por un amplio sendero que atravesaba el bosque.

—Un meerdreg —dijo Sereel con asombro—. ¿Quién lo habría pensado?

—Es muy amigable —Mila se acercó más a Sereel, quien se congeló cuando Chee-chee emitió un chirrido—. No te arañará, te lo juro. Puedes acariciarlo si quieres.

Sereel acarició con cuidado la espalda de Chee-chee, y el meerdreg ronroneó. Se inclinó hacia adelante, extendiendo sus cuatro brazos hacia Sereel. Los ojos de ella se abrieron con sorpresa, tragó saliva, pero tomó a la criatura de manos de Mila, soltando solo un pequeño chirrido cuando Chee-chee rodeó su cuello con los brazos.

—¿Las garras no hacen daño? —preguntó Sereel con una mueca. Su mano se levantó y dudó antes de acariciar la cabeza de Chee. El pecho del meerdreg vibró de felicidad, y se acurrucó más cerca, lo que hizo reír a Sereel—. Me gusta este meerdreg.

Mila sonrió.

—A mí también. Cuando lo encontré, tenía una pata herida. Le puse una férula, y está sanando. Pronto, correrá por todas partes.

Los ojos de Sereel se agrandaron aún más, como si no estuviera segura de si estar aterrada o emocionada ante esa idea.

—Kral es un buen macho —dijo Sereel suavemente mientras seguían caminando por el bosque. A su alrededor, las aves cantaban y los insectos zumbaban. Flores de todos los colores del arco iris contrastaban con las hojas azules de los enormes árboles por los que pasaban—. Es honesto, Kral lo es. Justo, también. Lo verás.

—Te creo —dijo Mila, sin ocultar su sonrisa—. Es el mejor. Estoy tan feliz de haber sido emparejada con él.

Mila había notado el afecto entre Kral y Sereel, y aunque no se sentía celosa, no estaba segura de cuál podría ser su relación.

—Mejor tú que… —se interrumpió y miró al suelo por un momento antes de alzar la vista de nuevo y mostrar sus colmillos—. Ya, cuidas a Kral. Lo veo. Eso es bueno. Es como un hermano para mí.

—Tú y él… —Mila lo había dicho antes de pensarlo.

—¡Oh! No —Sereel miró hacia los otros que caminaban detrás de ellas—. Josik —suspiró con anhelo—. Algún día me verá, espero.

Así que así era. Quizás Mila podría jugar a ser casamentera…

—Tú y Kral, muchos hijos tendréis, y tía yo seré —dijo Sereel, mostrando sus colmillos nuevamente.

El rostro de Mila se sonrojó. Ella y Kral no habían hablado sobre hijos, aunque el acuerdo de

emparejamiento con la Tierra decía que la mujer debía estar dispuesta a dar a luz hasta tres hijos. Después de eso, la decisión de tener más era de la pareja. Podía imaginar fácilmente un hijo alto con naanans. ¿Cuánto de su genética se reflejaría en sus hijos? ¿O serían completamente Crakair? Estaría feliz con cualquier cantidad de hijos, solo esperaba que fueran sanos.

—*Demasiado* amable, lo es —añadió Sereel, echando otro vistazo por encima de su hombro. Sus dedos se apretaron sobre el cinturón del vestido de cuero suave que llevaba puesto.

—¿Es posible que alguien sea demasiado amable?

—A veces, sí —la voz de Sereel bajó, y se inclinó hacia Mila—. Cuidado debes tener. Algunos...

—Sereel —dijo Riella amablemente, acercándose detrás de ellas—. Ayudarme debes con el banquete que celebraremos. Festejar el regreso seguro de Kral y a su compañera, debemos. Esta noche, yo seré la anfitriona. Muchos vendrán.

—Sí —dijo Sereel, inclinando la cabeza hacia la mujer mayor, que parecía ser la matriarca del clan.

Los ojos brillantes de Riella se posaron en Mila.

—Espero que comer te guste. Mucha comida habrá.

—Me encanta la comida —Mila realmente esperaba que los traductores se ajustaran pronto. Podía entender lo que decían siempre que hablaran despacio, pero si empezaban a hablar rápido, se perdería. Sentía que estaba conversando con un grupo de Yodas—. ¿Qué tipo de platos puedo esperar en el banquete? —se giró ligeramente para incluir a Riella y Josik en la conversación. A Hantir lo ignoró—. Muchas gracias por hacer esto. Es un honor estar aquí, y tengo muchas ganas de asistir al banquete.

—Dulce, ella es —dijo Riella, sonriendo a Kral, que caminaba a su lado.

Los primos de Kral caminaban detrás de ellos. Josik miraba a Sereel. Hantir deslizó su mirada por el cuerpo de Mila, y un escalofrío recorrió su piel.

Alerta de idiota. No importa a dónde fuera una mujer, siempre se encontraba con algún tipo que la miraba con descaro.

Como si pensara que lo estaba mirando a él, Hantir mostró sus colmillos.

Cuando Kral sonreía, las rodillas de Mila se debilitaban. ¿Con Hantir? No tanto. Era espeluznante. Lo evitaría.

Maldición, ahora estaba pensando en inglés roto. Se tocó el traductor implantado detrás de su oreja, con la esperanza de que eso lo acelerara, porque el problema estaba en su lado o en el de ellos. Le habían dicho que esperara algo así, pero era un poco desconcertante. No lo había notado cuando conoció a Kral.

En cuanto a Hantir, solo podía esperar que el primo baboso de Kral no visitara a menudo, aunque las probabilidades eran pocas según lo que había visto hasta ahora. Kral mencionó que solo había unos pocos miles de personas en su clan. Probablemente se toparían todo el tiempo.

Hasta ahora, Riella y Sereel parecían agradables. Después de haber crecido sin una madre cerca, sería increíble tener otras mujeres en su vida. Podía decir que Riella adoraba a Kral, y estaba organizando una gran bienvenida para Mila.

Se detuvieron al pie de un árbol cuyo diámetro tenía al menos siete metros. Los únicos árboles que había visto tan grandes fueron durante una caminata por las secuoyas de California. Alrededor del árbol, el suelo estaba bien compactado, casi como si alguien hubiera despejado el área con una desbrozadora industrial.

—¿Nos veremos más tarde? —preguntó Josik con una inclinación hacia Mila. Su mirada anhelante se desvió hacia Sereel.

Definitivamente, Mila necesitaba hacer de casamentera. Eran una pareja destinada a ser.

Josik y Kral se chocaron los hombros una vez más, y luego Josik se internó en el bosque.

—¿Llegamos…? —preguntó Mila. Miró a su alrededor y no vio ninguna casa, pero tal vez estaban camufladas para mezclarse con el bosque a su alrededor.

—Arriba, iremos —dijo Sereel con una sonrisa burlona. Aplaudió sus manos—. ¡Kral ha mantenido un secreto! Sorprendida estarás.

Mila ya estaba sorprendida. ¿Arriba?

—¿Cómo subimos? —preguntó. Y por favor, que hubiera barandillas donde quiera que fueran. No le molestaban las alturas, pero ¿vivían realmente en las copas de los árboles?

Respiró hondo y lo soltó, decidida a no juzgar hasta haber visto su nuevo hogar. A Kral le encantaba. A ella también le encantaría.

—Hace tiempo, trepábamos —dijo Sereel.

—¿Cómo? —Mila caminó alrededor del árbol, pero no vio ningún asidero ni forma de subir, a menos que se aferrara a la corteza.

—Ingenioso —dijo Sereel—. Desaparecidos, los viejos caminos están.

Riella sonrió y charlaba con Kral.

Hantir acechaba y la miraba lascivamente. Realmente, ¿no tenía trabajo al que ir?

—¿Por qué no viven en el suelo? —preguntó Mila.

—Es peligroso —dijo Sereel, su sonrisa se desvaneció. Su mirada recorrió el bosque circundante, pero si algo los observaba, Mila no lo percibía. Pero este era un mundo nuevo, con criaturas nuevas. Si los Vikirs vivían en los árboles, tenían una razón válida.

—¿No tienes cortes? —preguntó Riella, con la mirada preocupada recorriendo a Mila.

Ah, claro. Era sanadora.

Mila parpadeó y habló despacio.

—No. No los tengo —¿Por qué preguntar por cortes?

—Bien. Estarás segura —dijo Riella con un gesto tranquilizador.

De acuerdo...

Todos se acercaron más al pie del árbol, y Riella levantó un brazo.

Mila inclinó la cabeza hacia atrás, tratando de ver qué la esperaba arriba, pero las hojas ocultaban la copa. No había cuerdas a las que pudiera agarrarse y, lamentablemente, no veía ninguna escalera descendiendo para recibirla.

Sereel le entregó a Chee-chee a Mila antes de sacar un pequeño tubo metálico de su bolsillo y llevar un extremo a sus labios. Con un soplido y un movimiento de sus dedos sobre tres agujeros, creó una melodía breve.

Kral se acercó y envolvió sus brazos alrededor de Mila, como si sintiera lo incómoda que se sentía. No tenía realmente miedo de lo que sucedería después, pero todo era nuevo y diferente. Era normal sentirse un poco inquieta por todo esto.

Chee-chee miraba hacia arriba, llamando su atención en esa dirección nuevamente.

Largas enredaderas descendieron.

—¿Alguien las envió? —preguntó a Kral.

—El árbol.

—¿El árbol envió las enredaderas? —Debía de estar equivocada.

—Tenemos una relación con los árboles hogar. Lo verás. Todas las noches tocamos la música que necesitan para que crezcan fuertes y ellos, a cambio, nos dan ramas para nuestros hogares. —Uno de sus brazos se levantó mientras el otro la giraba hacia él y apretaba su cintura —. Agárrate. —Una enredadera rodeó su muñeca, y con un tirón, los levantaron del suelo.

Mila tragó saliva y aferró la parte delantera de su camisa.

Chee-chee soltó un chirrido.

Kral se rio mientras ella se aferraba a él, mientras, a su alrededor, la familia de Kral también se elevaba en el aire, levantada por las enredaderas.

Fueron depositados en una amplia y suave rama que se extendía hacia las copas del árbol.

El brazo de Kral se aflojó mientras Mila miraba a su alrededor.

—Vaya. Es hermoso —dijo en voz baja.

Kral la besó.

—Bienvenida a casa, mi amor.

CAPÍTULO 26

Kral

Cuando Hantir se movió para seguirlos a él y a Mila hacia su hogar, Kral levantó una ceja con surcos marcados.

La mirada de Hantir cayó a sus pies, y retrocedió. Hizo una reverencia y se deslizó en la otra dirección, hacia su residencia, sin decir otra palabra.

—Voy a preparar el banquete —dijo Riella, aparentemente ajena a las acciones de Hantir. Agarró a Mila por los hombros y le dio un beso en cada mejilla—. Nuevamente, bienvenida, sobrina nueva. Nos vemos en el festín.

Mila sonrió, desconcertada, y cuando Sereel se adelantó para besarle también las mejillas, Mila le devolvió el gesto.

Mientras su tía y su amiga tomaban el puente de lianas que conectaba esa plataforma con otro árbol, Mila las observaba.

—Este lugar es increíble. ¿Y viven aquí, en los árboles? —Se rio—. Pensé que llegaríamos y encontraríamos casas normales, como las que recuerdo de la Tierra. Eso fue lo que vi en la ciudad y en el campo mientras viajábamos hasta aquí.

—¿Estás decepcionada? —¿Y si lo estaba? ¿Podría él vivir de otra manera? Lo intentaría, porque quería que ella fuera feliz.

—De ninguna manera —su sonrisa tranquila le hizo ver que no tenía de qué preocuparse.

—Disfrutarás viviendo en el cielo —dijo, colocando un brazo alrededor de su cintura—. Te mostraré nuestro hogar, y serás feliz —Mostró sus colmillos en una sonrisa traviesa. No era tan "presumido" como aparentaba. A veces actuaba así solo para hacerla sonreír.

—Muéstramelo —dijo ella, con los ojos brillando—. Quiero verlo todo.

Él la guio en la otra dirección, a través de un puente de cuerda, este abarcando un tramo más largo.

Ella tragó saliva.

—¿A qué altura estamos?

—Un cuarto de klek.

—Eso no significa nada para mí —dijo ella, aferrándose a la barandilla con una mano, mientras con la otra mantenía a Chee-chee pegado a su costado—. Diría que estamos al menos a unos doce o quince metros de altura. ¿Por qué tan alto y no, digamos, a seis metros del suelo? ¿Es por tradición o…?

—Hace mucho, los Vikir construyeron sus hogares en los árboles para protegerse de criaturas que cazan en el suelo, pero no pueden trepar.

Ella se estremeció.

—¿De qué tipo de criaturas estamos hablando?

—Las más peligrosas viven más profundo en las montañas. Rara vez vienen a esta zona, y solo cuando son atraídas por el olor de la sangre.

—¿Eso es lo que tu tía quiso decir cuando preguntó si tenía cortes?

Él asintió.

—Cualquier herida se cubre rápidamente. El olor de la sangre despierta su hambre.

Qué encantador. Mila se estremeció, pero apartó su inquietud. Kral no la llevaría allí si no fuera seguro.

—Entonces, evitaré cortarme. —Mientras miraba a su alrededor, suspiró de felicidad—. A pesar de las criaturas rastreadoras de sangre y la caída de vértigo hasta el suelo, este lugar es increíble. Ya lo amo.

Los hombros de Kral se relajaron. No estaba seguro por qué, pero había temido que ella encontrara este estilo de vida demasiado diferente a lo que estaba acostumbrada en la Tierra. Esa era, en parte, la razón por la que no le había contado exactamente dónde vivía su gente. Había oído que los humanos vivían como lo hacía Vork en la ciudad, y esa no era la vida para Kral. Esperaba que Mila viera su hogar y lo amara tanto como él.

—Déjame mostrarte nuestra casa —dijo, tomando su mano. La guio por el puente hasta una plataforma que conectaba con diez puentes más que se extendían como los radios de una rueda.

—Me voy a perder —dijo ella con una risa mientras lo seguía por otro puente hacia otra plataforma—. ¿Cuántos puentes hay aquí?

—Demasiados para contarlos. Recuerda que en mi clan hay más de dos mil Vikir. Cada familia tiene una vivienda privada, y cada una ha construido su hogar en su propio árbol.

—Es increíble —dijo ella, mirando a su alrededor con asombro—. Las flores son preciosas. Las hojas son impresionantes. Y tú… —Saltó y le dio un rápido beso, haciendo que el puente se balanceara cuando aterrizó—. Eres lo mejor de todo.

Él no estaba seguro de que su pecho pudiera contener todas las emociones que sentía.

—¿Cómo se llama esa flor? —preguntó ella, señalando.

—Enredadera chloey rastrera —respondió él, con la voz ronca de emoción. Esa mujer… su mujer. No podía imaginarse vivir sin ella—. Florece al anochecer.

—¿Hace frío aquí?

—En invierno, necesitamos usar pieles más gruesas, y cae nieve, pero se derrite cuando sale el sol —señaló la cadena montañosa distante que se asomaba entre los árboles—. En las elevaciones más altas, cuando comienza a nevar a finales de otoño, la nieve permanece hasta la primavera.

—Como en la Tierra, en las partes del norte de mi país.

Cuando se acercaron a su residencia, él observó su rostro.

Después del incendio, había vivido con su tía hasta que construyó su propia casa en ese árbol. Las cicatrices del fuego aún permanecían unos niveles más abajo de la casa de Kral, donde su padre había construido el hogar para la madre.

Cuando el padre de Kral lo empujó por la ventana para salvarlo del fuego, cayó en la plataforma de abajo, rompiéndose la pierna en tres partes.

Nunca se perdonaría por no haber despertado a tiempo para sacar a sus padres. Decían que su madre murió por inhalación de humo, que no se dio cuenta de nada, pero su padre sí lo supo. Después de salvar a Kral, murió quemado intentando llegar hasta la madre.

Vivir en el mismo árbol en el que creció había sido… agridulce para Kral. Juraba que escuchaba a su madre llamarlo, y más de una vez oía un sonido y se giraba para preguntar algo a su padre, solo para encontrarse solo en la habitación. Pero encontraba consuelo en sentirlos

cerca.

Una tontería, pero a veces les hablaba, y juraba que le escuchaban.

Se detuvo a mitad del puente y atrajo a Mila contra su pecho, envolviéndola con sus brazos.

—Construí esta casa con mis propias manos —le susurró al oído—. Soñé con compartirla algún día con una compañera. —La emoción le hizo un nudo en la garganta—. Contigo.

—Kral —ella se giró en sus brazos y se puso de puntillas para besarlo—. No puedo esperar para verla. ¿Me la enseñas?

Él la llevó el resto del camino y se detuvo en la puerta.

—Hay una tradición de la Tierra que Lily me contó.

—¿Cuál? —rio ella—. Tenemos muchas tradiciones.

—Quiero traer un árbol y decorarlo durante el invierno, para tu Navedadd.

—¡Kral! ¡Eso sería maravilloso! Podemos cantar villancicos, ensartar palomitas de maíz, y te haré una media navideña.

—¿Por qué harías una media para mí?

—Ya verás —le guiñó un ojo—. La Navidad es mi festividad favorita.

Él se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Claro, Navidaddd.

—Algo así —sonrió ella, mirando a su alrededor—. ¿Qué tradición de la Tierra piensas honrar ahora mismo?

Él la alzó en brazos. Después de empujar la puerta con el pie, entró.

—Voy a llevarte cruzando el umbrel.

CAPÍTULO 27

Mila

Mila se secó las lágrimas y sonrió lo más grande que pudo. Después de que Kral le susurrara que este era el mismo árbol donde había crecido, sintió su dolor como un cuchillo en el corazón.

Su voz se había quebrado. Kral, el hombre por el que estaba perdidamente enamorada estaba sufriendo, y no había mucho que pudiera hacer al respecto, excepto abrazarlo y mostrarle que le importaba.

Ella comprendía la pérdida, habiendo cuidado de su padre cuando estaba enfermo, solo para verlo morir mientras ella se sentaba a su lado, sosteniéndole la mano. Al menos ella había podido despedirse. Ese consuelo le había sido arrebatado a Kral.

Pero este momento era para vivir, no para llorar.

Y su enorme, ardiente prometido alienígena la estaba llevando a cruzar el umbral. Le explicaría la palabra correcta más tarde. O no. No importaba. ¿Cuántas veces hablarían de umbrales?

—¿Se supone que debo bajarte? —preguntó él al estar dentro del pequeño vestíbulo.

Una mirada rápida mostró tres puertas en el corto pasillo. La de la izquierda llevaba a una sala de estar con sillas talladas a mano cubiertas con cojines coloridos que parecían blandos. Brillante y alegre. Una gruesa alfombra de piel yacía frente a una chimenea en una de las paredes, y sí, ella estaba ansiosa por descansar en la piel, frente a un fuego crepitante. Con Kral, por supuesto.

Los techos eran altos y estaban formados por vigas cubiertas con un material beige que ella no reconocía.

—Creo que se supone que debes llevarme a tu dormitorio y devorarme —dijo ella, levantando las cejas—. ¿Lo harías? ¿Por favor? — Ya era hora de que la devoraran.

—¿Es parte de la tradición de la Tierra?

Ella apretó sus brazos alrededor de los hombros de él.

—Ni idea, pero suena a que deberíamos hacerla nuestra tradición, ¿no?

—Correcto. —Él avanzó y la llevó a través de la puerta que tenían delante. Un corto pasillo curvo llevaba a una habitación luminosa con gabinetes, indicando una cocina.

—¿Cómo construiste todo esto en la copa de un árbol? —preguntó ella, con la mandíbula cayendo más cada vez que miraba alrededor.

—Parte de nuestro hogar está construido dentro del propio árbol.

—¿Y eso no mata al árbol? Son enormes, pero ¿cómo pueden vivir si sus interiores están… vaciados?

—El interior tiene un amplio canal natural. Nosotros, los Vikir, tenemos una relación con

nuestros árboles. Nos permiten construir sobre sus hombros y dentro de ellos, y a cambio…

—¿Qué le dan a cambio?

—Música. Lo verás esta noche.

—Eso es muy vago. ¿Me darás una pista mejor? —bromeó, acariciando sus naanans, y él soltó un gruñido ahogado.

—No más pistas —él señaló con la cabeza hacia la derecha—. Hay una pequeña cámara de baño detrás de esa puerta. La mayoría de nosotros usa las piscinas más grandes, las zither, cercanas, y te las mostraré mañana.

¿Bañarse con pececitos? No podía esperar. Tal vez. Pero si a las mujeres crakairianas les gustaba la experiencia, también a Mila. Estaba decidida a convertirse en Vikir lo antes posible, incluido todo lo de los boodlers.

—La siguiente puerta en la pared izquierda lleva a un pequeño estudio o… —Él agachó la cabeza y luchó con el pomo.

—¿O…?

—También podría ser una habitación para un pequeño.

—Ah. Comencemos con lo de devorar y veamos qué podemos hacer sobre crear un pequeño.

—Mila —suspiró él.

—Quiero tus hijos.

—Y yo—dijo él.

Ella rio.

Después de abrir la puerta, la llevó a un gran dormitorio construido en el centro del árbol.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y dejó la boca abierta.

—Vaya. ¿Y tú construiste todo esto solo?

—Con la ayuda de Josik.

No había un verdadero techo, solo una cúpula de cristal, o lo que ella creía que era cristal, en la parte superior, donde el árbol se abría al cielo. La luz del sol de última hora del día se filtraba por las ventanas, ahuyentando las sombras.

—Es hermoso —dijo ella, mirándolo, y al ver las líneas de dolor en su rostro, sintió que sus entrañas se retorcían—. Si quieres, podemos ir a la sala y hablar. Todo ese asunto de devorarme es solo una broma. Estás sufriendo, y quiero ayudarte a sentirte mejor.

Su rostro se iluminó, y pareció sacudirse la tristeza.

—¿Estás sugiriendo que pierda mi oportunidad de devorarte? Jamás. —Él mostró los colmillos, y sus ojos brillaron de felicidad—. Tantas noches soñé con compartir esta habitación con mi compañera, y ahora lo haré.

Cerró la puerta de una patada y cruzó la habitación para bajarla con cuidado en la cama.

Mientras ella se deshacía de su ropa rápidamente, él también se desnudó, arrojando a un lado los zapatos, los pantalones y la camisa que Vork le había dado en el puerto espacial.

Se dejó caer en la cama a su lado y, gruñendo, le acarició el cuello con la nariz mientras la envolvía con sus brazos.

—Al fin te tengo donde quiero. En mi cama y en mis brazos. —Levantó la cabeza y mostró los colmillos, viéndose a la vez juvenil y arrogante—. Y en mi corazón.

—Kral. Te amo.

Su sonrisa desapareció, reemplazada por una expresión de pura satisfacción. El negro en sus ojos eclipsó la banda azul que los rodeaba, y él presionó su rostro contra el cuello de ella.

—Mila. —Su tono grave y ronco hizo que el pecho de ella doliera.

—Espero que esté bien decírtelo. Hemos tenido lo que algunas personas llaman una relación

relámpago. Ha sido rápida y ardiente, pero para mí, se siente real.

—Tú… —Él negó con la cabeza—. Yo… Tú...*nosotros*...significamos tanto para mí.

—Este es el comienzo de nuestras vidas juntos, aquí en tu...*nuestro*...hogar.

—Quiero besarte y amarte por siempre.

Ella sonrió.

—Entonces empecemos ahora.

Él gruñó de nuevo y la besó, con su boca pesada sobre la de ella. Su cuerpo se alzó sobre el de Mila, pero él se apoyó en sus fuertes antebrazos para no aplastarla.

A ella le encantaba el calor que estallaba dentro de su cuerpo cada vez que se tocaban. Ya estaba húmeda por él, y cuando levantó la cabeza, pudo notar que él lo sabía, porque le dio otra sonrisa arrogante.

Sus labios se suavizaron cuando él descendió por su cuerpo.

—Déjame darte tu primer orgasmo en nuestro hogar. —Cuando levantó la vista, sus ojos ardían—. Quiero saborearlo en mi lengua, sentirlo bajo mis dedos y oírlo cuando grites mi nombre.

Si continuaba con esa conversación tan ardiente, ella iba a correrse solo con sus palabras. Pero no quería eso. Quería desmoronarse con él empujando dentro de ella. Aunque estaría feliz con un orgasmo de bienvenida a casa ya que él lo había ofrecido.

Separó las piernas, y él cerró los ojos e inhaló.

—Hueles fantástico. Como especias, almizcle y deseo por mí. No hay aroma más embriagador.

Algunas chicas habrían cerrado las piernas mientras la vergüenza inundaba sus rostros. No Mila. Ella dobló las rodillas para darle mejor acceso. No había lugar en su cama para la vergüenza. Quería saborear cada momento, cada suspiro y gemido que crearan juntos.

Él la lamió, y ella se arqueó debajo de él, queriendo más.

Con una risa ahogada, él siguió lamiendo, cubriendo su abertura y su clítoris con su lengua bifurcada, ligeramente áspera.

Ella sacudió la cabeza y aferró las mantas. Mierda, iba a correrse de inmediato.

No, no. Aguanta. Quería sentirlo para siempre, no acabar rápido. Su cuerpo se estremeció, negándose a seguir la orden de su mente, y ella tembló.

—Así, amor —dijo él, mientras sus dedos la acariciaban y un naanan vibraba sobre su clítoris —. Así. Dame todo.

Ella cabalgó la ola hasta la orilla mientras él se elevaba sobre ella.

Levantando sus piernas, él se hundió dentro de ella, el estiramiento exquisito que provocaba era tan emocionante como si fuera la primera vez juntos.

Él se bajó sobre sus antebrazos y la besó mientras se movía. Sus embestidas, lentas y profundas, encendieron un fuego dentro de ella una vez más.

Se movieron con las miradas entrelazadas, y el calor creciendo hasta que sus gemidos resonaron en la habitación.

Cuando ella se acercaba a otro orgasmo, él se levantó y levantó sus piernas sobre sus hombros, luego se hundió en ella hasta que ambos llegaron al clímax y se desplomaron juntos.

Mientras él cubría su rostro y cuello de besos, ella se rio, porque le hacía cosquillas.

Debió haberse quedado dormida, porque un ruido de rasguños en la puerta principal la despertó.

—¿Kral? —llamó Hantir—. ¿Kral?

—Lo ignoraremos —dijo Kral suavemente.

¿Podrían hacerlo por el resto de sus vidas?

—Sabe que estamos aquí —dijo Mila con un suspiro—. Mierda, probablemente sepa lo que estamos haciendo.

—¿Qué más haría una pareja recién unida sino follar?

—Buen punto, pero…

Hantir volvió a rascar la puerta.

—¿Kral? Lamento molestarte, pero…

—Tal vez solo quiera decirte algo rápido —Mila le dio un golpecito en el costado—. Ve, escucha, y luego vuelve a la cama. —Ella levantó las cejas y fingió mirarlo lascivamente.

Él frunció el ceño, como si estuviera preocupado de que ella tuviera algo en el ojo.

Su técnica no era tan sugerente; necesitaba mejorarla.

—Estoy seguro de que no es nada —dijo él suavemente.

—¿Kral? —preguntó Hantir—. Mensaje tengo de mi madre.

—Quiero mucho a mi tía —dijo Kral—, pero a veces... —Gruñendo, se levantó de la cama. Se envolvió las piernas y la cintura con una ancha tira de cuero, y de repente llevaba un taparrabos decente. Al salir del dormitorio, se dirigió al pasillo. Sus voces bajas llegaron hasta Mila, que se giró sobre un costado y se arropó. Si Kral tardaba demasiado, se quedaría dormida otra vez. Pero entonces podría despertarla...

Regresó a la habitación unos momentos después.

—Tengo que irme. Lo siento.

Ella frunció el ceño y se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Está todo bien?

—Dos hombres han comenzado a pelear por un wildarn caído. Como líder de mi clan, es mi deber intervenir —dijo mientras se ponía los pantalones y sacaba una camisa del armario—. No creo que esto pueda esperar hasta mañana.

Ella se incorporó.

—¿Te irás mucho tiempo? Quizá podría ir contigo. —No le molestaba esperar sola, pero no había mejor momento que ahora para conocer a los habitantes del pueblo. No tenía idea de lo que era un wildarn, pero lo averiguaría.

Kral se inclinó sobre ella y le dio un beso prolongado.

—Quédate aquí. Tal vez toma una siesta. Hemos estado corriendo y luchando durante lo que parece una eternidad. Arreglaré esto y volveré rápido —dijo, levantando y bajando las cejas gruesas de una manera que la hizo sonreír. Él había entendido lo que Mila quería insinuar con su mirada sugerente.

Después de que Kral se fue, cerrando la puerta con llave, ella se quedó dormida. Tenía razón; estaba cansada. Por primera vez, pudo relajarse por completo y dejar que el sueño la arrastrara. Incluso mientras viajaban hacia aquí, había dormido a medias, temerosa de que otros piratas los atacaran. Demasiadas cosas malas habían sucedido como para bajar la guardia por completo.

Soñó que alguien la llamaba por su nombre...

...Y despertó con un rasguño en la puerta.

—¿Mila? —llamó Riella—. ¿Allí estás?

Aquí estaba ella.

Sintiendo una punzada de vergüenza por burlarse mentalmente de la amable tía de Kral, se levantó de la cama y se vistió rápidamente antes de salir al pasillo.

—¿Mila? —Riella volvió a rascar la puerta.

—Voy —dijo, desbloqueando la puerta y abriéndola.

Chee-chee corrió detrás de ella y miró a través de la abertura, soltando un chillido al ver a Riella.

—Ah, allí estás —dijo Riella, mostrando los colmillos.

—Sí, aquí estoy —respondió Mila, forzando una sonrisa. Unos minutos de sueño no habían sido suficientes. Quería volver a meterse bajo las sábanas con Chee-chee.

—Es hora del festín —dijo Riella.

—¿Ya? —Mila miró más allá de la otra mujer—. Pensé que Kral volvería por mí y que iríamos juntos.

—Nos encontraremos allí, dijo él —Riella frunció los labios—. La discusión por el wildarn está caliente. Hombres —negó con la cabeza y mostró los colmillos a Mila nuevamente—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo —pensó Mila. Lo típico de los hombres, pelear por... lo que fuera que fuera un wildarn. Quizás algo como una cabra. O un coche, aunque no parecía haber nada parecido a coches en la aldea Vikir. A menos que los estacionaran... entre los arbustos—. Déjame ponerme algo más antes de irnos.

—Sí —dijo Riella, empujándose para entrar—. Ayudaré, lo haré. —Levantó una bolsa de tela que llevaba colgada del brazo—. Vestido traigo. Vestido hago.

—¿Me trajiste un vestido que tú misma hiciste? Qué amable de tu parte.

—¡Nueva sobrina!

En poco tiempo, Mila llevaba un vestido de cuero suave, similar al que Sereel había usado antes. Tan ligero y cómodo como el algodón, la falda se ensanchaba un poco cuando Mila giraba frente a Chee-chee, que estaba sentado en la cama, chillando.

—Hermosa —dijo Riella—. Ahora, lista estás.

En el pasillo, Riella se volvió hacia Mila antes de que pudiera levantar a Chee-chee para llevarlo con ella.

—¿Aquí se queda el Meerdreg? —le acarició la cabeza a Chee—. Asusta a otros.

—¿Tal vez debería presentarlo a todos poco a poco? —Mila acarició al mono, que se aferraba a su cuello—. Pero quizá sea mejor hacerlo todo de una vez. Él no atacará, y verán que es amigable.

Riella sacudió la cabeza y sus grises naanans se deslizaron hacia adelante sobre sus hombros.

—Presenta al Vikir lentamente.

—Ah, quieres decir que lo traiga ante pequeños grupos para que se vayan acostumbrando a él poco a poco.

Riella sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí.

Después de empujar a Chee-chee dentro y cerrar la puerta, Mila siguió a Riella por el puente hasta la plataforma con forma de rueda, donde Riella levantó la pequeña flauta que llevaba en una cadena alrededor del cuello. Tendría que pedirle a Kral una y hacer que le enseñara la melodía.

Las lianas las llevaron al suelo, y, vaya, viajar así iba a ser algo a lo que tendría que acostumbrarse. Refugiada en los brazos de Kral, el trayecto había sido una aventura. Descender solo con una banda de la planta alrededor de su muñeca, sin tener todavía idea de por qué las lianas estaban dispuestas a realizar la tarea, casi la asustó. No había sido más feliz que cuando sus pies volvieron a tocar firmemente el suelo del bosque.

—Por aquí —dijo Riella con una sonrisa, indicándole a Mila que la siguiera. La mujer mayor tomó un camino estrecho que serpenteaba en la dirección general de las montañas.

—¿Dónde será el festín? —preguntó Mila, admirando las enormes flores moradas que florecían en los arbustos a su derecha. Le pediría a Sereel que le enseñara sobre la flora y fauna local antes de tocar algo, pero estaba ansiosa por aprender qué era comestible y qué podía servir para hacer un bonito arreglo para la mesa de la cocina. Suponiendo que tuviera una mesa de cocina.

—El festín será en un claro —Riella hizo un gesto hacia arriba—. Lunas. Luz. Maravilla. Comida buena.

—Suena como mi idea de una noche divertida. ¿Habrá música?

—Música Vikir. Dulce para tus oídos.

Mila esperaba que los traductores se ajustaran pronto, porque esas conversaciones eran extrañas.

Caminaron por el sendero durante unos diez minutos. El sudor le corría por la frente a Mila, y el vestido de cuero, tan cómodo al principio, empezaba a rozarle en los lugares equivocados. Así que mucho por querer encajar. Sería un desastre sudoroso para cuando llegaran al claro.

—¿Cuánto falta? —preguntó a Riella.

—Lejos aún —respondió alegremente Riella. Sostuvo una rama para que Mila pasara y luego agitó el brazo hacia una colina que se alzaba delante de ellas—. Arriba.

Mila siguió adelante, agradecida de que ya casi hubieran llegado a la fiesta.

Era raro que no escuchara a otros Vikir. A estas alturas, ya debería oír voces y música.

Cuando llegó a la cima de la colina, no encontró más que una loma cubierta de hierba y una vasta extensión de bosque que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Más allá de los árboles, montañas escarpadas se elevaban hacia el cielo.

—¿Estás segura de que fuimos por el camino correcto? —preguntó Mila, volviéndose hacia Riella.

Riella sostenía un cuchillo grande.

Se lanzó hacia Mila.

CAPÍTULO 28

Kral

Para cuando terminó de resolver la disputa entre los dos miembros del clan, al menos había pasado un denjar.

Se apresuró hacia su hogar, ansioso por ver a su compañera. Despertarla y besarla. Meterse en la cama con ella antes de que tuvieran que prepararse para el banquete en su honor.

Pero cuando abrió la puerta principal y llamó su nombre, solo el silencio le respondió. Eso, y los gritos frenéticos de Chee-chee.

No entres en pánico.

No tenía razón para preocuparse por Mila. Este era su pueblo, su clan y su hogar. Ella estaba segura aquí.

¿O no?

Cuando encontró el dormitorio vacío, con la ropa que había llevado antes tirada en el suelo, su preocupación se convirtió en un fuego abrasador. Recorrió la casa frenéticamente, buscándola, pero no encontró más que un silencio que le carcomía los huesos.

—¿Mila? —gritó.

Chee-chee chilló en el pasillo, y Kral corrió hacia el meerdreg, que intentaba abrir la puerta principal.

—¿Dónde está? —dijo, abriendo la puerta de golpe.

El meerdreg salió cojeando y cruzó el puente, solo para detenerse y volverse hacia Kral. —¡Cheep!

—¿Me llevarás con Mila? —gritó Kral.

—Cheep.

Agarrando la espada que había dejado junto a la puerta, la deslizó en la funda. Se aseguró de que aún tenía sus cuchillos y salió corriendo detrás del meerdreg.

Se topó con Josik al cruzar el puente.

Josik mostró sus colmillos en señal de saludo. —Yo estaba...

—¿Vienes conmigo? —dijo Kral, con los ojos ardiendo y los pulmones encendidos. Casi frenético de miedo, recibiría con gusto una mente clara. —Mila...

Con el ceño fruncido, la mirada de Josik se dirigió a la puerta de Kral. —Ella...

—No está ahí. Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿A dónde?

—No lo sé, pero Chee-chee sí. —Hizo un gesto con la barbilla hacia el meerdreg, que caminaba nervioso en la plataforma opuesta.

—La encontraremos —juró Josik. Giró y corrió hacia el meerdreg.

Josik llamó a las lianas, y descendieron al suelo en dos seclars.

Kral y Josik siguieron al meerdreg al bosque. Kral deseaba gritar el nombre de Mila, pero su desaparición le helaba la sangre. Si alguien la había tomado, no quería alertarlos de su presencia. Su corazón latía como los tambores de Krikiere que su gente usaba en las marchas fúnebres, un pesado golpe que le dificultaba respirar.

Que esté viva. Por favor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, y se los enjugó rápidamente. Los Crakairianos no lloraban. Sin embargo, no pudo detener la humedad que le corría por la cara.

¿La había encontrado solo para perderla? Dejarla ir no era una opción. No permitiría que el destino le arrebatara a su familia otra vez.

El meerdreg se cansó, y Kral lo levantó. La criatura envolvió sus brazos alrededor del cuello de Kral y señaló con una garra hacia adelante.

Josik asintió con gravedad y apretó el mango de la espada corta que había sacado de la funda en su espalda.

La furia de los antepasados Vikir de Kral llenó su alma, ansiosa por saciarse en quien fuera que osara hacerle daño a su compañera.

Dos huellas marcaban el camino. Una la reconoció como la marca del tacón del zapato terrícola de Mila.

¿Y la otra? El sutil paso del calzado de un Vikir. Alguien de su clan la había llevado al bosque, y aunque le gustaría pensar que era inofensivo, en su interior sabía que quien estuviera con ella lo hacía con malas intenciones.

Era una gran suposición, pero ¿estaba esta persona también involucrada en todo lo que había sucedido desde que Mila fue secuestrada?

La conexión que había buscado podría estar pronto en sus manos. La explosión de su nave. La estación espacial. Los piratas enviados a matarlo a él y a Mila.

Y ahora esto. Si todo estaba conectado, ¿cómo y por qué?

Cuando se acercó a una colina, escuchó gruñidos y un grito de dolor.

Josik levantó una mano libre e inclinó la cabeza, escuchando. Una expresión de pura perplejidad llenó su rostro, seguida de una de horror.

¿Qué veía?

Kral bajó a Chee-chee al suelo y, con su espada en mano, subió la colina con Josik justo detrás.

—No —gritó Josik.

Riella pasó una hoja por el antebrazo levantado de Mila mientras esta intentaba contraatacar con su cuchillo.

Con una contracción de su vientre, Riella se apartó y volvió a lanzar su cuchilla al aire.

—¡Madre, no! —gritó Josik, pero Riella continuó avanzando hacia Mila, su cuchillo cortando el aire.

—Sí —gritó Hantir desde el lado opuesto a Josik y Kral—. ¡Rápido! —Corrió hacia Josik con la espada levantada. ¿El hermano mayor mataría a Josik?

Los dos hombres chocaron con un estruendo de espadas.

Chee-chee saltó alrededor de Kral y corrió por el claro. Antes de que Kral pudiera lanzar un cuchillo a la espalda de su tía, el meerdreg se lanzó sobre Riella.

Sus garras se hundieron profundamente.

Riella retrocedió, chillando. El cuchillo cayó de su mano mientras giraba, intentando deshacerse del meerdreg.

La criatura se aferró, con su toxina fluyendo de sus garras hacia Riella.

Ella tambaleó, y sus piernas cedieron. Con un estremecimiento, cayó al suelo.

Cuando Kral llegó junto a Mila y la recogió en sus brazos, el meerdreg corrió hacia ellos, apenas afectado por la férula en su pierna. —¡Cheep!

Kral arrancó un pedazo de tela de su camisa y vendó la herida de Mila mientras los dos hombres seguían luchando.

Josik había simulado batallas con Kral muchas veces, y estaba claro que era el mejor espadachín. En cuestión de minutos, desarmó a su hermano y lo hizo arrodillarse, suplicando perdón.

—No fui yo —dijo Hantir, lanzando una oscura mirada a Riella—. Fue idea de madre.

—¿Por qué? —preguntó Kral—. No entiendo.

—Tienes una compañera —dijo Hantir amargamente.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto? —gritó Kral.

Riella yacía inmóvil, mirando hacia el cielo, con la toxina del meerdreg impidiéndole moverse. En la naturaleza, los meerdregs luego devorarían a su presa sin temor a que ésta se defendiera.

—Una compañera dará a luz —dijo Hantir. Su mirada se posó en Mila—. Y ya no sería tu heredero.

—¿Por qué debería importar eso? —preguntó Kral, con el corazón ardiendo por el dolor de la traición de su tía—. Podría vivir muchos yaros. Tal vez nunca heredes el liderazgo del clan.

—Se suponía que debía heredar hace yaros. Madre estaba esperando otra oportunidad.

El incendio.

—¡Ella los mató! —gritó Josik—. ¡Tus padres, mis queridos tíos! ¡Asesinados! —Arrojó el mango de su espada, golpeando a Hantir en la cabeza y dejándolo inconsciente. Luego apretó el arma con fuerza y se dirigió hacia su madre.

—No lo hagas —dijo Kral.

—Es mi derecho como su sangre.

—No creo que tuviera la intención de matarme, Josik —dijo Mila, sorprendentemente tranquila. Kral estaba destrozado. Sus estúpidos ojos no dejaban de humedecerse—. Por alguna razón, parecía más interesada en herirme. —Formó un círculo con la boca—. Oh. Si me hubiera herido, habría sangrado y atraído a... —Miró hacia el bosque—. Las criaturas...

Si las hubiera atraído, Mila habría sido despedazada viva.

—Quiero encargarme de esto —dijo Josik. Se detuvo frente a Kral y cayó de rodillas, inclinando la cabeza—. Por favor, líder. Déjame impartir justicia.

—Lo haré —dijo Kral, colocando su mano en el hombro de Josik. Como pariente de sangre, era su derecho encargarse de esto—. Vamos...

—Lleven a Mila a casa —dijo Josik, el dolor impregnando su voz—. Yo... —Parpadeó rápidamente—. Yo... —Un estremecimiento recorrió su pecho—. Gracias.

Mila apoyó su cabeza en el hombro de Kral, y él inclinó la suya para conectarlas. Necesitaba su consuelo más que nunca.

—¿Por qué esperó tanto tiempo para intentar matarte? —preguntó Mila—. Dijiste que han pasado diez años desde el incendio.

Josik se levantó.

—Yo... —Suspiró—. Cuando tenías catorce yaros y los wildarn se desbocaron, casi aplastándote, sospeché que algo andaba mal, pero me dije que debía estar equivocado.

No. Kral no podía creerlo.

—Los krikitts los persiguieron.

—Eso dijo Hantir —Josik miró con ira a su hermano—. Pero ¿lo hicieron? Y luego...

Kral levantó la mano.

—No puedo soportar oír más —había tenido demasiados encuentros cercanos durante los últimos diez yaros, pero los había atribuido a una vida ocupada y activa. ¿Y si algunos o todos los "accidentes" y sucesos extraños habían sido causados por su tía y su primo?

—Hantir estaba en la estación espacial —gruñó Kral. Mila debió haber visto a su primo de espaldas. Lástima que Kral no hubiera sido quien mirara al pasillo.

—Se fue de aquí poco después de que tú te fueras —dijo Josik—. Me dijo que se reuniría con un amigo, pero ahora supongo que fue tras de ti.

—¿Crees que programó la estación espacial para autodestruirse? —preguntó Mila.

Kral se encogió de hombros, pero por dentro lo sabía.

—Alguien hizo estallar mi nave. Y luego la estación espacial. Los piratas atacaron...

Los labios de Josik se apretaron, y lanzó una mirada de odio puro hacia Hantir.

—Lo siento profundamente —dijo, colocando su puño contra su pecho—. Pero te daré justicia. Por favor. Déjame con ellos. Yo...

Kral asintió y se levantó. Envainó su espada y le ofreció la mano a Mila para ayudarla a levantarse.

—Vamos, Chee —dijo Mila, recogiendo al meerdreg. Miró a Riella—. No estoy segura de que alguna vez me acostumbre al poder que este pequeño tiene en sus garras.

—Estoy agradecido de que sea nuestro amigo —dijo Kral.

—¿Podemos ir a casa ahora? —preguntó Mila—. Creo que me gustaría acostarme. O descansar en una hamaca, si tienes una.

Él puso su brazo alrededor de sus hombros y la guio colina abajo y hacia el bosque, dejando a Riella y Hantir al destino que Josik decidiera darles.

Era el camino de los Vikir. Ser leal a quienes te rodean o enfrentar las consecuencias de tu mal juicio. No envidiaba a Josik, y su pecho dolía por lo que su primo debía hacer.

La traición atormentaría tanto a Kral como a Josik por el resto de sus vidas.

Pero con cada paso, el ánimo de Kral se aligeraba.

Había terminado.

Algún día pronto tendría que procesar todo lo que había sucedido, porque encerrar los sentimientos dentro no le haría ningún bien.

Por primera vez desde antes de la muerte de sus padres, sentía que tenía un futuro sólido, uno con su compañera, Mila.

—Dijiste una... ¿hamaroca? No tengo una hamaroca, mi compañera —dijo, preguntándose qué era un hamaroca. La parte "roca" lo hacía sonar duro, pero si a Mila le interesaba, buscaría una. ¿Podría pedirla de la Tierra?

Ella lo miró hacia arriba y, aunque las sombras aún rondaban sus ojos, la sonrisa que le dio le calentó los huesos. Se relajaron, lo que hizo más fácil caminar.

—Hamaca. No hay rocas. Y creo que podemos hacer una —dijo ella—. Parece que tenemos muchas enredaderas colgando por ahí.

—Te ayudaré.

—Te diré lo que haremos —dijo, tomando su mano y apretando sus dedos mientras comenzaban a caminar de nuevo por el sendero—. Yo lo resolveré y, algún día, descansaremos juntos en una hamaca.

Deteniéndose en el sendero, él le sostuvo su hermoso rostro y le dio un beso que prometía un

futuro lleno.

Su voz resonó con la de ella:

—Juntos.

CAPÍTULO 29

Mila

Tres Días Después

Sereel entró corriendo por la puerta principal de la casa de Mila y Kral.

—¡Él viene! —soltando una risita, cerró cuidadosamente el panel y fue saltando hacia donde Mila la esperaba en la entrada de la sala—. ¡Escóndete!

Mila sonrió, le dio un rápido abrazo a la otra mujer y le susurró un agradecimiento antes de pasar al salón. Sereel se había ofrecido como su guardiana, vigilando a Kral, quien había sido distraído por Josik y llevado en una persecución inútil para mantenerlo fuera de la casa mientras Mila preparaba todo.

Alisando su vestido—de un cuero suave color azul pálido, hecho con la ayuda de Sereel—Mila adoptó una expresión casual. Detrás de ella, alcanzó a escuchar los sonidos amortiguados de sus amigos escondiéndose. Había invitado a su amiga Lily, además de a la hermana de Lily, Sadie. Sadie también había invitado a algunas de las otras mujeres de la Tierra que había conocido desde su llegada a Crakair.

Un bebé balbuceaba, la hija del Príncipe Heredero y una mujer de la Tierra. Tristemente, no había bebés en la aldea Vikir, aunque Mila sospechaba... Bueno, aún no estaba segura. No es como si pudiera hacerse una prueba en algún lugar cercano y orinar en la tira.

Pero lo sospechaba. No se lo había dicho a Kral aún, pero planeaba hacerlo esa noche. Él estaría encantado. Ella estaba encantada. No podía dejar de soñar con cómo sería su bebé. Lo mejor de ambos. Su actitud arrogante y su descaro, o su entusiasmo por la vida y su carácter estoico. No importaba.

Se oyeron pasos más allá de la puerta, y Mila retrocedió hacia el salón. Saltó al sofá y se desparramó, subiendo los pies y colocando su lector digital sobre su regazo. Sí, esa era ella, leyendo un buen romance alienígena, su favorito.

La puerta se abrió y cerró.

—¿Estás seguro de que este tipo de cosecha beneficiará a la aldea? —preguntó Josik, demasiado alto. Estaba intentando darle una señal, pero sabía que Sereel estaba vigilando. Sin embargo, fue amable de su parte advertirle.

El sonido ligero de los pasos de los dos hombres se acercaba al umbral.

Siguiendo una antigua costumbre Vikir, Josik había llevado a su hermano y a su madre al desierto más allá de las llanuras de Dunare y los había dejado con suficientes provisiones para sobrevivir una semana. Desterrados, se les había dicho que sus vidas estarían perdidas si

aparecían en alguna aldea Vikir. Kral dijo que viajarían por el desierto buscando un oasis del que se rumoraba. Mientras Mila no los volviera a ver, no quería saber qué les había sucedido.

Kral sonrió al entrar en la sala.

—Mi compañera.

No importaba cuántas veces lo dijera, un escalofrío recorría su cuerpo cada vez. Tenía la sensación de que siempre se sentiría así. Al detenerse, frunció el ceño al ver la pancarta de "Feliz Cumpleaños" que ella había colgado.

—¿Qué es…?

—¡Sorpresa! —todos saltaron de sus escondites.

Mientras sus amigos aplaudían y vitoreaban, Mila se levantó y carraspeó. Maldición, sus manos temblaban. El sudor corría por su espalda mientras las voces se apagaban y todos se volvían hacia ella. ¿Y si lo arruinaba?

—¿Kral? —dijo con la voz ronca.

Él inclinó la cabeza y entrecerró los ojos, como si intentara descifrar lo que estaba pasando.

—¿Sí?

Antes de que los nervios la traicionaran, comenzó a cantar la canción que su madre le había cantado en su cumpleaños. Sereel se la había enseñado, y había practicado toda la semana.

La cantó en crakairiano.

Pajarillo lindo, pajarillo bobo,
que trina por la mañana.

Chee-chee trinó, y algunos de los demás sonrieron.

Mila levantó al mono mientras cantaba, y la criatura envolvió sus brazos alrededor de su cuello.

Pajarillo lindo, pajarillo hermoso,
que despierta al pequeño sin aviso.

Sabía que había fallado en la pronunciación de algunas palabras, pero cuando Kral se giró y salió corriendo de la sala, su corazón se hundió. ¿Qué había hecho mal?

A su alrededor, los vítores se desvanecieron en un silencio absoluto.

Las lágrimas picaron en los ojos de Mila, y su mirada se cruzó con la de Sereel, quien se encogió de hombros.

Mila salió corriendo tras Kral, dejando la sala y encontrándolo apoyado contra la pared en la cocina.

Sus manos cubrían su rostro.

Se colocó a su lado, intentando no romper en llanto.

—Lo arruiné, ¿verdad? —Su voz salió quebrada. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y no haber cantado esa canción. Lo había lastimado. Le había recordado a los padres que había perdido. Ella...

—Lo hiciste todo bien —dijo él, con un peso emocional en sus palabras.

Mila se secó los ojos, sin vergüenza de mostrar sus sentimientos.

—Entonces, ¿por qué…?

Él bajó las manos, y su aliento se detuvo al ver sus ojos brillando.

—Estás llorando —dijo.

—Los crakairianos no lloran.

—Está bien, entonces… tus ojos están… soltando… algo.

Lágrimas. Vamos, eran lágrimas.

—Mila —la atrajo hacia él y la abrazó—. Tú... no sé qué decir.

—No quise hacerte daño —dijo ella, con el corazón dolido y el cuerpo entumecido. Pero no se trataba de ella. Si él estaba triste, quería ayudarlo—. Puedo pedirles a todos que se vayan. Podemos…

—Eso no tiene nada que ver —dijo él, tomándole el rostro y dándole un beso prolongado—. Me has hecho muy feliz.

Su estado de ánimo mejoró.

—Entonces, estas son lágrimas de felicidad.

Él asintió.

—Me alegra que estés feliz —su sonrisa creció, y no pudo evitarlo. La broma de siempre salió de sus labios—. ¿Y tus pies?

Él gruñó, acercándose a su cuello.

—Ya que es mi cumpleaños, esperaré que me emulsiones los pies esta noche.

—No es así como va. Yo soy la reina, y tú eres mi poderoso guerrero Vikir, ansioso por besar mis pies y hacerlos felices.

Él mostró los colmillos, disfrutando de la broma.

—Me gustaría emulsionar todo tu cuerpo —dijo ella, con total seriedad—. Pero me saltaré el boodler y usaré… ya sabes.

La besó de nuevo.

—Sobre tu canción…

—La canción de tu madre. He estado practicando. Quería que fuera perfecta.

—Y lo fue. No podrías haber hecho nada que me hiciera más feliz en ese momento —su mirada se dirigió hacia la sala—. Esta fiesta. No esperaba nada como esto. Dijiste que íbamos a cenar solos esta noche.

—En lugar de eso, invité a todo el grupo —ella extendió su mano—. Querían estar contigo en tu día especial. ¿Quieres unirte a ellos?

—Sí, vamos a celebrar.

Él la rodeó con su brazo mientras caminaban por el pasillo y volvían a la sala.

—¡Sorpresa! —todos volvieron a vitorear, y luego sus risas llenaron la habitación.

Todas las mujeres de la Tierra, más el bebé en brazos de Julia, la esposa del Príncipe Heredero, formaron una fila frente a Kral y le cantaron la canción de cumpleaños.

Él mostró los colmillos durante toda la canción y siguió secándose los ojos.

Lágrimas. Seguro.

Cuando terminaron, Kral fue saludando a todos con Mila a su lado.

El Príncipe Heredero Axil tenía su brazo alrededor de Julia. Cuando el bebé vio a Mila sosteniendo a Chee-chee, la pequeña mostró sus pequeños colmillos y pateó sus pies. Gorgojeó mientras sus naanans, de un profundo color cobrizo, revoloteaban alrededor de su cabeza.

Chee-chee saltó de los brazos de Mila a los de Axil. Las cejas del Príncipe Heredero se levantaron y sus manos vacilaron, pero pronto comenzó a acariciar la espalda del mono.

—Este… meerdreg. Nunca creí que pudieran ser domesticados.

Mila se encogió de hombros.

—Creo que él me domesticó a mí, no al revés.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Kral—. ¿Cómo ocultaste tu llegada?

—Debes agradecerle a Vork por traernos a todos —dijo Axil, sonriendo al alto comandante crakairiano que estaba a su lado con su compañera, Evie.

Evie sonrió, y su mano tocó ligeramente su vientre.

—Vork "tomó prestado" —hizo comillas con los dedos— un transbordador y recogió a todos para la fiesta. Lo estacionó más allá de la aldea, y todos caminamos en puntillas mientras Josik te mantenía ocupado.

Kral negó con la cabeza a Josik, quien mostró sus colmillos. Sus miradas se cruzaron con las de Sereel, y sus naanans rubios se levantaron antes de caer sobre sus hombros. Mila estaba convencida de que pronto formarían un vínculo de compañeros.

—Hice un buen trabajo convenciéndote de que teníamos un problema con la cosecha de jinjin —dijo Josik, añadiendo para Mila—. Lo llevé por los campos, diciéndole que era aquí... no, allá... y luego otro lugar, sin recordar nunca exactamente dónde estaba el problema.

—Genial —dijo Evie—. Debió ser muy divertido.

Sereel se unió al grupo y extendió los brazos para sostener al bebé.

—¿Puedo cargarla?

—¿Estás segura? —preguntó Julia, colocando cuidadosamente al bebé en los brazos de Sereel. Julia se apartó unos mechones de la cara—. Si pesa demasiado, solo tienes que...

—De ninguna manera —dijo Sereel, besando la mejilla del bebé—. Eres la niña más dulce, mi pequeña flor de contrea.

La bebé chilló, con una mezcla de felicidad crakairiana y la risa tradicional de la Tierra.

Sereel llevó a la niña al sofá, y Josik la siguió. Se sentó junto a ella y pronto hizo reír al bebé en cuestión de seclars. La pareja mostró sus colmillos el uno al otro, y el grito de Sereel resonó.

El príncipe heredero Axil y Vork se turnaron para intercambiar la versión crakairiana de abrazos fraternales con Kral.

Pero cuando él y Mila se disponían a hablar con otros, Lily aplaudió.

—¡Oigan, todos! —dijo con una gran sonrisa. Extendió el brazo hacia la mesa cercana que Mila había dispuesto después de que Josik se llevara a Kral, con una mezcla de alimentos de la Tierra y Crakair. Fue un potluck que Lily había organizado—. Si todos toman un plato, es hora de...

—Disculpa, Lillian —dijo el antiguo droide de protocolo de Lily. La máquina vivía con ellos, lo cual Mila encontraba extraño, pero actuaban como si el droide fuera parte de la familia —. Creo que me corresponde hablar, ¿no es así?

—¿Tú crees? —dijo Lily levantando las cejas, aunque una sonrisa asomaba en sus labios—. No hiciste todo tú. Yo ayudé.

—Así es —dijo el droide, algo condescendiente. Su mirada cayó sobre la mesa—. Tú preparaste... la vegetación con... goteo.

—Salsa.

El droide inclinó la cabeza.

—¿Salsa?

—Se llama vegetales con salsa, no con goteo.

—Entiendo. No puedo imaginar por qué. —Una expresión de pura perplejidad llenó su rostro mecánico.

Los labios de Mila se torcieron en una sonrisa, y miró a Thea, otra mujer de la Tierra y mejor amiga de Julia, que se acercó a ella.

—Ese droide es algo especial —dijo Mila—. Peculiar y formal, pero muy divertido.

—Voy a pedirle a mi compañero, Gaje, que me regale un droide para Navidad —dijo Thea

—. Si es que eso es posible.

Gaje se acercó a Thea por detrás y le rodeó la cintura con los brazos, acariciando su gran barriga. Su bebé nacería en cualquier daela.

—¿Qué esperas que sea posible, mi amor?

—El droide.

—¿Qué pasa con el droide TX75?

—¿Puedo tener uno? —preguntó Thea. Se giró en los brazos de Gaje y se puso de puntillas para besarlo—. Podemos comprar uno, ¿verdad?

—Hay muchos droides en el palacio —dijo Gaje, divertido—. ¿Por qué necesitaríamos comprar un droide de protocolo?

—Este es muy divertido —dijo Thea, haciendo un puchero—. Pero solo era una idea.

—¿Por qué no le pedimos al personal del palacio si tienen algún modelo TX más antiguo que estén desmantelando? Podríamos utilizar sus servicios si te gustaría.

—Gran idea —dijo Lily—. Piénsalo como darle un hogar para siempre a un buen droide.

—Tenemos algunos draquiers jóvenes que pronto buscaremos reubicar —dijo Sadie, la hermana de Lily, uniéndose a ellos—. Si están buscando repartir felices para siempre.

Weld, el hijastro de Sadie, se acercó y saltó de un pie al otro. Solo tenía ocho yaros, pero casi alcanzaba la altura de Sadie.

—Mamá. Mamá.

Sadie le dio un tirón a uno de sus naanans.

—¿Qué sucede?

—Los árboles. Están arriba, igual que nosotros —dijo, con una sonrisa burlona mirando hacia el techo—. Pero me preguntaba si podría correr por los puentes. Si tuviera mi moto de tierra...

Sadie se estremeció.

—De ninguna manera vamos a traer una moto de tierra aquí para correr por los puentes. —Pausó y parpadeó—. Aunque...

—No —dijo Bryk, el compañero de Sadie, colocando su mano sobre el hombro de su hijo—. Puedes caminar, y recalco *caminar*, por entre las copas de los árboles, pero no puedes correr.

—Awww —se quejó Weld—. ¿Por favor?

Mila sonrió.

—Estoy segura de que los otros Vikir no...

—No le des ideas —susurró Sadie cerca del oído de Mila—. O lo siguiente que sabrás es que encontrará un pequeño wildarn y lo galopará por los puentes. —Inclinó la cabeza hacia la puerta y le dio una señal a Weld—. Ve a jugar si quieres, pero no te alejes mucho.

—De acuerdo —dijo Weld, arrastrando los pies hacia la puerta—. Sería más divertido con una moto. —Salió, y la puerta principal se cerró de golpe tras él.

Mila había temido sentirse sola en Crakair, pero en cambio, tenía más amigos de los que había tenido en la Tierra. Sus días los pasaba corriendo, cumpliendo con los deberes de la compañera del clan, y sabía que la vida seguiría mejorando.

—¿Te gustaría comer algo? —le preguntó a Kral. Al asentir él, lo condujo a la mesa supervisada por el droide, que revolvía platos y ajustaba la disposición de los sándwiches pequeños, asegurándose de que formaran una estrella perfecta.

Cuando llegaron al final de la mesa, ella rodeó a Kral y levantó la tapa del último plato.

—¡Voilà!

Sus amigos se agruparon alrededor con sonrisas en los rostros, observando la reacción de

Kral.

—Hiciste mi platillo favorito —dijo él. Girándose ligeramente, se secó los ojos de nuevo.

—Yo... —Demonios, esperaba que supiera bien. Había conseguido la receta de uno de los Ancianos, quien lo había preparado muchas veces con la madre de Kral. Pero ¿y si Mila no había acertado con las especias?

Kral se sirvió una gran porción. Al notar que todos lo observaban, mostró los colmillos.

—No puedo agradecerles lo suficiente por venir hoy a celebrar mi día.

—Espero que sea un día especial —dijo Mila, apoyándose en su brazo.

—No podría ser mejor.

—Claro que sí —dijo Lily—. ¡Tenemos una piñata con forma de wildarn para romper!

Kral se inclinó hacia Mila.

—¿Qué es una piñata?

—Una criatura de papel maché rellena de caramelos. Weld la va a disfrutar mucho.

—¿Por qué alguien querría rellenar una criatura con caramelos?

Ella sonrió.

—Para golpearla con un palo y romperla.

—¿Y esta es una tradición alegre de cumpleaños en la Tierra? —Sonaba angustiado, y Mila se preguntó si se estaba imaginando que golpearían a un wildarn real. No, de ninguna manera. Solo uno falso.

—Tú tienes el primer golpe —lo provocó.

—Espero con ansias eso.

Ella observó mientras él se llevaba un bocado del platillo especial a la boca. Cuando cerró los ojos y no los abrió de inmediato, temió que lo odiara. Moler varios tipos de cortezas y combinarlos en la mezcla perfecta no había sido fácil. Había preparado el platillo siete veces antes de que el Anciano lo aprobara.

—Mila —dijo Kral. Bajó el plato sobre la mesa y tomó sus manos, girándola para enfrentarla —. Tú, mi compañera, eres lo mejor que me ha pasado.

—Awww —dijo Lily. Se acurrucó con su compañero, Jorg—. Son tan lindos juntos. —Se besaron, y Mila se alegró una vez más de que su amiga estuviera a salvo.

—¿El platillo está bien? —preguntó Mila.

—Es tan bueno como lo hacía mi madre.

Su corazón se estrujó. Demonios, le picaban los ojos. Estaba a punto de llorar frente a sus amigos, y eso no estaba bien.

—Quiero mostrarte tu regalo de cumpleaños —dijo, tirando de él hacia la puerta. Gritó por encima del hombro—. ¡Todos! Volveremos en unos minutos. Sientan la libertad de disfrutar la comida y la bebida y... ¡esperen por nosotros para la piñata!

En el pasillo, sacó una tira de cuero suave de su bolsillo.

—Vas a tener que inclinarte mientras te lo pongo.

Él estudió el cuero.

—¿Qué harás con eso?

—Vendarte los ojos. —Ella le guiñó un ojo.

—¿Qué me harás mientras estoy vendado? —Sus ojos brillaban.

Su voz se volvió más grave.

—¿Qué te gustaría que te hiciera mientras estás vendado?

Él gruñó cerca de su oído.

—Muchas cosas.

—Luego —dijo ella con voz ronca—. Definitivamente luego. —Tenía tantas ideas encantadoras, y probaría todas con Kral.

Él se inclinó, y ella le ató la venda sobre los ojos. Lo guió por el pasillo y a través de la cocina. Él había construido una pequeña terraza junto a la habitación, y Mila había pasado cada segundo libre haciendo el regalo para Kral.

Su padre siempre decía que las cosas buenas vienen de a tres, y estaba decidida a demostrarlo hoy.

La canción.

El platillo favorito.

Y...

Acercándolo, lo giró para que se parara a su lado.

—¿Confías en mí?

—Siempre —respondió él sin dudar, y sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más.

—Entonces da un salto de fe.

Él se rió.

—¿Fuera del borde de nuestra terraza?

—No, hombre. Da un salto *conmigo*.

—Guía, mi compañera, y yo te seguiré.

Ella lo empujó hacia atrás, y ambos cayeron en la hamaca.

Mientras él la rodeaba con sus brazos y le acariciaba el cuello, ella sonrió.

Con un solo impulso desde el poste montado en la terraza, comenzaron a balancearse, seguros de su futuro juntos.

Espero que hayas disfrutado KRAL!

Mira *WULF*, Libro 5 de la serie *Novias por Correo de Crakair*

WULF

Él es un rudo guerrero Vikir
Ella es una bibliotecaria casi siempre formal.
¿Podrán una mujer terrestre y un alienígena de escamas verdes encontrar el amor entre las estrellas?

Después de ser secuestrada por alienígenas de piel azul, Taylor escapa y se lanza desde la estación espacial en una lanzadera que no tiene idea de cómo pilotar. Aterriza de emergencia en un planeta cercano compuesto principalmente de selva. Una vez que encuentra cómo salir del planeta, está decidida a regresar a la Tierra. Hasta que Wulf, su "compañero" Crakairiano, acude a su rescate. Dice que no la detendrá si quiere regresar a casa, pero eso no le impide intentar hacerla cambiar de opinión. Es brusco, con escamas, y demasiado tentador. ¿Y sus besos? Si pudiera mantener las manos alejadas de él, tal vez podría pensar con claridad. Pero con las criaturas de la selva intentando devorarlos, regresar a casa puede que no sea una opción.

Como jefe de la escuela de guerreros de su clan Vikir, Wulf está marcado y es rudo, el exactamente opuesto a su dulce compañera que habla de manera sofisticada y ama los libros. Cuando ella insiste en que quiere regresar a la Tierra, él decide mostrarle lo que se perderá, aunque solo pueda hacerlo de manera torpe y brusca. Pero con las criaturas de la selva acechándolos, su mayor reto será escapar del planeta.

Wulf es el libro 5 de la serie Novias por correo de Crakair. Esta historia independiente y de larga duración tiene pasión en las páginas, alienígenas que se ven y actúan como tales, un final feliz garantizado, sin infidelidades ni finales abiertos.

Acerca del Autor

Ava Ross se enamoró de hombres con rasgos inusuales cuando vio Star Wars por primera vez, donde las criaturas alienígenas se han vuelto algo habitual. Vive en Nueva Inglaterra con su esposo (que lamentablemente no es un alienígena, aunque sigue siendo lindo a su manera), sus hijos y algunas mascotas variadas.